

# SEMINARIOS DE INVESTIGACIÓN

por

## ARTURO ROLDÁN



<http://www.salvatierra.biz>

Nota: Todos los trabajos de este Portal de Psicoanálisis y Literatura, incluidos sus eBooks, se ofrecen con carácter gratuito.

**© Arturo Roldán**

**© Versión,  
corrección de los textos,  
selección de las fotos  
y edición  
de  
Antonio Salvatierra  
[antonio@salvatierra.biz](mailto:antonio@salvatierra.biz)**

**Reservados todos los derechos.**

Excepto sobre las fotos seleccionadas de entre todas las que circulan por Internet acerca de los temas trabajados. En caso de que el propietario de los derechos de autor de alguna de ellas prefiera que la retiremos del e-book, bastará con que nos lo comunique y la sustituiremos por otra.

# ÍNDICE

<b>BREVE NOTA BIOGRÁFICA Y CURRICULAR .....</b>	<b>5</b>
<b>SEMINARIOS DE INVESTIGACIÓN.....</b>	<b>7</b>
<b>RECORRIDO DEL SÍNTOMA AL “SINTHOME” .....</b>	<b>8</b>
Introducción. ....	8
Libro I. Los escritos técnicos de Freud (1953-1954).....	8
Libro II. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica (1954-1955).....	11
Libro III. Las psicosis (1955-1956).....	12
Libro IV. La relación de objeto (1956-1957).....	13
Libro V. Las formaciones del inconsciente (1957-1958).....	13
Libro VI. El deseo y su interpretación (1958-1959).....	15
Libro VII. La ética del psicoanálisis (1959-1960).....	15
Libro VIII. La transferencia (1960-1961).....	16
Libro IX. La identificación (1961-1962).....	16
Libro X. La angustia (1962-1963).....	17
Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964).....	17
<b>DEL FONEMA A LA LETRA, SOPORTES DEL SIGNIFICANTE.....</b>	<b>19</b>
Entre el 53 y el 57: La psicosis.....	23
Entre el 53 y el 57: El Seminario 3. Las psicosis.....	25
La instancia del 57.....	30
<b>LA LETRA ES EL CONJUNTO.....</b>	<b>33</b>
Escucha y lectura.....	35
Las primeras escrituras freudianas.....	37
Variaciones de la letra.....	38
La tercera.....	39
El discurso, los discursos.....	41
¿Cómo se lee con la oreja?.....	44
La letra es el conjunto.....	46
<b>MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DEL PLACER.....</b>	<b>49</b>
La pulsión de muerte.....	52
<b>EL ESPACIO TRANSFERENCIAL .....</b>	<b>55</b>
<b>DISCUSIÓN SOBRE “LA TRANSFERENCIA Y SU ESTAGNACIÓN” .....</b>	<b>67</b>
<b>DISCUSIÓN SOBRE “TOPOLOGÍA Y SUBJETIVIDAD EN LA TRANSFERENCIA” .....</b>	<b>73</b>
<b>PSICOSIS. DIAGNÓSTICO EN EL ANÁLISIS.....</b>	<b>81</b>
<b>DISCUSIÓN SOBRE “LAS PSICOSIS” .....</b>	<b>91</b>

<b>DEPRESIONES .....</b>	<b>102</b>
Presentación del caso.....	102
La “neurosis”, la continuidad.....	103
Las “depresiones”, lo discontinuo.....	107
En la cura.....	110
Cuestiones.....	111
<b>PSICOSOMÁTICA.....</b>	<b>113</b>
I.....	113
II.....	114
III.....	116
<b>¿SUPERVISIÓN O CONTROL?. PUNTUACIÓN DE UN ACTO ANALÍTICO.....</b>	<b>121</b>
<b>SOBRE EL “MÁS ALLÁ...” .....</b>	<b>135</b>
I.....	135
II.....	137
III.....	138
IV.....	140
V.....	143

---



## BREVE NOTA BIOGRÁFICA Y CURRICULAR

**Arturo Roldán** nace en la ciudad argentina de **Córdoba** en **1940**, ciudad en la que también obtiene la titulación de **Médico** en **1967**. Ese mismo año **se traslada a Buenos Aires y comienza su psicoanálisis personal**, con cuatro sesiones semanales, al mismo tiempo que **empieza a trabajar como Médico Interno Residente en la Sala de Psicopatología del Hospital Ignacio Pirovano**. Este servicio psiquiátrico se inserta en un hospital general, situación sumamente novedosa en aquel tiempo dentro de la salud mental argentina, de modo que en dicho hospital **recibe las últimas influencias del movimiento psicoanalítico y de las corrientes antipsiquiátricas** argentinas y europeas.

Especialmente importante para su formación, en esta época, es que **realiza diversos cursos con Oscar Masotta** en los que lee “Una cuestión preliminar al tratamiento de la psicosis” de Jacques Lacan, lo cual determinará su práctica hospitalaria a partir de ese momento. **En 1971 se autoriza como Psicoanalista** y, al terminar el MIR, **en 1972, obtiene el título de Médico Especialista en Psiquiatría y es nombrado Jefe de Clínica de la Sala de Psicopatología del Hospital Ignacio Pirovano**.

**En 1976**, debido a la grave situación política que atraviesa su país y a lo comprometido del cargo que también viene ejerciendo desde 1972 como **Secretario de la Federación Argentina de Psiquiatras**, **ha de exiliarse a Barcelona**, en cuya Universidad convalida la titulación de Médico y **comienza a trabajar en la Cátedra de Psiquiatría y en el Instituto Frenopático**.

**Desde entonces, lleva a cabo una importante labor en la difusión y enseñanza del psicoanálisis como miembro destacado de varios Grupos de Estudio de Psicoanálisis (del País Vasco, Galicia, Madrid, etc.) y posteriormente de la Escuela Europea de Psicoanálisis.** Así, por ejemplo, es conocido que fueron sus seminarios en Bilbao los que hicieron posible la aparición y el desarrollo del psicoanálisis lacaniano en el País Vasco. Igualmente, **publica diversos textos en múltiples revistas psicoanalíticas de Europa y Sudamérica como “Camp del Arpa”, “Sínthoma”, “Tyché”, “Ornicar?” (en francés), “Analición”, “Cuadernos Europeos del País Vasco”, “Finisterre”, “Freudiana”, etc., y dicta numerosos seminarios y cursos en diversos Hospitales (como el Hospital Psiquiátrico de Leganés, el Hospital Psiquiátrico de Zanudio en Vizcaya, el Hospital de Tres Cruces en Bilbao, el Hospital Provincial Psiquiátrico de Madrid, el Hospital de la Princesa de Madrid, etc.) y Centros de Salud (de Pamplona, Vigo, Sevilla, Barcelona, Málaga, etc.) repartidos por todo el ámbito del Estado Español,** participando siempre muy activamente en todo el movimiento lacaniano español e internacional.

**En la actualidad,** ejerce como psicoanalista en su **consulta privada en Madrid** y continúa desarrollando su labor de **Enseñanza en Psicoanálisis** también en otras ciudades. Enseñanza que además desde Marzo de 2003, con la **colaboración de Antonio Salvatierra,** viene haciendo extensiva a **Internet** a través de esta Web.

**Entre sus aficiones** sobresale su amor por **el teatro,** llegando a escribir una obra, **“Memoria y Olvido (Argentina 76 - Nunca más)”**, que ha sido representada entre otras ocasiones en el **Festival Iberoamericano de Teatro** de Cádiz y en el **Festival de Teatro Contemporáneo** de Alicante.

Portada del primer número de la  
Revista “Clínica Psicoanalítica”.



## SEMINARIOS DE INVESTIGACIÓN

(PARA LOS QUE DESEEN SEGUIR UNA INVESTIGACIÓN)

- Recorrido del síntoma al “sinthome”.
- Del fonema a la letra.
- La letra es el conjunto.
- Más allá del principio del placer.
- El espacio transferencial.
- Discusión sobre “La transferencia y su estagnación”.
- Discusión sobre “Topología y subjetividad en la transferencia”.
- Psicosis. Diagnóstico en el análisis.
- Discusión sobre “Las psicosis”.
- Depresiones.
- Psicósomática.
- ¿Supervisión o control?. Puntuación de un acto analítico.
- Sobre el “Más allá...”

**Lacan a la salida  
de su seminario  
en marzo de 1980.**



## **RECORRIDO DEL SÍNTOMA AL “SINTHOME”**

**SEMINARIO IMPARTIDO POR ARTURO ROLDÁN EN 1996**

### **INTRODUCCIÓN.**

Comenzamos hoy este seminario que va del síntoma al “sinthome”, es decir, intentaremos realizar un recorrido por las variaciones del síntoma en la enseñanza de Lacan.

Para realizar este recorrido es necesario situarse en las últimas concepciones del síntoma formalizadas por Freud, conceptualización que no es simple puesto que entran varias sobredeterminaciones en su formación.

El punto de partida, sin embargo, está claro: es la subversión que Freud introduce sobre el síntoma médico. Desde el comienzo de su obra el síntoma analítico no es signo de una patología, sino que es retorno de lo reprimido, conflicto, formación de compromiso. Desde estas teorizaciones parte Lacan para llegar, al final de su enseñanza, al “sinthome”, y desde este punto de partida realizaremos un recorrido por los distintos seminarios.

### **LIBRO I. LOS ESCRITOS TÉCNICOS DE FREUD (1953-1954).**

“Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” fue el informe que Lacan presentó en el Congreso de Roma los días 26 y 27 de septiembre de 1953, mientras que la primera lección del Seminario 1 está fechada el 18 de noviembre de 1953.

La sola lectura de estas fechas nos permite deducir una relación entre ambos textos, relación en donde los avatares de la enseñanza nos muestran el Seminario 1 en la



línea lanzada por el escrito. De esta manera, cualquier indagación sobre dicho seminario debe tener como telón de fondo el escrito citado, donde está colocada una piedra fundante del edificio lacaniano: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”. A lo que hay que agregar que introduce una concepción del síntoma muy precisa: “el síntoma es el significante reprimido de la conciencia del sujeto”, es una cifra y, por lo tanto, un sentido reprimido.

Como continuación de esta apertura podemos citar una frase del Seminario 1: “El hallazgo del análisis... es haber percibido la relación problemática del sujeto consigo mismo y haber puesto esa relación en conjunción con el sentido de los síntomas... Es el rechazo de ese sentido por el sujeto lo que le plantea un problema. Ese sentido no debe serle revelado, debe ser asumido por él”.

De esta cita podemos sacar dos conclusiones importantes. La primera es que, para el Lacan del Seminario 1, el síntoma está íntegramente en el registro del sentido. Esta ubicación precisa abre el problema del sentido, o dicho de otra manera: ¿qué sentido tiene el síntoma?.

Recordemos que estamos en la enseñanza de un Lacan freudiano y que, por eso mismo, lo que cobra importancia es la historia del sujeto, el sentido de su novela familiar, el sentido que puede dar a su historia. El sentido del síntoma es lo que ha quedado fuera del sentido, y a esto que ha quedado fuera se le puede dar otro sentido por la interpretación.

En este breve recorrido nos encontramos con dos términos a despejar: sentido y significación. No es posible su nivelación puesto que sus avatares recíprocos tienen una y mil contradicciones en la enseñanza de Lacan que a veces nos llevan a verdaderos callejones sin salida.

Tomemos otra cita del Seminario 1: “El síntoma se presenta en primer lugar como un trazo borrado, es aproximándose a él como se verá el sentido”. Es decir, que ubicando el síntoma como el sentido de un trazo borrado puede encontrarse su ubicación entre lo simbólico y lo real. Aquí encontramos el sin sentido profundo de todo síntoma. Por el contrario, podemos ubicar la significación, como sentido comprensible, entre lo imaginario y lo simbólico.

Lo anterior tiene como trasfondo el espíritu inaugural de 1953, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, donde podemos leer esa poética definición del inconsciente: “es el capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado

por un embuste, es el capítulo censurado. La conexión entre el capítulo censurado y los capítulos que lo enmarcan será restablecida por la recuperación del sentido histórico”.

Sentido histórico que se resuelve por el síntoma al ser situado a nivel de la palabra, palabra que es leída en el campo del lenguaje, donde es posible su resolución. El síntoma es una palabra que debe ser liberada.

El síntoma aparece en la palabra, o mejor aun, es la palabra que viene del Otro y va hacia el Otro, donde obtendrá su sentido. Recordemos que el sentido del síntoma ha sido reprimido. En el seminario de Barcelona sobre “Die Wege der Symptombildung”, J. A. Miller lo dice de esta manera: “En el texto inaugural de Lacan el síntoma aparece como un sentido reprimido. Por supuesto que hay que tomar en cuenta el significante de ese sentido reprimido, de tal manera que diré que el síntoma aparece como un enigma. Se manifiesta soportado por un significante de un significado que está reprimido, es decir, que no ha sido comunicado o aceptado por el Otro”.

Se habla y se habla, y en ese hablar lo que está presente es un significante reprimido. Este significante reprimido constituye lo sintomático. Pero la significación reprimida puede ser tomada de una parte del cuerpo o del pensamiento y manifestarse en la histeria o en la obsesión.

Definido el síntoma por un significante reprimido el problema que se plantea es el de la represión, problema que Lacan resuelve en la clase que se llama “el núcleo de la represión”.

Parte del trauma freudiano cumple su función represora a posteriori, repartiendo las letras del sujeto. Y es en este movimiento, a partir del que algo se desprende del sujeto -éstos son los términos de Lacan-, que no se reintegrará pero que permanece hablando, lo cual el sujeto no domina.

Este desprendimiento simbólico será el núcleo de lo que después se llamarán los síntomas, es decir, un punto central de realización sintomática en donde la represión y el retorno de lo reprimido constituyen el eje.

Ha sido muy extensa la primera conclusión que dedujimos de la primera cita de Lacan del Seminario 1, pero nuestra afirmación fue que sacaríamos dos conclusiones. Para la segunda conviene recordar el final de la cita: “ese sentido no debe ser revelado, debe ser asumido por él”. Segunda conclusión: en la dirección de la cura el analista no

debe suministrar sentido, sólo debe esperar que el sentido sea asumido por el analizante. Ésta es una indicación precisa, puesto que más allá del problema del sentido la indicación permanece: el “debe ser asumido por él” nos indica la posición del analista.

## **LIBRO II. EL YO EN LA TEORÍA DE FREUD Y EN LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA (1954-1955).**

Podemos localizar en el Seminario 2 una concepción del síntoma que es continuación directa de su concepción sobre el síntoma del Seminario 1: “Una palabra es matriz de la parte desconocida del sujeto, y ése es el nivel propio del síntoma analítico”. Es decir, que continúa situando el síntoma como una palabra censurada.

Sin embargo, existe entre el libro I y el libro II un ligero desplazamiento que coloca al síntoma en el cruce de dos series: “la coalescencia de dos series -al menos- de motivaciones, es necesaria para la producción de toda formación sintomática. Una es sexual, la otra es, según el nombre que nosotros le damos, lo simbólico”.

Al desvanecerse las vicisitudes del acto creador, “función y campo”, emerge -en el retorno a Freud- una dimensión imaginaria del síntoma que, en definitiva, muestra su cara de goce, lo sexual, y su envoltura formal, lo simbólico.

Ubicación precisa y necesaria en la enseñanza de Lacan, puesto que al final de este seminario afirma que el síntoma analítico se distingue de cualquier índice natural ya que está estructurado en términos de significante y significado, es decir, en el orden simbólico.

Lo anterior incita a retomar el problema del sentido, máxime cuando hemos releído al final del Seminario 2 esta definición del sentido: “El sentido consiste en que el ser humano no es el amo de ese lenguaje primordial y primitivo. Fue arrojado a él, metido en él, está apresado en su engranaje”. Esta cita, extraída de la clase “Psicoanálisis y cibernética”, nos indica el camino de su concepción del sentido en ese momento de su enseñanza.

Toma de la cibernética la noción de mensaje, que es reducido a una serie de signos y que, por este motivo, está diferenciado de lo que habitualmente llamamos mensaje que siempre porta un sentido. Para argumentar esta posición, afirma que la cibernética es una ciencia de la sintaxis, paso fundamental, ya que en esos momentos de su obra afirma que las ciencias exactas no hacen otra cosa que enlazar lo real a una sintaxis.

Otro paso más y coloca la sintaxis como una serie de signos orientados, donde la orientación marca un sentido pero no en todos los sentidos de la palabra sentido. Podemos deducir, siguiendo el texto, que el sentido de la sintaxis es su orientación y que el sentido de la semántica es la suma de los sentidos a lo largo de la historia.

Lo anterior es sumamente útil para entender la concepción del síntoma como mensaje que debe ser tomado a nivel de la sintaxis.

Esta concepción del síntoma hace posible una redefinición de la psicoterapia que conviene remarcar. Por un lado tenemos el concepto de síntoma analítico, definido como una palabra que es matriz de la parte conocida del sujeto, a lo que se le opone la idea de un individuo forjado a partir de nuestra concepción del desarrollo normal. Con respecto al primero, el psicoanálisis interviene por medio de la interpretación sobre lo descentrado del sujeto. Por el contrario, la idea de un individuo normalizado, un normópata, producirá un diálogo "interyoes" que dejará un puro efecto de sugestión.

### **LIBRO III. LAS PSICOSIS (1955-1956).**

El estudio de la psicosis plantea un problema en la conceptualización del síntoma realizada por Lacan hasta ese momento. No puede seguir sosteniendo el síntoma como un retorno de lo reprimido, es decir, como un efecto de sentido producido por un significante censurado y que opera a nivel de la palabra. Y esto por una razón muy simple: el síntoma psicótico, que va desde las alucinaciones hasta los problemas en la imagen corporal, tiene un estatuto distinto y diferencial que no permite ninguna semejanza.

Como contrapartida al síntoma neurótico coloca al síntoma psicótico, que adquiere su matiz propio al ser designado como fenómeno elemental. El esfuerzo de Lacan en este seminario consiste en ubicar el síntoma psicótico dentro de unas coordenadas simbólicas.

Esta verificación nos lleva a situar la palabra en el habla, de donde deduce que el hablar es un mensaje que el sujeto recibe del Otro en forma invertida. El síntoma psicótico no tiene estas características, puesto que -lo sabemos- la función de la palabra se inscribe dentro del campo del lenguaje.

Si el síntoma neurótico es el retorno de lo reprimido, el síntoma psicótico es el retorno de un significante en lo real que producirá una significación enigmática para el sujeto.

Pero el rodar de su enseñanza nos muestra en el Seminario 3 una ligera oscilación en relación al Seminario 2. Citemos: "Para que haya síntoma es necesario, al menos, que haya dos conflictos en causa, uno actual y otro antiguo".

#### **LIBRO IV. LA RELACIÓN DE OBJETO (1956-1957).**

Dora, la joven homosexual, el fetichismo, el travestismo, la fobia, son interrogados desde el complejo de castración situado como nudo central de la teoría. Para ello, sustituye la vaga noción de la relación de objeto por las tres categorías de la falta de objeto: castración simbólica, frustración imaginaria y privación real.

Desde la reapertura que hace posible esta redefinición de la falta, ubica al significante reprimido, al significante sintomático, como una verdadera condensación de múltiples sentidos, al que no puede dársele un sentido único. Es así como el caballo de Juanito no solo representa el miedo al padre, sino que también puede representar el miedo a la madre y así de seguir... Pero lo importante es la aparición del significante reprimido que produce una transformación en lo simbólico, un reordenamiento de la vida que entra a girar alrededor del significante sintomático.

Esto puede aclararse si entendemos la neurosis como una pregunta que incluye al propio sujeto y sin que éste lo sepa. El síntoma es la parte viva de la pregunta, el significante reprimido que reorganiza lo simbólico. Lacan, para ilustrarnos esto, toma como ejemplo la anorexia nerviosa, ejemplo que le permite afirmar que no hay ningún objeto real y, por lo tanto, que se trata de una satisfacción sustitutiva de la saturación simbólica. Ahora bien, esta satisfacción sustitutiva que ha reordenado lo simbólico no puede ser tomada a la ligera, ya que decir que la satisfacción del síntoma es igual a la satisfacción originaria es tener poca idea del síntoma analítico.

#### **LIBRO V. LAS FORMACIONES DEL INCONSCIENTE (1957-1958).**

Construir la gramática inconsciente nos deja, en el apartado III del escrito citado, entre la letra, el ser y el Otro.

Hay un momento en este escrito en el que la letra se detiene, quizás porque en esa temprana aparición su uso tenía una cierta confusión con el del significante.

Pero dejemos rodar la letra hasta el final de la enseñanza de Lacan, donde la volveremos a encontrar, y retornemos por un momento a su instancia que se formaliza en la metáfora y la metonimia. En otras palabras, el síntoma aparece como una metáfora y el deseo como una metonimia.

Pero los opuestos se desvanecen cuando entra a jugar la estructura: "Lo que Freud descubre esencialmente en los síntomas, ya sean los síntomas patológicos o lo que él ha interpretado como lo que se presenta más comúnmente en la vida normal -el lapsus, el chiste, el acto fallido- es siempre un deseo", a lo que hay que agregar que siempre es un deseo reprimido.

Cuando se afirma, como lo hizo Freud y en este seminario lo retoma Lacan, la relación entre síntoma y deseo reprimido, se tropieza con el problema de la satisfacción. Por supuesto, esto no se le escapa a Lacan. Así, en medio de este seminario afirma: "...en el síntoma mismo hay algo que se asemeja a una satisfacción. Pero acerca de esta satisfacción me parece suficiente marcar su carácter problemático, en tanto se trata de una satisfacción al revés".

Como contraparte de la satisfacción que el síntoma porta, está el sentido del síntoma ya que, ampliando su concepción de éste en el Seminario 1, Lacan afirma en 1957, en "L'Express", que el psicoanálisis es una ciencia que realiza una lectura del sentido. (Esta entrevista fue publicada en castellano en la revista "Psicoanálisis" del "Grupo de Estudios Psicoanalíticos - Israel").

Pero hay más, puesto que a una pregunta del periodista sobre los estadios previos al lenguaje contesta de la siguiente manera: "Los síntomas, cuando Ud. cree reconocerlos, no le parecen irracionales más que porque Ud. los toma en forma aislada y quiere interpretarlos directamente". A lo que puede agregarse: "El psicoanalista no es un explorador de los continentes desconocidos o de los grandes fondos, es un lingüista: él aprende a descifrar la escritura que está ahí, ofrecida a la mirada de todos, pero que permanece indescifrable mientras que de ella no se conocen las leyes, las claves".

En la conferencia de prensa citada, Lacan toma como ejemplo los jeroglíficos egipcios en un punto preciso: el pequeño signo buitre no quiere decir nada aislado del conjunto al cual pertenece. En otras palabras, el significante no está solo.

Jeroglífico, cifra, letra,... En el escrito contemporáneo que estamos comentando, "El psicoanálisis y su enseñanza", podemos leer: "El síntoma psicoanalizable, ya sea normal o patológico, se distingue de otros síntomas porque su estructura es idéntica a la del lenguaje". Aquí vale la pena recordar la diferencia dentro del lenguaje entre significante y significado, cuya correspondencia no es biunívoca.

Esto hace posible que el síntoma pueda leerse, porque el síntoma se forja en un proceso de escritura, es decir, porque está determinado por la estructura significante.

El síntoma es entonces una formación del inconsciente con su propia modalidad de goce (síntoma patológico) y, al mismo tiempo, podemos afirmar que el lenguaje está dado por un proceso de escritura.

Jeroglífico, cifra, escritura, desciframiento,... ¿pero qué es la cifra?. Para acercarnos a su concepción podemos recurrir al libro “Las cifras”, de Georges Ifrah, donde podemos leer que su origen se encuentra en el momento en que los números se comienzan a representar mediante signos gráficos, en plena civilización sumeria. Más adelante, los egipcios inventan su propias cifras, donde las palabras pasan a lo cifrable.

La cifra tiene un límite en su desciframiento, un límite que está entre lo simbólico y lo real.

En este seminario podemos leer dos clases referidas al síntoma. En la primera, “Las máscaras del síntoma”, en función de lo paradójico del deseo humano, el término máscara se refiere a lo que del sujeto aparece como consecuencia de la satisfacción del deseo reprimido. Cifra y máscara del síntoma.

#### **LIBRO VI. EL DESEO Y SU INTERPRETACIÓN (1958-1959).**

Hay otra línea que se viene dibujando en la enseñanza de Lacan, línea que va del falo como objeto imaginario al falo en su estatuto simbólico. Conclusión que queda plasmada en “La dirección de la cura” (1958) al colocar al falo en el registro significante, lo cual permite hablar de identificación al falo con su consecuencia obligada: el falo no es un objeto parcial.

En este seminario, el síntoma queda unido al deseo del Otro.

#### **LIBRO VII. LA ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS (1959-1960).**

Podemos comenzar diciendo que el Seminario 7 es el primer tratado sobre el goce y, por lo tanto, un primer tratamiento a fondo de la pulsión de muerte. En este desarrollo encontramos al goce como transgresor, sobre la lógica de “El malestar en la cultura” que, en definitiva, nos dice que sin represión de la pulsión sería imposible la vida en comunidad, y que la represión de la pulsión produce neurosis ya que engorda al superyó.

La dimensión arriba esbozada hace posible entender al síntoma como retorno, por vía de la sustitución significativa, de esto que está en el fin del "trieb". La satisfacción paradójica del síntoma se entiende ahora por ser una satisfacción reprimida de la pulsión, su núcleo de goce, siendo su estructura formal la sustitución significativa.

### **LIBRO VIII. LA TRANSFERENCIA (1960-1961).**

Como su nombre lo indica, es un seminario dedicado a la transferencia donde hay un extenso desarrollo sobre el fantasma y un silencio alrededor del síntoma. Pero ese silencio es roto para decirnos algo que merece ser rescatado en función del recorrido que vamos realizando: me refiero a la relación entre el síntoma y el destino.

Cuando Lacan se pregunta: "¿Es que es esto, el psicoanálisis, a fin de cuentas, una introducción del sujeto a su destino?", se responde de forma taxativa: "Evidentemente no". Y continúa: si nos enseñaron a ver en la figura de los síntomas algo que tiene que ver con esta figura del destino, de lo cual se deduciría que el síntoma en su significación es el destino, lo que podemos obtener como conclusión es que la única praxis que puede cambiar el síntoma como destino de un sujeto es el psicoanálisis, en la medida que no implica reducir el síntoma por sugestión.

Sin embargo, no puede dejar de señalarse que este Seminario de "La transferencia" coincide en el tiempo con su escrito "Subversión del sujeto", donde está el grafo desarrollado en su plenitud y donde el síntoma se aloja en  $s(A)$  como un efecto del significado del Otro. Esta significación del Otro está teñida del fantasma, que es en el grafo el punto de parada anterior, alojado del lado de las respuestas.

### **LIBRO IX. LA IDENTIFICACIÓN (1961-1962).**

En este seminario son muy escasas las indicaciones sobre el síntoma y no varían en nada fundamental la concepción del mismo. Pero ahí donde el silencio reina sobre el síntoma, se sientan las bases para sus desarrollos futuros, y esto porque, en su entorno, Freud ha tropezado con los tres tipos de identificaciones, extrayendo de una de ellas el rasgo unario, soporte, pilón central de dichos desarrollos futuros.

Este rasgo unario tiene un estatuto preciso: darle una identidad al sujeto cuyo punto de partida es la falta en ser del sujeto. Pero al mismo tiempo que le da una identidad, hiende al sujeto, por eso el sujeto aparece como dividido por el rasgo unario que viene del Otro.



**LIBRO X. LA ANGUSTIA (1962-1963).**

El tratamiento de la angustia que Lacan realiza en este seminario bordea, casi siempre, la problemática del síntoma. Este borde es necesario ya que aparecen el (a) como objeto del deseo y la angustia en relación al deseo del Otro.

Sin embargo, cuando todo hacía sospechar que de la tríada inhibición, síntoma y angustia, el segundo quedaría fuera, Lacan nos conduce al meollo del síntoma, presentando como su paradigma al síntoma obsesivo. Y lo presenta de esta manera porque el síntoma obsesivo permite detectar que el (a) es la causa del síntoma.

La compulsión, fruto del lenguaje interior, si no se realiza despierta la angustia. De esta manera, el (a) toma su lugar entre la angustia y el deseo.

El síntoma obsesivo sólo se constituye cuando el sujeto se percata de él, o de otra manera: para que el síntoma salga del estado de enigma que aún no estaría formulado, es necesario que entienda que hay una causa del síntoma.

El paso que da Lacan es definir el (a) como el resto de la constitución del sujeto en el Otro, sujeto barrado. Y el síntoma pasa a ser un resultado de la constitución del sujeto en el lugar del Otro, es decir, que el síntoma lleva implícito el (a) como su causa.

En el Seminario de “La angustia” resulta un tanto difícil separar deseo de goce, por eso la causa es causa de deseo y, esta causa, está envuelta en su almacén significante: núcleo de deseo reprimido y envoltura formal del síntoma.

**LIBRO XI. LOS CUATRO CONCEPTOS FUNDAMENTALES DEL PSICOANÁLISIS (1964).**

¿Por qué cuatro conceptos fundamentales?. ¿Por qué el síntoma no es un concepto fundamental del psicoanálisis?. Estas preguntas nos llevarían muy lejos. A falta de tiempo, sí podemos constatar que en “Los cuatro conceptos” poco se habla del síntoma.

Encontramos una primera aproximación en la clase 1: “El síntoma es, en primer lugar, el mutismo en el sujeto que se supone hablante. Si habla está curado de su mutismo, evidentemente. Más esto no nos dice del todo por qué ha empezado a hablar”. Esta afirmación está dicha en referencia al síntoma histérico y a la importancia de éste en el origen del psicoanálisis. Afirmando que el rasgo diferencial de la histérica es que en el movimiento mismo de su habla constituye su deseo. Esta relación entre el deseo y el

lenguaje constituye lo que Freud designó como inconsciente, relación que también sostiene la dimensión sintomática.

Es necesario tener en cuenta que, si bien es cierto que en el Seminario 11 hay pocas referencias al síntoma, estas referencias dejan una estela de sorpresa. Es así como podemos ver referido también al origen del psicoanálisis, y en relación a la pseudociosis de Bertha Pappenheim: “¿Qué muestra allí?. Podemos especular, pero es preciso que no nos precipitemos, sobre el lenguaje del cuerpo. Digamos, simplemente, que el dominio de la sexualidad muestra un funcionamiento natural de los signos. A este nivel no son significantes, pues el falso valor es un signo, algo para alguien, mientras que el significante es otra cosa, pues representa un sujeto para otro significante”.

Aunque un poco complicado en su sintaxis, podemos entender que todavía Lacan necesita defender su concepción del síntoma como un síntoma natural del lenguaje corporal. Lo hace a través de sostener la vieja diferencia dentro de su enseñanza entre signo y significante, ubicando el síntoma en este último registro.

---

**Carl Gustav Jung, quien,  
durante algunos años,  
fue considerado el más  
probable sucesor de Freud.**



## **DEL FONEMA A LA LETRA, SOPORTES DEL SIGNIFICANTE.**

### **SEMINARIO IMPARTIDO POR ARTURO ROLDÁN EN 1999.**

Estamos en la letra, me han visto dar vueltas alrededor de ella, me han visto cómo la letra trazó su escritura sobre mí dejándome inerte frente a su lectura... pero estos callejones sin salida, estos oscuros meandros donde la palabra se pierde, son inevitables en el progreso del análisis y hacen la formación de los analistas futuros.

Dicho de otra manera, una enseñanza verdadera -lo señaló Lacan en su escrito "La cosa freudiana"- es aquella que no cesa de someterse a lo que se llama innovación... y el camino de la innovación está lleno de tropezones, de zonas oscuras, de laberintos que conducen por diversos senderos donde la verdad se echa en falta, "pues la verdad -nos dice Lacan en el texto citado- se muestra compleja por su esencia, humilde en sus oficios y extraña a la realidad, insumisa a la elección del sexo, pariente de la muerte y, a fin de cuentas, más bien inhumana".

La verdad que falta se hace saber, es innovación que escapa a la repetición. De esta manera forjamos un nuevo viejo binario: innovación y repetición. El segundo término de este binario tiene una significación cuasi vulgar: se repite lo mismo, es una repetición idéntica a sí misma, que en su dimensión imaginaria forja la silueta de un profesor perfecto que repite las consignas de su cátedra. Aforismos, repeticiones que son un obstáculo a la transmisión y un impedimento para la formación de los futuros analistas.

Retomemos una vez más el problema de la letra desde su punto de partida: la introducción de la letra en la teoría psicoanalítica está fuertemente determinada por el cuestionamiento que la psicosis realiza al discurso psicoanalítico.

De otra manera: el avance del discurso psicoanalítico -y aquí la palabra “avance” evoca al  $S_2$  ocupando el lugar de la verdad- tiene que ver, entre otras cosas, con las preguntas que la clínica de la psicosis realiza al psicoanálisis. Preguntas sin respuestas que ponen al trabajo.

Esto se puede constatar en la correspondencia Freud-Jung. Este último desde Burghölzli, donde trabajaba, pide respuesta a Freud para entender la paranoia y la demencia precoz. Podemos leer en esa correspondencia cómo el discípulo pone a trabajar al maestro, quien se esfuerza para contestar a las preguntas jungianas creando nuevas herramientas teóricas.

El ejemplo paradigmático de la situación descrita es el caso Schreber. Sus “Memorias de un neurópata” fueron redactadas para contestar a la pregunta que encabeza su anexo y que todavía hoy es de actualidad: “¿Bajo qué condiciones una persona juzgada como enferma mental puede ser confinada en contra de su expresa voluntad en un hospicio?”. Este libro fue leído por Jung a comienzos del siglo XX, puesto que lo cita en su obra “Etiología de la demencia precoz” de 1906. Pero en este último se verifica que Jung no extrae ninguna consecuencia de la lectura de uno de los escritos psiquiátricos más importantes de aquellos años. Es recién en 1910, en el Congreso de Nuremberg, cuando Jung da a conocer las memorias de Schreber a Freud.

“Un caso de demencia paranoide autobiográficamente descrito” marca un antes y un después en el estudio de las psicosis. Pero al mismo tiempo lleva a los conceptos freudianos al límite de su desarrollo, mostrando de esta manera sus impasses. Esto hace posible que Jung, siempre listo para cuestionar la sexualidad freudiana, transforme la libido en una especie de bomba aspirante-impelente sin solución de continuidad donde da lo mismo el hambre que la sexualidad.

La crítica jungiana es correcta puesto que apunta a uno de los puntos débiles de los desarrollos freudianos: la explicación de la paranoia como defensa frente a una fantasía homosexual. Impasse que lleva a Freud a introducir la noción de narcisismo, como un estadio intermedio entre el autoerotismo y el amor objetal, que consiste -en ese momento de la teoría- en el amor por el propio cuerpo.

La crítica jungiana es correcta, pero no es justa la solución que propone: una libido única e indiferenciada. La respuesta freudiana es “Introducción del narcisismo”.

De esta manera es posible constatar que las preguntas que formula la psicosis al psicoanálisis hacen que el discurso analítico dé un cuarto de vuelta. Al mismo tiempo,

estas preguntas y respuestas, estos impasses y estos pases producen modificaciones sobre el conjunto de los analistas.

Es así como, después de la ruptura Freud-Jung, los analista vieneses se quedan junto a Freud y los de Zurich con Jung, ciudad donde todavía el jungismo tiene una fuerte implantación.

Es habitual, es un lugar común, leer entre los autores que han investigado el tema, plantear la ruptura Freud-Jung como un simple problema de poder. Donde las metáforas usadas hablan por sí solas: padre-hijo, maestro-discípulo, etc. Llama la atención que este juego metafórico fue utilizado por ambos en su correspondencia. Otras interpretaciones hablan de psicopatología, la intolerancia freudiana, la imposibilidad por parte de Freud debido a su carácter autoritario de aceptar a un discípulo brillante, y así sucesivamente.

Estas interpretaciones por razones de poder o psicológicas desvirtúan el punto central de la cuestión. Es posible sostener que esa ruptura fue debida a una discrepancia teórica que Freud vislumbraba pero no sabía y que Jung intuía pero desconocía. Es recién en 1914, con "Introducción del narcisismo", y un poco antes con el libro de Jung "Transformaciones de la libido", que los analistas pueden encontrar o no su lugar en el psicoanálisis desde una perspectiva que va más allá de la transferencia.

Y al decir "más allá de la transferencia" cometo un ligero error, puesto que la clínica nos muestra que al final del análisis se produce un cambio cualitativo de la transferencia, cambio -que no liquidación o desaparición de la transferencia- que, por tanto, significa al mismo tiempo una persistencia de ésta.

Lo anterior no implica pensar que la comunidad de analistas haya quedado a la espera de una elaboración del punto de impasse. Todo lo contrario, por un lado hay una exaltación de lo imaginario, pero por otro hay desarrollos importantes.

Es sobre estas bases que puedo sostener que la letra es introducida en el psicoanálisis por las preguntas que la psicosis hace a éste, tanto como por el desencadenamiento de la política de la transferencia que produce cualquier conmoción institucional. Por supuesto no me estoy refiriendo a una relación de causalidad directa, ya que hay que recordar -lo dice Lacan en el Seminario 11- que hay causa sólo de lo que cojea.

Para poder avanzar se impone hacerle una pregunta a la afirmación anterior: ¿qué hace de la psicosis una estructura que genera un tipo de preguntas cuestionadoras del psicoanálisis?. Sabemos que Freud parte de la histeria para ir avanzando en el discurso analítico y que, prácticamente, construye la neurosis obsesiva -trabajo clínico que realiza desde la dirección de la cura- aportando modificaciones a la conceptualización del psicoanálisis. Pero la psicosis, por el contrario, al cuestionar radicalmente al discurso, induce y produce saltos cualitativos que transforman al psicoanálisis también radicalmente, como vemos, por ejemplo, en la transformación del síntoma en “sinthome” a través del análisis de la psicosis joyceana.

Dejamos de lado aquellas concepciones psiquiátricas que no marcan una diferencia entre la neurosis y la psicosis. Desde una perspectiva psicoanalítica, y siguiendo el camino inaugurado por Freud, podemos sostener que la diferencia entre una estructura neurótica y una estructura psicótica se puede percibir con claridad en las diferentes maneras de gozar.

Lo singular de la psicosis está dado por la modalidad de goce, que podemos llamar de distintas maneras: extravagante, bizarro, raro, irracional, loco, etc., todos ellos adjetivos que marcan un fuera del sentido. Sabemos, si seguimos el Seminario 3 y el escrito “De una cuestión preliminar”, que la forclusión del Nombre del Padre produce una falta de la falta que también puede escribirse como  $P_0$  (Phi cero). Esta falta del falo como regulador, como organizador del goce, produce que el goce del Otro aparezca sin mediación de ningún tipo.

Una paciente esquizofrénica se movía con dificultades en la ciudad debido a que no podía dejar de seguir la dirección de las flechas que en las calles indicaban el sentido del tránsito. Esta transformación de un significante en un signo, que por ser real deviene un imperativo imposible de eludir, marca un deambular errático e imprevisible, única manera de caminar sin peligro. Pero, sin darme cuenta, estoy produciendo un malentendido, puesto que no es que el significante se transformó en signo, no hubo transformación puesto que el significante nunca tuvo estatuto de significante al ser un real, un  $S_1$  real para esta paciente. De otra manera: la letra, esas flechas que indican la dirección del tránsito, son reales. A esta presencia de lo real en la pregunta, responde la introducción de la letra como respuesta.

La letra es, en un intento de dar cuenta de lo que no tiene sentido, lo que rompe el sentido, pero entonces, ¿qué es el sentido?. A esta pregunta sólo podemos darle una

respuesta: que el sentido de la palabra sentido vira según el momento de la obra de Lacan. A modo orientativo, y con el riesgo de esquematizar, podemos afirmar que en la primera parte de la enseñanza de Lacan el sentido está más del lado imaginario, casi como sinónimo de significación. Por el contrario, en la última parte de la obra de Lacan el sentido está más aportado por el sin sentido de la cadena significante.

La letra, entonces, entre el sentido y el sin sentido, su introducción, su primera introducción, sus antecedentes,... la podemos situar entre 1953 y 1957.

### **ENTRE EL 53 Y EL 57: LA PSICOSIS.**

“Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” fue leído en Roma en septiembre de 1953. A grandes líneas podemos sostener que en ese escrito, fundamental para el psicoanálisis, el soporte del significante es el fonema.

“La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” tuvo lugar en mayo de 1957. También a grandes rasgos podemos afirmar que el soporte del significante ha pasado del fonema a la letra, transformación de la teoría que no deja de tener resonancias sobre la clínica y la cura siguiendo esa lógica del calidoscopio que cité en otros seminarios.

Del 53 al 57 han pasado, “grosso modo”, cuatro años en los cuales la enseñanza de Lacan ha producido diversos escritos y seminarios que ordenados cronológicamente, y a riesgo de olvidarnos de alguno, son:

“Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la ‘Verneinung’ de Freud” y “Respuesta al comentario...” en 1954, “Variantes de la cura-tipo” en 1955, “Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956”, “El psicoanálisis y su enseñanza” en 1957, viene luego “La instancia de la letra”, a lo que hay que agregar “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, ya que si bien es cierto que cronológicamente está después de “La instancia”, Lacan señala que ese escrito contiene lo más importante de los dos primeros trimestres del seminario dictado en 1955-56.

Los seminarios dictados: “Los escritos técnicos de Freud” en 1953-54, que coincide con “Función y campo”; “El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica” en 1954-55, “Las psicosis” en 1955-56, y “La relación de objeto” en 1956-57.

Varias son las conclusiones que se pueden sacar de este ordenamiento cronológico de la enseñanza de Jacques Lacan, la primera y la más obvia es que es imposible

sacar una sola conclusión o una conclusión única. Este ordenamiento puede ser leído de múltiples maneras; elijamos la nuestra que tiene como punto de partida la idea de que la introducción de la letra en el psicoanálisis tiene que ver con el cuestionamiento que la psicosis realiza sobre aquél.

La “Introducción al comentario” y la “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite”, son el más claro ejemplo de cómo un texto breve puede ser fundamental según qué lectura se realice. Y la lectura de Lacan de ese breve texto freudiano es fundamental, puesto que en esos comentarios coloca las bases para el estudio de las psicosis al diferenciar la “Verdrängung”, es decir la represión, de la “Verneinung”, es decir la negación, y de la “Verwerfung” que, en esos comentarios, llama el cercenamiento, una abolición simbólica. Este último término ha tenido distintas significaciones tanto en lengua francesa como en español: cercenamiento, rechazo, preclusión y, por último, se ha instalado en nuestra lengua con un galicismo: forclusión.

Este “fenómeno” (así llama Lacan a la “Verwerfung” en 1954) es un fenómeno mítico, usando esta palabra como oposición a desarrollo, a evolución, para precisarla y diferenciar la alucinación de la interpretación. Y es que el comentario del pequeño texto freudiano realizado por Lacan dibuja una lógica que, estando en el texto freudiano, no había sido sacada a luz. Esta lógica nos muestra en primer lugar que la “Verneinung” es exactamente lo que se opone a la “Bejahung” primaria, es decir la “raíz del proceso primario del juicio atributivo”. La “Verneinung” deja fuera del sujeto, expulsa fuera del sujeto lo que no ha llegado a simbolizarse, constituyendo lo real.

Una lectura sumamente ajustada al texto hace posible seguir dos direcciones: La primera dirección hablaría de que la forclusión es constitutiva del sujeto, nos hablaría de una forclusión generalizada del sujeto humano. La segunda dirección nos llevaría a plantear la forclusión como fenómeno por el cual las estructuras clínicas vendrían a separarse. Esto es posible puesto que Lacan realiza una distinción bien neta entre el olvido del nombre y el episodio alucinado del dedo cortado del Hombre de los lobos.

En el caso del olvido del nombre el sujeto ha perdido la disposición del significante, en la alucinación el sujeto se detiene ante la extrañeza del significado. Extrañeza que lleva al sujeto a un abismo temporal que Lacan designa como el de un “mutismo aterrado”.

Pero hay más en relación al tema que nos ocupa, puesto que su desarrollo lo lleva a recalar en el diagnóstico diferencial entre esquizofrenia y paranoia: para la primera



todo lo simbólico es real, para la segunda Lacan nos dice: “Bien diferente es para el paranoico del que hemos mostrado en nuestra tesis las estructuras imaginarias prevalentes, es decir la retracción en un tiempo cíclico que hace tan difícil la anamnesia de sus perturbaciones, de fenómenos elementales que son presignificantes y que no logran, sino después de una organización discursiva larga y penosa, establecer, constituir ese universo siempre parcial que llaman un delirio”.

Dos observaciones sobre esta cita que nos serán útiles para nuestros desarrollos posteriores: La primera, resaltar que en este momento los fenómenos elementales son conceptualizados como presignificantes, la segunda es que queda delimitado con precisión que todo delirio es parcial.

El trayecto, el camino que vamos siguiendo, si bien es verdad que tiene cierta determinación cronológica, nos obliga por el rigor lógico a idas y vueltas que rompen esa cronología. En gran medida esto es debido a que la enseñanza lacaniana tiene dos vertientes simultáneas: los Seminarios, cuyo médium es la palabra, y los Escritos, cuyo soporte es la letra.

### **ENTRE EL 53 Y EL 57: EL SEMINARIO 3. LAS PSICOSIS.**

Las primeras palabras con las cuales el Dr. Lacan abre el Seminario 3 son contundentes: “Comienza, este año, la cuestión de las psicosis”, donde el acento recae sobre la palabra “cuestión”. La palabra “cuestión”, como toda palabra, puede abrirse a múltiples significaciones cuyo amplio abanico nos llevaría hasta los cuestionarios, pero no vayamos tan lejos y retengamos para lo que nos ocupa el cuestionamiento, el poner en duda que está implícito en la cuestión.

Además, hay que decirlo, esta apertura del seminario es francamente freudiana, y esto por un motivo simple pero contundente: Siguiendo la vía abierta por Freud, rescata la división entre paranoia y esquizofrenia y coloca a la primera como el eje psicoanalítico de la psicosis, rescatando el caso Schreber como el principal texto freudiano sobre la psicosis.

La diferencia entre esquizofrenia y paranoia está dicha en distintos lugares del seminario, pero me interesa rescatar una, porque viene como anillo al dedo para la cuestión que estoy comentando, en la clase “El fenómeno psicótico y su mecanismo”. Lacan afirma: “La paranoia se distingue en este punto de la demencia precoz, el delirante articula con una abundancia, una riqueza, que es precisamente una de sus características clínicas esenciales, que si bien es una de las más obvias, no debe sin

embargo descuidarse. Las producciones discursivas que caracterizan el registro de las paranoias florecen además, casi siempre, en producciones literarias, en el sentido en que literarias quiere decir sencillamente hojas de papel cubiertas con escritura”.

Este rasgo, que puede designarse como la afinidad del paranoico con lo escrito, nos indica una cierta relación de simpatía por la letra que nos permite pensarla desde el psicoanálisis. A riesgo de equivocarme, tengo la impresión de que estos escritos paranoicos son algo así como un intento de dar sentido a lo insensato. Podemos recordar la conocida frase schreberiana: “Todo sentido es sin sentido”. A veces escritos judiciales, como el caso Schreber, o un caso que titulé “Un escrito paranoico”, publicado en “Estudios analíticos 1”, son intentos de dar sentido a la certeza que organiza el delirio.

Y en esta búsqueda de la letra aparece en el Seminario 3 algo que no dejaré de resaltar: allí Lacan afirma que las preguntas que las psicosis realizan al psicoanálisis cubren las categorías de nuestro campo operatorio, y las categorías de nuestro campo operatorio son las dadas por Freud en ese breve artículo sobre “La negación”. Es decir, los términos comentados en la “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la ‘Verneinung’ de Freud”.

El punto central lo toma de la alucinación del dedo cortado del Hombre de los lobos: que la “verwerfung” produce un significante en lo real, marca del fenómeno psicótico. Esta marca la deberíamos investigar en varias direcciones, siendo la principal el problema del tiempo. Lacan habla de “embudo temporal”, que es parte del mutismo aterrado cuya fenomenología nos abre el camino para entender la atemporalidad de lo inconsciente. De esta manera, podemos señalar que la “verwerfung” produce un significante en lo real que condiciona los fenómenos psicóticos.

Otro paso más lo da Lacan en la clase “El significante, en cuanto tal, no significa nada”, donde profundiza la distinción entre significante y significado, a partir de lo cual aísla el significante del Nombre del Padre.

El paso anterior deja abierta la teoría para formalizar los mecanismos freudianos de la condensación y el desplazamiento como metáfora y metonimia.

Es de esta manera como en el escrito “De una cuestión preliminar” formaliza la Metáfora Paterna, cuyo fracaso abrirá la estructura psicótica. Podríamos seguir por esta vía planteando diversos problemas que son desarrollados en el Seminario 3 y en

“De una cuestión preliminar”, pero estos caminos nos llevarían por otros derroteros que abrirían la puerta a otros seminarios.

Señalemos para nuestro recorrido algo obvio, pero que por eso mismo se encuentra un poco oscurecido en los textos que estoy comentando: que el principal texto freudiano sobre la psicosis y también el primer gran texto lacaniano sobre la psicosis, tienen como soporte la obra de Schreber “Memorias de un neurópata”.

En cierta medida estoy dando por supuesto que se ha leído la obra de Schreber, pero en el caso opuesto, es decir que ese escrito no haya sido leído, lo que adelantaré sobre él será útil cuando se realice su lectura.

Decía esto porque es posible aislar cuatro fenómenos que son del orden del lenguaje: el milagro del alarido, el llamado de socorro, en tercer lugar toda clase de ruidos exteriores y, por último, la construcción de una teoría de la creación divina que dé cuenta del llamado de cierto número de seres vivientes.

Todos estos fenómenos, que son del orden del lenguaje, se sostienen en un eje que son las transformaciones que el cuerpo de Schreber experimenta para poder llegar a ser la mujer de Dios, goce del cuerpo que implica que lo simbólico ha hecho mella sobre lo imaginario.

Estamos de nuevo, como hace más o menos un mes en el Ateneo de Sevilla, en el problema del cuerpo, y en aquella charla hacía la siguiente pregunta: ¿somos un cuerpo o tenemos un cuerpo?. Por supuesto apostaba por la segunda respuesta, pero hay que precisar qué significación damos al verbo tener, y lo primero que hay que evitar es pensar este tener en el sentido de un realismo simplista, por ejemplo tener un cuerpo que se pueda fotografiar. Tener un cuerpo es hacer algo con el cuerpo, es utilizarlo, usarlo, es decir, se tiene un cuerpo cuando hay un cuerpo de goce.

También en esa charla que di en el Ateneo hacía surgir la idea de que el organismo, con sus leyes biológicas, constituye el sustrato material que devendrá cuerpo por mor del significante. Esto implica que si bien es cierto que el cuerpo es imaginario no se lo puede reducir al estadio del espejo.

La conceptualización del cuerpo por el Estadio del Espejo corresponde a la primera parte de la enseñanza de Lacan. Más adelante el cuerpo, para Lacan, es un saco con orificios.

Lo anterior implica que tener un cuerpo es posible si se paga el precio de la castración. Si este axioma no se cumple aparecerán las alucinaciones cenestésicas, como son las voluptuosidades femeninas de Schreber.

Es justamente sobre ese punto, el de la voluptuosidad, y criticando a Freud, como Lacan inserta el tema de la letra. Citemos: "(...) es únicamente cometer un error sobre la dimensión en que la letra se manifiesta en el inconsciente, y que conforme a su instancia de letra, es mucho menos etimológico que homofónico".

El significante en lo real determinado por la forclusión, que hay que ubicar en la intersección de lo simbólico y lo real, queda fuera del sentido, si entendemos este último ligado a lo imaginario del cuerpo.

De esta manera estamos en el problema del sentido y sus múltiples variaciones, que podemos comenzar a leer en el Seminario 2. En la conferencia sobre "Psicoanálisis y cibernética", Lacan nos dice: 1) que la sintaxis existe antes que la semántica, en su sentido lógico; 2) que las ciencias exactas enlazan lo real a una sintaxis; 3) que la semántica habitada por el deseo humano aporta el sentido; 4) que hay otro sentido que está dado por la sintaxis, es decir una serie de signos orientados; 5) que los primeros símbolos, que llama en este texto símbolos naturales, salieron de la imagen del cuerpo humano.

Lo cual puede ser corroborado en las lenguas habladas que están todas hechas con imágenes escogidas que guardan relación con la existencia viviente del ser humano, con un sector bastante estrecho a su realidad biológica, con la imagen del semejante. Este imaginario que porta toda lengua es obstáculo a la realización del sujeto en el orden simbólico.

Surge, entonces, una doble significación del sentido, el sentido sintáctico y el sentido semántico, pero como el primero preexiste al segundo, podemos entender el sentido como el surgimiento de un orden simbólico cuyo soporte está constituido por imágenes corporales.

La alucinación, ese significante en lo real, rompe el sentido dado por una serie ordenada de significantes. La ruptura del orden indica otro tipo de goce no ordenado por el falo.

El sentido está dado por el simple ordenamiento significante, lo cual hace posible afirmar que el sentido siempre se desliza, siempre está en fuga y sólo se marra cuando las significaciones del cuerpo le dan cobertura.

Lacan en alguna parte de su enseñanza nos dice que el síntoma es un acontecimiento del cuerpo, es decir que está situado entre lo imaginario y lo simbólico. El problema que se nos plantea si seguimos esta dirección es la relación del cuerpo con la pulsión. Con lo cual estamos en esa invariante analítica de cómo lo continuo puede enlazarse a lo discontinuo, pero al mismo tiempo esa marca pulsional en el síntoma, ese núcleo de goce, es la prueba de la eficacia del lenguaje sobre el cuerpo.

El sentido bien puede darnos un niño consentido, y sabemos que en el fondo de nuestro yo casi todos queremos tener un sentido para el Otro, y esto simplemente porque existe eso que se llama amor, pero hay más, puesto que todos, o mejor aún casi todos, llevan un empuje al sentido, quieren tener una vida con sentido.

Las religiones monoteístas son las encargadas de producir sentido, esto está implícito en el texto freudiano “El porvenir de una ilusión”. Desde esta perspectiva, el síntoma es lo opuesto a una ilusión porque falla al sentido, y este fallo del sentido tiene dos variantes delimitadas: El síntoma neurótico produce un sin sentido, pero este sin sentido está en oposición significante, es decir que se mantiene en lo simbólico, sin dejar de pensar en todo su sostén imaginario y su núcleo de goce real. El síntoma psicótico le falla al sentido de otra manera, en rigor no le falla, queda excluido del sentido porque el significante está en lo real.

De esta manera, y siguiendo la deducción anterior, podemos afirmar que el síntoma neurótico puede devenir síntoma analítico por medio de la transferencia. En la medida en que el neurótico se hace responsable de su síntoma, y éste se articula bajo transferencia, tenemos el terreno abonado para que un síntoma neurótico pase a ser síntoma analítico.

En el caso del síntoma psicótico cuyo retorno en lo real le dé su definición última, no se transformará en síntoma analítico; la fijeza de lo real marcará su destino y, a pesar de que el delirio pueda producir transformaciones (como es evidente en el delirio schreberiano que va desde su fantasma delirante “qué hermoso debe ser ser una mujer en el coito” hasta los meteoros finales de su delirio “ser la mujer de Dios”), su entronque con lo real -o mejor aún: como es una construcción real- no abre el pasaje a síntoma analítico.

Esta no transformación del síntoma psicótico en síntoma analítico, está determinada porque el amor del psicótico es un amor congelado, un amor muerto.

El sin sentido introducido por el síntoma neurótico puede tener como sostén la cadena significante, que no deja de producir sentido por el solo hecho de que un significante sea 1 y otro sea 2, es decir que exista un orden.

Lo diferente es introducido por el síntoma psicótico, que no es del orden de la oposición sentido-sin sentido, sino que está excluido del sentido. Esta exclusión del sentido fuerza la introducción de la letra, puesto que la letra al tener identidad consigo misma, al no ser diferencial, escapa a los efectos de sentido.

Podemos realizar el siguiente esquema:

- a) La cadena significante produce efectos de sentido.
- b) La letra está fuera del sentido.
- c) La palabra es pedido.

### **LA INSTANCIA DEL 57.**

Instar es suplicar o urgir con ahínco, y es una deriva de la palabra latina “instare” que significa estar encima, que a su vez deja como residuo “stare”, estar de pie, cuyas estribaciones nos llevan al instante y a la instancia, donde se separan el tiempo y el lugar, permanencia del estar en un sitio.

La deriva de la lengua instala a la instancia en el ámbito jurídico: “cada uno de los grados jurisdiccionales que la ley tiene establecidos para ventilar y sentenciar”, según el Diccionario Jurídico Comares y, por otra parte, sabemos de las estrechas relaciones entre la psicosis y la ley, lo cual nos orienta hacia un punto preciso: la instancia de la letra, que nos habla del lugar de la letra en el inconsciente, lugar que tiene que ver con la ley de la palabra.

Esa ley de la palabra que Lacan evoca en los Diez Mandamientos, pero que se puede leer con toda claridad en el análisis del sueño freudiano de “la inyección de Irma”, donde su ombligo -me refiero al ombligo del sueño, es decir la palabra última, más allá de la cual mora el silencio- nos muestra que el sentido del sueño es la palabra, o de otra manera, que el enigma del sueño es el enigma de la palabra.

Conviene para nuestro desarrollo dar un paso atrás y retomar la última parte de el Seminario 2, donde, en la conferencia sobre la cibernética, Lacan afirma que las ciencias exactas no hacen otra cosa que enlazar lo real a una sintaxis.

Esto último parece bastante importante puesto que, por un lado, la sintaxis está conectada al sentido, en el sentido que Lacan precisa como un sentido de la palabra, sentido como el hecho de que existan una serie de signos orientados, lo que muestra con el juego del par e impar. Pero si lo anterior es cierto, también es cierta otra dimensión de la palabra sentido, que Lacan denomina como el “sentido humano” y que ubica en las lenguas concretas. De esta manera, como ya afirmé, podemos entender que en esta época de la enseñanza de Lacan existe una doble dimensión de la concepción del sentido que posteriormente se diferenciará con claridad.

Al mismo tiempo, y como causa y efecto de esta doble dimensión, está la palabra como punto capital en la producción de sentido. Ésta es una de las razones por las cuales Lacan puede hablar del síntoma como de un sentido reprimido y, al mismo tiempo, formular que la metáfora es productora de sentido.

Porque, hasta donde yo sé, existe una similitud y una diferencia entre los ordenadores y los sujetos humanos: la similitud está dada porque existe un modo semejante de funcionamiento en relación a la lógica binaria; la diferencia es que los ordenadores no desean. Y hay que recordarlo una vez más, el deseo humano es el deseo sexual.

El sentido como lo que está dado por un simple ordenamiento de símbolos, es lo que puede realizar una analogía con el ordenador, y ésta es la base de las nuevas corrientes cognitivas. La diferencia, el sentido introducido por el deseo, permite aclarar una cita que traje anteriormente: “Los primeros símbolos, los símbolos naturales, salieron de una imagen prevalente: la imagen del cuerpo humano, la imagen de algunos objetos evidentes como el sol, la luna y algunos otros” (Seminario 2).

El sentido dado por el ordenamiento de los signos corresponde al orden simbólico; el sentido dado por el cuerpo se encuentra en el registro imaginario y corresponde a la significación. Es por esta vía que se puede entender la siguiente cita: “De donde puede decirse que es en la cadena significante donde el sentido insiste, pero que ninguno de los elementos de la cadena consiste en la significación de la que es capaz en el momento mismo”.

La estructura de la psicosis nos plantea un problema diferente ya que la dimensión simbólica está trastocada; para decirlo en términos del Seminario 1, la estructura de la

psicosis queda situada en un simbólico irreal. De otra manera, la forclusión del Nombre del Padre produce un agujero en la significación, la significación del falo es cero, Phi 0, lo que produce una cascada significativa en lo real, formulando la metáfora delirante. Este goce fuera del falo, este goce del Otro, se lo puede entender muy bien en la paranoia: en esta psicosis el Otro, en su estatuto de real, goza del sujeto. Por ello, “me persiguen” es su frase clave, frase que puede ser traducida por: “el Otro se ocupa de mí”. Aquí -Freud lo subrayó con todas las letras- la dimensión narcisista está presente sin la mediación simbólica.

Este retorno en lo real fuerza la introducción de la letra.

La letra, entonces, entra en la teoría psicoanalítica del cuestionamiento que los psicóticos realizan al discurso psicoanalítico, cuestiones que van desde el estatuto de lo real a las concepciones del sentido.

Los laberintos del sentido pueden formularse gramaticalmente de distintas formas: la oposición sentido-no sentido abre un ramillete de significaciones que van diluyéndose desde “tener un sentido” hasta “estar fuera del sentido”, lo que abre una nueva dualidad al poderse formular como extra: “dentro del sentido” o “fuera del sentido”. Desde esta perspectiva, ¿cómo encontrar un lugar al sentido de la letra?.

No es ninguna casualidad que el primer apartado de “La instancia de la letra” lleve por título “El sentido de la letra”, y este sentido es literal, hay que tomarlo al pie de la letra, para lo cual Lacan introduce el algoritmo saussureano: significante sobre significado.

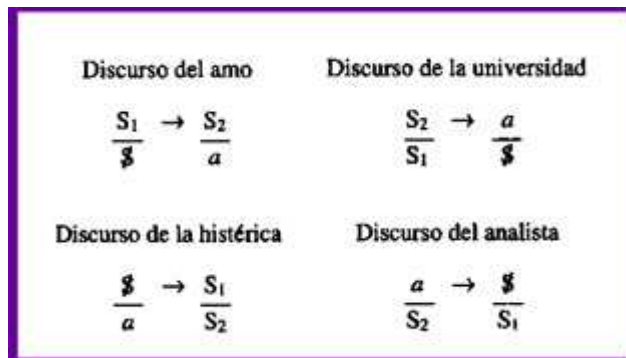
A partir de este algoritmo se deletrean la metáfora y la metonimia como mecanismos generales de lo inconsciente, lo que recobra el estatuto perdido en las generaciones de analistas que siguieron a Freud.

Un significante por otro, fórmula general de la metáfora, hace aflorar un nuevo sentido, y esto invita a no preocuparse por las definiciones del sentido, puesto que es el advenimiento de un nuevo sentido lo que tendrá que jugarse en el análisis con su contrapartida, que es la pérdida del sentido. De esta manera, el sentido tiene que ver, en estos años, con la emergencia de la verdad.

El paso de un soporte a otro no está marcado por una discontinuidad, ya que por momentos habla de uno o del otro. Recién cuando la letra se redefina, es decir, cuando se separe radicalmente del significante, cobrará su verdadera dimensión.



Los cuatro discursos  
elaborados por Lacan en  
“El Seminario 17”.



## LA LETRA ES EL CONJUNTO

### SEMINARIO DEL SÍNTOMA AL “SINTHOME” (IV)

Seguimos el camino que nos lleva del síntoma al “sinthome”, y el tramo de hoy nos lleva a la letra y a su escritura.

En el Seminario 20, “Aun”, Lacan nos habla de la función de lo escrito y, por lo tanto, de la letra, resaltando que no es lo mismo leer que leer una letra. De esta manera, nos percatamos de que el verbo “leer” tiene una amplitud de significaciones bastante grande, ya que no es lo mismo leer un poema que leer una fórmula matemática, ni tampoco es lo mismo leer el genoma humano que leer el periódico, ya sea éste en su formato tradicional o por Internet. Igual que no es lo mismo leer una novela que leer una fórmula química.

Esta lectura de la lectura no debe dejarnos indiferentes, ya que a renglón seguido de la cita con que comencé este seminario -“no es lo mismo leer que leer una letra”-, Lacan afirma que el discurso psicoanalítico trata de lo que se lee en la atención flotante del analizante. Dicho de otra manera: el inconsciente es lo que se lee en cada sesión.

La premisa mayor de tan contundente afirmación se asienta en la escritura del discurso, que, muy imprecisa en sus comienzos (recuérdese el Seminario 2), adquiere una formalización rigurosa, entre otros lugares, en el Seminario 17: “El reverso del psicoanálisis”. Formalización que se establece sobre el trasfondo del lenguaje, aparato que sostiene a los discursos sin palabras, instaurando un cierto número de relaciones estables que permiten un uso no metafórico.

Es decir, que más allá del sentido aparecen los cuatro discursos que construyen la realidad a partir de las cuatro modalidades de vínculo social. Cuatro discursos que tienen como soporte a cuatro letras y que instauran un vínculo social entre las personas, siendo al mismo tiempo el comienzo de una nueva lectura. Volveré sobre todo esto puesto que es el punto que quiero destacar.

Si retomamos lo que dije al principio sobre las significaciones del verbo “leer” podemos sostener que la lectura del inconsciente tiene su particularidad, es decir, que el verbo leer adquiere aquí una significación nueva que no es del orden de la semántica sino de la sintaxis. Sintaxis que, privada de la significación, encuentra sentido en su ordenamiento; para decirlo en términos del Seminario 2, el orden de los pensamientos inconscientes.

En el Seminario 2, en el escrito sobre “La carta robada” y en otros lugares, se define el sentido por un orden privado de significaciones, un ordenamiento que puede ser cualquiera; por ejemplo, puede ser una sucesión de más y menos. De lo cual es fácil deducir que una cadena significativa tiene un sentido dado por la serie.

La lectura psicoanalítica tiene que ver con la cadena significativa, pero no sólo con ella. O mejor aún, lo que se da a leer es un lugar limitado por la cadena significativa que indica otro lugar distinto a la cadena significativa, pero que está limitado por ella, un lugar que hace a lo real. Leer entre líneas, leer entre significantes, tomar el deseo a la letra, para decirlo de otra manera, leer el silencio, que es tal por ser la emergencia entre dos ruidos, o más aún donde el sentido cae, donde el sentido no tiene existencia. No es la negación del sentido en el sentido de decir “esto no tiene sentido”, puesto que de esta manera se presupone una idea de lo que es el sentido y se la niega. No sé cómo decirlo de otra forma, pero sería algo así como la inexistencia de la palabra sentido. Esto puede suscitar cierto efecto de extrañeza, de ir por un camino equivocado, pero prefiero personalmente cierta errancia para intentar transmitir lo que el análisis me ha enseñado, que errar por la repetición de la costumbre. Dejando claro que estamos hablando de significantes que hacen cadena, del significante en cuanto se define por su relación con otro significante.

Con todo lo anterior, el psicoanálisis aporta su entendimiento a las nociones de lectura que pululan en distintos campos.

Esta nueva significación modifica, en buena medida, las construcciones anteriores sobre la letra y la lectura desarrolladas por Lacan, especialmente en “La instancia de

la letra". En otras palabras, a partir de una nueva concepción de los discursos, Lacan introduce una nueva concepción de la letra que abre camino para considerar el nudo borromeo como una letra y, por lo tanto, colocarlo en el rango de lo real.

### **ESCUCHA Y LECTURA.**

La dimensión de la escucha está ligada al psicoanálisis desde sus orígenes. Es sabido que Freud va construyendo sus conceptos a medida que escucha a sus pacientes histéricas, quienes le relatan sus diversas dolencias. La asociación libre y su contrapartida la atención flotante son utensilios que están ligados a la escucha de las palabras, a la escucha del significante, a la escucha de una cadena fonemática cuya significación se engendra a partir de esa escucha. De esta manera, aparece casi como natural la relación entre la escucha y el psicoanálisis.

En el seminario anterior hice hincapié en la diferencia del soporte significante contrastando los escritos "Función y campo de la palabra y del lenguaje" y "La instancia de la letra". Dicho de otra forma: remarqué la diferencia entre el fonema y la letra, entre la escucha y la lectura. Para los psicoanalistas aparece, ya lo dije, casi como natural la relación entre la escucha y el inconsciente; pero no pasa lo mismo con la letra, leer el inconsciente se sigue percibiendo como algo extraño y de difícil comprensión. Trataré pues en este seminario de apaciguar esa extrañeza.

Vivimos en un mundo de letras, desde el periódico que uno lee mientras desayuna en el bar de la esquina hasta el nombre de la calle que habita prendido en el frontispicio de la casa; desde los textos escolares hasta los múltiples anuncios publicitarios. Sabemos también que la letra hay que tomarla al pie de la letra y, lo que no es poco, que la letra con sangre entra; para no llegar a la letra mata, "littera occidit" de las Escrituras que hace de contrapunto literal a la expresión "littera nascimur", es decir, por la letra nacemos y por la letra somos nombrados.

Sin embargo, a pesar de todo lo anterior, nuestra relación con la letra es ambigua y difícil. Por lo menos no aparece como algo dado naturalmente, sino que se inscribe en el orden del utensilio, del artificio, al revés de la palabra que, como ya afirmé, es una relación dada como natural. Es decir, tan pronto el hombre, cuya experiencia cuenta esencialmente en el laberinto del lenguaje, se deja llevar por los meandros de la palabra y de la letra, percibe con enorme lucidez que la primera está atada al cuerpo por la boca y una vez dicha se disuelve en las volutas del viento, mientras que la letra

está atada al cuerpo por las manos y una vez escrita fija en sus trazos la memoria que puede transmitirse.

La función de lo escrito, pues, se liga a la transmisión de la experiencia humana de generación en generación, deslizándose entre letras que marcan sus dificultades. Es decir, la transmisión siempre resulta fallida debido a que la letra no puede transportarlo todo.

Pero, hay que recordarlo, la letra es más que el abecedario. Cada lengua tiene sus letras que la diferencia de las otras y, al mismo tiempo, hay un uso matemático que está al servicio de las ciencias. Mientras que el primer punto puede ser ejemplificado con los ideogramas chinos, letras escritas con pincel, el segundo punto nos invita a recordar el "Proyecto de una psicología para neurólogos", donde Freud realiza una primera escritura psicoanalítica.

En relación a la primera agreguemos unas pinceladas para ver cómo la letra determina una cultura particular. Jamás ninguna cultura ha profesado tanto respeto por sus escrituras como la china, y este respeto no sólo se debe a las dificultades de la escritura china, a las dificultades de su caligrafía, sino que se debe sobre todo a que son los encargados de manipular el libro de lo inasible eficaz, el libro de las mutaciones por intermedio del cual piden consejos a sus muertos. Esta tradición de los escribas chinos marca toda su cultura, y de este modo se puede entender que en la época de la aldea global, de Internet, los chinos por un lado van entrando en este mundo sin perder, por otro, la tradición de su escritura. Vemos una vez más la importancia de la letra en la condición humana.

Esta importancia también aparece en las diferencias culturales marcadas por la letra mucho más de lo que nos imaginamos, por sus diferentes escrituras y por lo que éstas transmiten. Un buen ejemplo, aunque doloroso, sobre este punto nos lo ofrece la guerra de la antigua Yugoslavia, guerra en la que se enfrentaron las tres grandes religiones monoteístas: la cristiana ortodoxa, la católica romana y la musulmana, las cuales - además de tener cada una su propia insignia, la doble cruz, la cruz católica y la media luna- constituyen tres culturas con diferentes escrituras, con diferentes letras: cirílico, latina y musulmana. Quizás esas diferentes escrituras se manifestaron también en la crueldad de esa guerra, donde ni los nombres inscritos en las tumbas podían ser leídos por los otros.

Otro ejemplo, no tan mortífero como el anterior, lo tenemos en la bandera de Corea del Sur que muestra hexagramas del “I Ching”, entroncando a modo de escritura la sabiduría moderna con el saber que está en la tradición de ese pueblo.

De Corea a España para dar cuenta otra vez de la función de lo escrito, puesto que más allá de las culturas la letra marca una notable diferencia en la historia de cada sujeto. Por eso sostenemos desde la clínica que es muy distinto analizar un niño o una niña antes de aprender a leer o después, un después que habitualmente coincide con lo que Freud llama fase de latencia. También es sabido el síntoma infantil, y no tan infantil, de la imposibilidad de manejar las letras matemáticas.

### **LAS PRIMERAS ESCRITURAS FREUDIANAS.**

“El proyecto de una psicología para neurólogos” incorpora en su texto una serie de letras que designan sistemas o conjuntos neuronales dotados de propiedades definidas. No podemos detenernos a estudiar ese escrito con la profundidad que se merece, recuerden el Seminario 2 de Lacan donde está realizada su lectura, pero lo traje como ejemplo del uso de la letra para la construcción de la teoría.

A la palabra construcción le damos el sentido freudiano de “Construcciones en psicoanálisis”, texto en el que nos dice que la construcción viene al lugar de lo reprimido en el curso de una cura. Así que es a partir de su análisis que Freud va construyendo su teoría, pero como para ello necesita utensilios cuya significación sea nula, esa función es la que viene a cumplir la letra.

El apartado final de “La dirección de la cura” se titula “Hay que tomar el deseo a la letra” y, a pesar de su anuncio, Lacan habla de la letra en la última página. Vale la pena recordar que “La dirección de la cura” es un escrito muy próximo a “La instancia de la letra”, donde afirma que hay que tomar la letra al pie de la letra.

¿De qué deseo se trata?, ¿qué es la letra?. No puedo superar la tentación de la cita: “Puesto que se trata de captar el deseo, y puesto que sólo puede captárselo en la letra, puesto que son las redes de la letra las que determinan, sobredeterminan su lugar de pájaro celeste, ¿cómo no exigir al pajarero que sea en primer lugar un letrado?”.

La última página está dedicada al deseo de Freud, al deseo del analista, “hombre de deseo”; hay que tomar el deseo a la letra y la letra es todos y cada uno de los escritos freudianos. Lo escrito realiza su transmisión. Pero cualquiera puede decir: “Freud era

Freud, un genio que descubrió el psicoanálisis, a él sí se le puede tomar al pie de la letra, pero a nosotros...” Pues bien: cada clase, cada presentación clínica, cada artículo que publicamos está trabajado por nuestro deseo. A veces, en la fatiga uno se pregunta ¿para qué seguir?, y esa pregunta tiene una sola respuesta: por nuestro deseo, por ese deseo impuro de analista. Y es cierto, en esa medida realizamos pequeñas construcciones que pueden ser útiles al psicoanálisis.

Lo que Freud puso de relieve en toda su obra, en todas sus construcciones, fue y es la profunda subversión de la subjetividad humana transitada por un deseo reprimido, por un deseo sexual que sólo puede captarse en las redes de la letra. Así, si seguimos esquemáticamente “La dirección de la cura”, o mejor aún su último apartado, podemos entrever que la lectura del sueño de la “bella carnicera”, o el desarrollo del paciente obsesivo, es para Lacan un tomar al pie de la letra el texto freudiano.

### **VARIACIONES DE LA LETRA.**

Insistimos, no es lo mismo leer un pentagrama que leer una revista, son las variaciones de la escritura las que imponen, las que determinan, la modalidad de la lectura.

De la misma manera, podemos precisar que en el psicoanálisis no es lo mismo leer la letra de una formalización, un “mathema”, que leer el inconsciente, aunque sean dos modalidades de lectura que tienen un punto de cruce, un quiasma, que corresponde al discurso analítico como punto de arranque para una doble lectura novedosa.

Lo anterior es lo que no entienden Alan Sokal y Jean Bricmont, autores de un libro titulado “Imposturas intelectuales”, publicado por Editorial Paidós, en el que critican a Lacan por trasponer conceptos matemáticos al psicoanálisis “sin la menor justificación empírica o conceptual”. Esta aparente falta de justificación, está dada por los autores citados desde un empirismo ingenuo que hace para ellos imposible comprender el estatuto que la escritura adquiere para el psicoanálisis.

Bueno, sin duda la afirmación de empirismo ingenuo es excesiva, pero no disparatada si tomamos en cuenta que es difícil encontrar en los autores citados su concepción sobre lo empírico. Sin embargo, su creencia en la percepción nos orienta hacia su supuesto inmodificable: lo empírico es lo que se constata por medio de la vista. El ejemplo que dan habla a las claras: si alguien sale de una sala de conferencias gritando que hay una estampida de elefantes, se debe mirar a la sala, si se ven elefantes hay que llamar al zoo y si no se ven elefantes hay que llamar al psiquiátrico.

La alucinación como error perceptivo está en el centro del empirismo, diluyendo a la verdad en las redes de la adecuación a la realidad... empírica.

Es interesante la lectura del libro citado porque su crítica de Lacan bien podría ser aplicada a los post-lacanianos si no fuese por las banalidades que esgrimen; por ejemplo, cuando afirman: “Exhiben una erudición superficial lanzando, sin el menor sonrojo, una avalancha de términos técnicos en un contexto en el que resultan absolutamente incongruentes”. Y así de seguir.

Sólo queda una pregunta: ¿qué fue lo que no entendieron Sokal, Bricmont y tantos otros?. No entendieron que la letra para el psicoanálisis se lee a partir del discurso analítico.

### **LA TERCERA.**

En “La tercera”, conferencia pronunciada en el Congreso de Roma de 1974, podemos leer el nudo borromeo, que había sido introducido dos años antes en el Seminario 19: “Ou pire”. Podemos leer, por ejemplo, que existe una similitud entre lo simbólico, lo imaginario y lo real, desapareciendo así el privilegio de lo simbólico, lo cual no dejará de traer consecuencias para el psicoanálisis ya que lo deslizará hacia una clínica de lo real.

Entre la cara oscura de la metáfora, hacedora de sentido, y la metonimia impura del deseo, emergen los redondeles de cuerda que ayudan a situar el inconsciente entre lo imaginario y lo simbólico, y hunden sus raíces en lo real. De esta forma, lo real extiende su dominio formulando al síntoma. Recordemos su sentido en “La tercera”: “el sentido del síntoma es lo real, lo real en la medida que se pone en cruz para impedir que las cosas marchen en el sentido en que ellas dan cuenta de sí mismas de manera satisfactoria”. Para repetir lo que ya ha sido dicho muchas veces, el síntoma es lo que viene de lo real, y aquí, para que no quede desdibujado el tema, vale la pena resaltar toda la distancia con la concepción freudiana del síntoma como retorno de lo reprimido, o la distancia con las primeras concepciones lacanianas del síntoma.

La profundización del entendimiento de lo real, y su consecuencia obligada, el despliegue del goce, abren un nuevo circuito para la pulsión. No nos podemos deslizar por esta pendiente pero sí podemos dejar un mojón del cual se puede extraer saber, me estoy refiriendo a la respuesta que Lacan da a Marcel Ritter en 1975, publicada en castellano en “Estudios de psicósomática 2” de Editorial Atuel. En esa respuesta hay algo que siempre me intrigó y que me sigue intrigando, porque una lectura atenta del

texto hace posible distinguir dos reales, lo real de lo originariamente reprimido y lo real de la pulsión que queda situado en los orificios del cuerpo.

Pero volvamos a “La tercera”, texto contemporáneo al “RSI”, donde encontramos dos puntuaciones sobre la letra. La primera, quizás un poco larga dice así: “...lo real no es universal, lo que quiere decir que sólo es todo en el sentido estricto de que cada uno de sus elementos sea idéntico a sí mismo (...) No hay todos los elementos, sólo hay conjuntos a determinar en cada caso (...) Mi  $S_1$  sólo tiene el sentido de puntuar ese cualquier cosa, ese significante -letra que yo escribo  $S_1$ , significante que sólo se escribe si se lo hace sin ningún efecto de sentido”.

El  $S_1$  deviene letra si se logra situarlo en el sin-sentido. En otras palabras, el  $S_1$  es lo que puntúa ese cualquier cosa que en los análisis se manifiesta como momento de giro, momento de una nueva significación subjetiva que reordena el sentido sostenido hasta ese momento por el analizante, es decir, que muta su relación con lo real. Y esa letra puede ser un significante o un enjambre signifiante, un conjunto de elementos idénticos a sí mismos.

Cierta complejidad del tema que tratamos me lleva a cometer errores: he dicho en el “sin sentido” y esa expresión puede forjar un malentendido, puesto que -como ya advertí- podría entenderse en oposición a sentido. Por ello, quizás valga la pena hablar de la inexistencia de la palabra sentido.

Cierta sorpresa aparece por el giro que toma la enseñanza de Lacan en estos años en que, ya lo dijimos, la extensión de lo real va del agujero del cuerpo, las zonas erógenas, al ombligo del sueño que marca lo no reconocido. Es por este camino donde la conceptualización del goce pasa por el goce fálico, goce que queda situado fuera del cuerpo, distinto del goce del Otro que queda fuera del lenguaje. Como de pasada, podemos señalar que esto tiene consecuencias sobre la clínica de la psicosis, cuyo goce fuera del lenguaje se des-abona del inconsciente. Una nueva forma de entender la psicosis que hará posible la lectura de Joyce.

Lectura singular, sin duda, donde los significantes triturados están soportados en la letra, única manera de tener acceso a lo real. Y esto, para repetir lo dicho, porque el goce del Otro está fuera del lenguaje, fuera de lo simbólico. Para demostrarlo ahí está la ciencia, cuya escritura hace posible que el mundo se llene de objetos que no existían, y ahora, en la época de Internet, de una manera vertiginosa.



Hablé de dos puntuaciones sobre la letra en “La tercera”. La primera ya está dicha, la segunda es una pregunta para la que no he encontrado respuesta: ¿cómo la lengua puede precipitarse en la letra?. Y no he encontrado respuesta porque primero habría que precisar qué es “lalengua”, todo junto, para Lacan. En “Aun” tenemos una serie de aproximaciones que nos muestran a la lengua como participante de la comunicación y, al mismo tiempo, que está más allá de este uso. Lo mismo que el lenguaje, que es redefinido como un saber sobre la lengua. Y podríamos seguir...

Estoy, estamos en esos momentos de retorno a lo ya dicho, momento que puede ser de detención de la palabra o, por el contrario, de punto de bisagra, un punto de bisagra que es señal de lo ya aclarado y de lo que hay que aclarar en la otra cara de la bisagra. Y hablo de esto porque ya dije que había un uso doble de la letra: la función de matema, de formalización, que no es sólo patrimonio del psicoanálisis, y la función de lo que cifra, que hace al inconsciente, y su descifrado. Afirmé también que había un punto de cruce de las dos funciones, pero, para llegar a argumentar esta afirmación, debo pasar primero por los discursos.

Volvamos a “La tercera” recordando que comienza con un ronroneo, con el ronroneo del gato que es signo de su goce, y esta onomatopeya está detrás del juego con la palabra, discurso de muy difícil traducción. Este comienzo casi parece un juego de ingenio de alguien muy avezado en su lengua, sin embargo en el entrecruce de sus letras se pueden leer el discurso y el goce.

### **EL DISCURSO, LOS DISCURSOS.**

Cita del Seminario 17, “El reverso del psicoanálisis”, más concretamente de su primera lección, “Producción de los cuatro discursos”, del 26 de noviembre de 1969: “Resulta que el año pasado distinguí, de forma muy insistente, el discurso como una estructura necesaria que excede con mucho a la palabra, siempre más o menos ocasional. Prefiero, incluso lo escribí un día, un discurso sin palabras”.

De esta cita, que es el verdadero comienzo del Seminario 17, y en rigor de la lectura de toda su primera clase, puede deducirse que el discurso, que los discursos están fuera de la función de la palabra pero que tienen cabida en el campo del lenguaje.

Ahí comienza -donde el adverbio de lugar tiene una implicación temporal, ahí, en esos años- una renovada lectura de las letras que constituirán los cuatro discursos, una reformación del sujeto y una simplificación de la teoría.

Ascendiendo de lo real por lo simbólico, Lacan antes de esas fechas hace del discurso múltiples usos que van desde el discurso común hasta “el inconsciente es el discurso del Otro”. En el Seminario 2 el discurso está ligado al orden legal, el cual da su significación a las relaciones imaginarias, más aún, el sujeto tiene que reconocer su sitio en el discurso universal. Lo que más llama la atención en estos momentos de la enseñanza de Lacan es la afirmación de que este discurso universal tiene que ver con el lenguaje, pero que no son términos idénticos. Diferencia que habría que explorar.

Esta diferencia está señalada, de alguna manera, en el Seminario 4, donde está planteada la neurosis como una pregunta por el sujeto en el plano de su propia existencia. Una concepción de la neurosis determinada por lo simbólico, ya que es por este registro que el hombre y la mujer no son simplemente macho y hembra, sino que tienen que situarse en relación a lo simbólico de los significantes “hombre” y “mujer”.

El texto de la neurosis, al ser una pregunta donde el sujeto está incluido, es una pregunta cerrada que se abre por la transferencia, permitiendo de esta manera su desciframiento. Desciframiento que remite a lo particular de cada texto neurótico y nos obliga a buscar las leyes propias de la solución “de cada uno de tales discursos organizados, bajo cuya forma se nos presenta la neurosis”. Queda claro entonces que estos “discursos organizados” son las estructuras que emergen en cada cura analítica, lo que hace posible la transformación del sujeto por la creación de un nuevo sentido de su discurso. Así, el discurso queda situado en el orden simbólico. Todo esto es analizado en el Seminario 4 a través de “Juanito” y del “Leonardo” freudiano.

Estos discursos organizados en la historia de cada cual, ya están fuera de la función de la palabra pero se encuentran dentro del campo del lenguaje. Esta modalidad de entender la significación del discurso se mantiene todavía en el Seminario 17, a pesar de las innovaciones que Lacan realiza de su concepción del sujeto.

“Un discurso sin palabras” pero que organiza una serie de relaciones fundamentales en y por el campo del lenguaje. El lenguaje es un instrumento que hace posible que esas relaciones fundamentales se mantengan estables para poder operar con ellas. Lo sabemos, estos cuatro discursos son formalizados con cuatro letras que, mediante un cuarto de vuelta, formulan otro discurso.

A veces, la lectura de la enseñanza de Lacan da la impresión de un constante reinicio, logrando que conceptos trabajados en un momento anterior pasen a renovarse, dando un vuelco a sus propias concepciones, dejándonos su propia andadura para que

podamos seguir sus huellas. Y digo todo esto porque la renovación del concepto de discurso nos marca su dificultad. Comprobación que podemos hacer sobre la marcha si nos preguntamos qué son esas relaciones fundamentales, a lo que Lacan contesta que constituyen una cadena de letras cuya sucesión no se puede alterar para un correcto funcionamiento. Pueden ser letras cualesquiera, pero una vez escritas no se las puede alterar.

Un cambio sutil, pero profundo, se opera por el cambio introducido por la imposibilidad de alterar el orden de la cadena, de la serie que hace al funcionamiento de los cuatro discursos, a sus relaciones fundamentales, a su álgebra. No estamos ya en los desfiladeros del significante, en donde un significante representaba a un sujeto para otro significante, donde quedaba privilegiada la cadena sobre el orden, que podía ser cualquiera. Y, sin embargo, esta fórmula se puede mantener: el  $S_1$  al intervenir sobre el campo constituido por el conjunto de  $S_2$ , hace que surja el sujeto dividido. También es cierto que es radicalmente distinto, puesto que este  $S_1$  de los cuatro discursos es exterior al campo del  $S_2$ . En estas idas y vueltas, entre la primera concepción del sujeto y la de los cuatro discursos del Seminario 17, están las operaciones de alienación y separación, que son su antecedente.

Podríamos seguir, pero para nuestra andadura basta. Podemos volver a ese libro que cité cuyo título es "La impostura intelectual". ¿Qué no entienden sus autores?. No entienden que a partir de la formalización de los cuatro discursos se introduce en el mundo una nueva manera de leer, una nueva manera de establecer un vínculo social. Por eso, los saberes extraídos de otras disciplinas adquieren su función novedosa desde, por y en el discurso analítico.

¿Dónde está realizada esa nueva lectura?. En Freud y en Lacan. Del primero podemos citar la utilización psicoanalítica del concepto de energía. Sabemos todo el cuestionamiento que Lacan ha realizado de dicha noción, pero ese cuestionamiento fue posible porque Freud lo utilizó. De Lacan podemos poner como ejemplo todo el Seminario 17, en el cual, al mismo tiempo que va construyendo el cuadrípodo de los cuatro discursos, va realizando una lectura de ellos y con ellos de múltiples cuestiones analíticas y no analíticas.

La novedad introducida por la formalización de los cuatro discursos hace posible una segunda teoría del sujeto. La primera es posible leerla en los comienzos de la enseñanza lacaniana: "un significante representa a un sujeto para otro significante", es

decir, un sujeto que se personifica por su división en una cadena significante. A lo que hay que agregar que, coetáneo a esa concepción del sujeto, el goce se teoriza por fuera del desfiladero del significante.

La segunda, en el momento de la formalización de los discursos, cuando habla de un  $S_1$  exterior a la red de significantes ( $S_2$ ), un  $S_1$  que interviene sobre el conjunto de  $S_2$ , campo del saber; un  $S_1$  sitio, lugar de la marca por donde aparece un sujeto “en tanto representa un rasgo específico que debe distinguirse del individuo viviente”. De esta operación, queda como resto la letra (a) que designa al objeto perdido.

Podemos suponer que todo esto está alejado de la clínica y de la dirección de la cura, pero esta suposición se demuestra falsa si recordamos que al mismo tiempo Lacan designa la posición del analista como la de la pura pérdida, como el objeto (a), con todas las consecuencias que esto conlleva. Por otro lado, es indudable que en el movimiento post-lacaniano esto ha sido interpretado de distintas maneras, y cada interpretación de este lugar, cada lectura, marca la forma de operar de distintos grupos.

Resumiendo: los cuatro discursos que hacen de estructura al vínculo social, hacen posible una lectura novedosa determinada por el discurso analítico. Sin embargo, una pregunta “inocente”, entre comillas, cuestiona tal aserto: ¿cómo se lee con la oreja?.

### **¿CÓMO SE LEE CON LA OREJA?.**

Con la oreja se escuchan las palabras, sus ruidos, sus sonidos, se escucha su sentido. No olvidemos que Freud parte de la escucha de las palabras de sus pacientes histéricas, palabras a las cuales les dará un nuevo sentido por su interpretación. Pero, para llegar a formular la interpretación, deja su oreja librada a la atención flotante, que es lo que le permitirá el acceso a un nuevo sentido.

Este nuevo sentido connota la pérdida de un sentido que fijaba al paciente y le marcaba un destino. Vale la pena recordar, aunque sea de memoria, el artículo de “Construcciones en psicoanálisis”, donde Freud articula algo así como: “el nacimiento de su hermano cambió su vida”. Esta significación novedosa seguramente produjo sus efectos porque en la Viena de aquella época no estaba muy bien visto reconocer el odio por un hermano. Es decir, seguramente a un analizante de nuestra época esta construcción le resultaría del orden de la banalidad, puesto que ya está incorporada al discurso social. Lo mismo puede decirse de “Pegan a un niño” cuando Freud construye la escena reprimida.

Nuevo sentido, entonces, que transportado por la palabra freudiana permite al analizante tener una “experiencia de inconsciente”. Pero esto no sucede en todos los casos, como puede constatarse en el relato sobre uno de sus pacientes americanos que, reacio a abandonar su posición de goce, no escucha las palabras freudianas.

Suele afirmarse que la diferencia entre un analista freudiano y un analista lacaniano estriba en que el primero realizará las construcciones analíticas, mientras que el segundo estará a la escucha de que las construcciones las realice el analizante. Desde mi punto de vista, la diferencia está en que el analista lacaniano tiene la posibilidad de esperar a que el analizante realice sus propias construcciones, aunque no suceda en todos los casos. Como toda afirmación sobre la dirección de la cura, se corre el peligro de que sea aplicada de manera forzada, es decir, no respetando el recorrido del analizante. Hay casos y casos, de modo que en algunos es necesario que la construcción venga del analista porque, de no ser así, se produciría un estancamiento en la cura.

Todo esto viene a cuento de la palabra, puesto que, despreciada por los posfreudianos, le tocó a Lacan devolverle su dignidad. Por supuesto, esto está en “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, escrito que comienza por asegurar el poder de médium de la palabra en psicoanálisis a la vez que afirma, por otro lado, que toda palabra llama a una respuesta. De estas dos afirmaciones se desprende que la función de la palabra en psicoanálisis, es tener un oyente que suspenda las significaciones fijadas en su discurso. Y en este texto, donde se abre el campo del lenguaje, el término discurso está ligado a la comunicación.

El valor de tésera con que está dotada la función de la palabra se adscribe a la verdad o a la mentira, aún más, a la falsedad que porta. Verdad, mentira, falsedad que se juegan en la cura de distintas maneras, pero que llevan por medio de su dirección hacia una palabra verdadera.

En la enseñanza de Lacan, esta encrucijada está señalada de diferentes formas, una de las cuales hace referencia a aquella célebre historia freudiana, que transcurre en una estación de tren, donde se encuentran dos amigos y uno reprocha al otro: “¿por qué me mientes diciéndome que vas a Cracovia para que yo crea que vas a Lemberg, cuando en realidad es a Cracovia adonde vas?”. En el Seminario 11 esta historia está resuelta desde el grafo, desde el sujeto del enunciado y de la enunciación, para mostrarnos que el engaño es la verdad.

No es casual que haya recalado en el Seminario 11 puesto que en su “Epílogo”, fechado el 1 de enero de 1973, Lacan nos deja algunas pistas para entender esta nueva forma de lectura. Recordemos que en esa fecha está dictando el Seminario 20, “Aun”, y, concretamente el 9 de enero, imparte la clase titulada “La función de lo escrito”.

En ese “Epílogo”, y volviendo sobre la historia de Lemberg y Cracovia, afirma que lo que zanja en forma definitiva la cuestión es el billete que el personaje ha comprado en la estación. De otra manera: si la historia deja el interrogante sobre cuál es el destino final del pasajero, esa duda se borra cuando se lee el billete que concreta la ciudad a la que viaja. De aquí que defina la función de lo escrito como la vía del ferrocarril, vía metafórica que en rigor remite al objeto (a), plus de goce. La función de lo escrito está más allá de la palabra, donde no se lee lo que ella dice.

De la función de la palabra a la función de lo escrito. La primera, la función de la palabra teorizada en los años cincuenta muestra que el más allá de la palabra lo llenaron los posfreudianos con lo preverbal, dando así consistencia a un discurso degradado que puede ser leído desde los años setenta como el de su propio goce. Y puede ser leído de esta manera porque la función de lo escrito es precisamente mostrarnos el goce que, en el entretrejo de las palabras, podemos leer. De otra manera, lo que podemos leer no es lo que las palabras dicen, sino las vías por las que circulan. En el 53, Lacan afirmaba que “el significante abre un surco en lo real”; en el 72, habla de la letra y su inscripción en los tres registros.

Las vías del goce se pueden leer en la letra (a) que será particular para cada cual, para cada analizante.

### **LA LETRA ES EL CONJUNTO.**

“La letra es algo que se lee... se lee y literalmente. Pero justamente no es lo mismo leer, que leer una letra” (Seminario 20). La letra, por otro lado, es efecto del discurso, y en el caso de la letra (a) es efecto del discurso analítico, donde está en el lugar del agente.

Existe en el mundo de la globalización una polémica sobre la lectura. Algunos, fijados a la forma tradicional de la letra, suspiran angustiados porque se pierden los libros; otros, más apegados al uso de las nuevas tecnologías, afirman que la letra cambia pero la lectura permanece. Sabemos que un efecto del lenguaje es la escritura, que se lee la letra porque está escrita, pero también sabemos que no siempre la letra ha

tenido los trazos que tiene en la actualidad. Ya he hablado de la escritura china, podríamos hablar de la egipcia y, ¿por qué no?, también de la escritura cirílica. Creo que está suficientemente claro para no insistir, pero hay que recordar además que la letra tuvo distintos soportes que van desde las tablas de arcilla, pasando por las hojas de papiro, hasta llegar a las letras del ordenador. Y todo esto viene a cuento para mostrar la amplitud de la letra, que va desde la literatura hasta las matemáticas, porque esta amplitud es la que nos permite designar al nudo borromeo como una letra.

En la primera lección del Seminario 22, “RSI”, Lacan afirma que el nudo borromeo es un modelo, pero un modelo matemático, y agrega “que permite extrapolar lo referente a lo real”. Desde esta perspectiva, el nudo borromeo es una letra.

El nudo borromeo es una letra que permite extrapolar lo referente a lo real, y esto es posible porque, a diferencia del significante -que se define por la diferencia con otro significante-, la letra tiene identidad consigo misma. La letra “a” es igual a “a”. Un paso más, y esta identidad hace posible que Lacan afirme en “Aun”: “las letras hacen los conjuntos, son esos conjuntos, se las toma considerando que funcionan como los conjuntos mismos”. Mis conocimientos matemáticos no son suficientes para valorar si desde el punto de vista de la teoría de los conjuntos esa afirmación lacaniana puede sostenerse, pero además de suponerle un saber a Lacan puedo afirmar que es útil desde el punto de vista del psicoanálisis, es sumamente útil, y eso es lo importante.

Es útil para intentar alcanzar el ideal psicoanalítico: la formalización matemática. Un ejemplo de ello es el “HAY UNO”, el  $S_1$  que es un enjambre, un conjunto que, hay que recordarlo: “queda indeciso entre el fonema, la palabra, la frase y aún el pensamiento todo” (“Aun”).

Este “todo pensamiento” que aparece en la compulsión a pensar del obsesivo, que solemos llamar rumiación, y que impide al neurótico poner su cabeza en paz por la emergencia de la angustia. Este “todo pensamiento” que se manifiesta fenoménicamente de distintas maneras, que van desde aquel cuyo insomnio es provocado porque a la hora de dormir no puede dejar de pensar en las cuentas de su oficina, hasta aquel otro que, de pronto, ha visto cómo su vida se transformaba en un infierno por causa de un pensamiento imposible de evitar sobre una idea hipocondríaca que lo melancoliza, o aquel otro que afirmaba que su cabeza se había transformado en un tío vivo donde giraban sus pensamientos hasta enloquecerlo. Este

S<sub>1</sub> vuelto letra, letra que hace al conjunto de pensamientos que, centrados en sí mismos, impiden el que hagan cadena.

En los tres ejemplos mencionados, la imposición de un pensamiento puede ser leído desde el nudo borromeo, y especialmente desde el Seminario 22, "RSI", como signo de lo que no funciona en lo real.

A veces, mirando el tráfico aéreo desde algún ventanal de Barajas me pregunto ¿cómo es posible que aterricen y despeguen tantos aviones en tan corto espacio de tiempo?. Esto se lo debemos al discurso del amo, cuyo vínculo social es muy amplio; pero de pronto aparece lo real en forma de un accidente aéreo, en Singapur ahora, ayer en Rusia,... signos de lo que no funciona en lo real. Es curioso, pero inevitablemente se dan dos interpretaciones, o fallo mecánico o fallo humano, y es el fallo humano el que produce alivio, es decir, el fallar que el nudo borromeo muestra en su lectura.

Espero que este seminario sirva para aliviar la extrañeza de leer con la oreja o con el oído, donde el yunque, el martillo y el estribo hacen cadena.

---



**(...) la concepción de un placer por exceso, termina en un goce desmesurado donde la destrucción produce estragos, y aquí vale la pena recordar a J. Joplin.**



## MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DEL PLACER

El escrito freudiano “Más allá del principio del placer” fue publicado en 1920. Es un texto que produce un giro radical en las concepciones psicoanalíticas, hasta tal punto que marca un hito en su desarrollo e implica una nueva subversión dentro de la subversión freudiana.

Decimos subversión y no revolución puesto que el primer término se ajusta más adecuadamente al movimiento que el psicoanálisis introduce en el mundo. Dicho de otra manera: la revolución es la vuelta al “estatus quo”, es la vuelta que la repetición lleva consigo, es un volver al punto de origen, como viene a mostrarlo la revolución rusa que ha conducido al regreso del amo Putin, ese nuevo zar ruso que colabora con los Estados Unidos desde el campo del liberalismo capitalista. Por otro lado, la revolución de los astros muestra su periplo por órbitas conocidas, volviendo una y otra vez a un mismo punto. Por eso podemos afirmar que el psicoanálisis no es revolucionario, el psicoanálisis desde su comienzo introduce una subversión del concepto de sujeto que modifica profundamente las concepciones anteriores. Es desde esta perspectiva que afirmamos que el artículo de 1920 titulado “Más allá del principio del placer”, es subversivo con relación a la propia teoría psicoanalítica. Es decir, que introduce una novedad importante con respecto a las concepciones anteriores, una novedad que, si bien no las anula, las redefine.

Lo sabemos: esta novedad es la introducción de la pulsión de muerte, un concepto complicado que no se puede definir, o mejor aún, que no tiene definición, y que por lo tanto hay que ir rodeando para entenderlo. No voy a volver al concepto de pulsión, sólo quiero recordar que la pulsión no es el instinto, lo que implica decir que la pulsión se redefine desde el campo del lenguaje.

La separación conceptual de instinto y pulsión hace posible que Freud establezca diferentes esquemas sobre el dualismo de la pulsión. Dualismo no simétrico, no al estilo del yin y del yang, dualismo asimétrico que rompe con la noción de equilibrio que a veces intentan imponer distintas concepciones para la especie humana. Desde esta perspectiva, el sujeto humano aparece desequilibrado, en conflicto permanente.

Este dualismo pulsional tiene en Freud tres momentos distintos que corresponden a sus sucesivas transformaciones:

1. La primera teoría pulsional aparece en Freud en 1905, en sus “Tres ensayos sobre una teoría sexual”. Este primer esquema opone pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación. Las pulsiones sexuales son fruto de todo el desarrollo freudiano sobre la sexualidad humana y se asimilan a un empuje cuyo origen está en el cuerpo, fundamentalmente en las zonas erógenas. Las pulsiones de autoconservación están más referidas a las necesidades biológicas, el hambre y la sed, pero estas necesidades han sido modificadas por la sexualidad. En este dualismo asimétrico, las pulsiones de autoconservación no son el espejo de las pulsiones sexuales, ya que estas últimas tiñen a las primeras y nos muestran su impronta en diferentes patologías. Así, en el caso de las necesidades alimenticias, una vez trasmutadas en pulsión oral, se nos presentan la anorexia y la bulimia. Alteraciones en la ingesta de agua no son muy comunes, pero también se observan en algunos casos de psicosis y pueden llevar a grados extremos de deshidratación. De cualquier forma, conviene aclarar que el término de “autoconservación” no está escrito en el texto citado, sino que aparece por primera vez en un trabajo de 1910 que lleva por título “Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión”.

2. La segunda teoría pulsional es desarrollada por Freud después o mientras está elaborando su noción de narcisismo. De esta manera, introduce un nuevo dualismo pulsional: pulsiones sexuales-pulsiones del yo. Aquí no se hacen sinónimas las pulsiones de autoconservación y las pulsiones del yo, pero, también hay que decirlo, por momentos se superponen.

3. Por último, su tercera formalización sobre las pulsiones aparece, ya lo dijimos, en el texto de 1920 “Más allá del principio del placer”. Este nuevo dualismo pulsional, pulsiones de vida y pulsión de muerte, o si lo prefieren Eros y Tánatos, es todavía resistido por el propio movimiento psicoanalítico. Lo cual viene a mostrar que el concepto de pulsión de muerte no se deduce automáticamente de la obra anterior de

Freud, sino que más bien nace de una necesidad de la clínica difícilmente justificable por un razonamiento lógico.

Como ya sabemos, los pilares que permiten a Freud construir su pulsión de muerte son los fenómenos de la repetición, la persistencia del sufrimiento por vía del síntoma, la reacción terapéutica negativa y las neurosis de guerra. Estos fenómenos, son los elementos que Freud toma de la clínica y de la psicopatología de la vida cotidiana para elaborar ese concepto de pulsión de muerte que, por momentos, se vuelve tan oscuro, tan difícil de resolver, pero que marca un giro fundamental en la teoría psicoanalítica. Sin olvidarnos de que esta herramienta, este concepto de pulsión de muerte, es el que hace posible las teorizaciones de “Psicología de las masas y análisis del yo”, donde encontramos una concepción sobre las instituciones, sobre las masas, que marcan todos los tipos de agrupamientos humanos, incluidas las propias instituciones psicoanalíticas. Más aún, ya que la pulsión de muerte está en la base de ese texto riguroso que es “El malestar en la cultura”, donde encontramos que la condición esencialmente conflictiva de la especie humana se explica por el hecho de que es imposible la vida en comunidad sin represión de la pulsión y, al mismo tiempo, esta represión es la que produce la neurosis.

La importancia que adquiere la pulsión de muerte en el último tramo del recorrido freudiano no deja de asombrarnos. Ya dije antes que Freud había establecido otros dualismos pulsionales: pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación, pulsiones sexuales y pulsiones del yo, pero que ninguno de ellos mostraba la eficacia de este último binomio. A esto debemos agregar que siempre, en todos estos dualismos, ha estado presente la pulsión sexual, y sólo variaba el segundo término.

Así pues, si se puede verificar que esta constante, la de la pulsión sexual, está determinada por el principio del placer, se impone para entender su “más allá” dejar claro lo que para Freud quiere decir “placer”.

El placer freudiano está bastante lejos de la concepción griega del placer, el hedonismo, que identifica el bien con el placer y por lo tanto con la ausencia de dolor. Esta concepción griega del placer lleva en su seno la idea de un placer medido, que se integra en la ética. No es el caso del placer freudiano, que es concebido, ya desde el comienzo de su obra, como una tendencia a la descarga energética y, especialmente, a la descarga de la energía sexual, que tiende a un mínimo de tensión.

Este origen del placer freudiano se puede leer en los textos clínicos de fines del siglo XIX, en los “Estudios sobre la histeria” por ejemplo, donde la falta de descarga orgásmica produce una invasión de tensión, una sobrecarga que produce displacer y neurosis. Wilhelm Reich quedó anclado en este punto, de ahí sus concepciones delirantes sobre las posibilidades de medir la energía orgásmica.

Esta concepción del placer freudiano, en el fondo y al comienzo extremadamente simple, es contradictoria con algunos movimientos contemporáneos, el hippismo por ejemplo, que sin ser una ideología sistemática parte de principios como el llamado “amor libre”, la libertad completa en el intercambio de las relaciones amorosas, con la promesa de un placer sin límites. En este pequeño ejemplo se puede ver que la concepción de un placer por exceso, termina en un goce desmesurado donde la destrucción produce estragos, y aquí vale la pena recordar a Janis Joplin.

### **LA PULSIÓN DE MUERTE.**

Realizar cortes esquemáticos en la obra de Freud a veces, aunque no siempre, puede llevarnos a un callejón sin salida, pero prefiero correr ese riesgo para que aparezca con claridad toda la importancia del giro producido en los años 20. Podemos entonces, esquemáticamente, afirmar que toda la primera parte de la obra freudiana está regida por el principio del placer, por las pulsiones sexuales, mientras que, en cambio, la segunda parte está gobernada por la pulsión de muerte, es decir, por el más allá del principio del placer. Este esquema se sostiene en la comparación de las dos definiciones de las pulsiones que aparecen en la obra de Freud: La primera, la que encontramos en “Las pulsiones y sus destinos”, texto de 1915; y la segunda, la que analizaremos en el escrito que hemos comenzado a comentar.

En “Las pulsiones y sus destinos”, éstas están caracterizadas por tener su origen en el cuerpo y ser una fuerza constante, que actúa dentro de la serie placer-displacer. El aparato anímico -recordemos este término usado por Freud- trabaja en el sentido de reducir la tensión creada por la pulsión, que es lo que produce displacer.

Totalmente distinta es la aproximación que realiza en los años 20 al concepto de pulsión, donde afirma que ésta es la tendencia de lo orgánicamente vivo a la reconstrucción de un estado anterior. Conviene agregar dos precisiones: La primera es la afirmación del propio Freud de que esta nueva teorización de la pulsión es sorprendente, ya que hasta ese momento la pulsión era entendida como un factor que impulsaba a la modificación y a la evolución, mientras esta última concepción habla de

lo conservador de la naturaleza. La segunda precisión, que recogemos más adelante, habla del silencio de la pulsión de muerte, que sólo se expresa en fenómenos de destrucción.

Esta segunda precisión es en extremo importante, puesto que el silencio podría ser ubicado siempre en un fuera del lenguaje si no reconociéramos que a veces aparece sobre el trasfondo de la cadena significativa. Sólo que hay que distinguir entre silencios y silencios, y que dentro de ellos está también el silencio de la muerte, el silencio de ese más allá de la vida que es el silencio de la muerte, esa muerte que marca el destino de la especie humana, esa muerte que tiene talante democrático ya que de ella no se salva nadie, para decirlo irónicamente. Tenemos, de esta manera, dos tipos de silencios: uno que queda dentro del campo del lenguaje, y otro que es lo real de la muerte.

Este silencio real de la muerte, este silencio después de la muerte, este límite último de la vida humana que traza el ciclo vital cerrando una y otra vez el paso de las generaciones, está dicho por Freud con una frase contundente: “La meta de toda vida es la muerte”; agregando a renglón seguido: “Lo inanimado era antes que lo animado”.

Dejándose llevar por su darwinismo establece una secuencia temporal: lo sin vida era antes que la vida, lo cual está en el fundamento de su nueva teoría de las pulsiones, ya que sostiene su afirmación de que éstas tienden a la reconstrucción de un estado anterior, lo animado tiende a volver a lo inanimado.

Todos los grandes libros tienen momentos donde la argumentación se debilita, y esa debilidad argumental se llena con tópicos que pretenden darle consistencia. Digo esto porque Freud, siguiendo su razonamiento, cuya premisa es lo inanimado como primero, como anterior, resuelve la aparición de lo animado afirmando: “En una época indeterminada fueron despertados en la materia inanimada, por la actuación de fuerzas inimaginables, las cualidades de lo viviente”. Es decir, Freud resuelve el misterio de la vida confiando, como lo afirma en “El porvenir de una ilusión”, que el progreso científico resolverá el enigma que él rellena con la “actuación de fuerzas inimaginables”.

También conviene resaltar, para nuestro desarrollo posterior, que esta misma explicación le sirve para justificar la emergencia de la conciencia.

Sabemos que toda pregunta sobre el origen tiene como respuesta un mito, sea este mito científico o no. Por ejemplo, ¿cuál es el origen del universo?: el Big Bang. Este

mito científico da consistencia a la falta de respuesta estructural que todo origen plantea. El pequeño mito evolucionista que Freud nos proporciona como explicación del origen de la vida, sirve también para dar un sentido a la muerte. Freud insiste en que la muerte siempre se produce por causas internas, por el final de un ciclo, punto final de un recorrido vital: el morir, al cerrar una vida, sumerge a ésta en el silencio real. Aclarando que la expresión "silencio real" es una metáfora para designar el no saber radical sobre el más allá de la muerte. La pulsión de muerte es, entonces, la tendencia que lleva la vida a la muerte, tendencia que trabaja en silencio y que sólo aparece en sus manifestaciones.

Estas manifestaciones, o mejor aún, estos fenómenos clínicos y algunas observaciones realizadas en la vida cotidiana, son las que guiaron a Freud hasta su concepción de la pulsión de muerte. Estos fenómenos corresponden todos al orden de la repetición, ya sean los juegos infantiles y su repetición, ya sean las neurosis traumáticas y su repetición, ya sea la reacción terapéutica negativa y su repetición,... Insisto: todos conciernen a la repetición, por lo que la pulsión de muerte se manifestaría, en resumen, en los fenómenos de repetición.

---

**Portada de la “Revista de las Jornadas Freudianas de Madrid” de 1982, dedicadas a “La Transferencia”, en la que fue publicado este trabajo.**



## EL ESPACIO TRANSFERENCIAL

Oscar Masotta solía decir con frecuencia que allí donde creía repetir traicionaba, y allí donde creía traicionar repetía. Señalaba, entre otras cosas, la fugacidad del decir inconsciente que sólo una posición de escucha permite arrebatar a la repetición. Comenzar por este recuerdo, además de aludir a un nombre, abre el encabezamiento al punto de partida, que como está escrito en el programa es el espacio transferencial. Salta a la vista que el segundo término está adjetivizado; y al adjetivizar el sustantivo pretendo acotar un espacio que sólo es descifrado en el acto analítico. Acto que es un dicho y cuya estructura significante coloca a la transferencia como uno de sus conceptos fundantes.

Era mi intención dividir este espacio en dos: el espacio transferencial en Freud y el mismo espacio en Lacan. Sin embargo, por lo escuchado en la tarde de ayer, intentaré agregar un tercer punto en forma muy breve. Un punto que puedo enunciar como: el estatuto del concepto dentro o en el discurso analítico.

Comienzo por el último punto, es decir, el estatuto o el estado del concepto en el discurso analítico. Esto implica de entrada una severa distinción con los usos y abusos de este término en otros ámbitos. Y la primera diferencia a señalar es con el concepto en el ámbito de la filosofía, ya sean estas filosofías empiristas, nominalistas, idealistas o cualquiera otra.

Y debe quedar clara la diferencia con aquellas posturas que sostienen al concepto en relación a un objeto, ya sea éste real, ideal, metafísico o axiológico. En el discurso analítico, el concepto tiene su referente en lo real. Diferencia crucial que marca una

posición novedosa en el conjunto de las ciencias conjeturales; o para decirlo medio en serio medio en chiste, en el conjunto de la ciencia-ficción.

El referente del concepto es lo real, y Lacan utiliza para su adecuada ordenación el cálculo infinitesimal ya que, recordemos, lo real es lo imposible. También puede ser dicho de otra manera: entre el concepto y lo real existe una relación de connotación. Y es indudable que el término relación cubre de forma imaginaria ese correlato obligado que hace a lo real del concepto. Es decir, que, siguiendo el discurso lacaniano, el significante extrae de lo real al concepto. Este camino es opuesto al de la psicología, que en general entiende al concepto como una denotación biunívoca. Vale la pena insistir: la emergencia del concepto analítico, que es del orden de la agudeza, es en lo real del deseo, y en forma específica del deseo de analista.

Luego de este apretado resumen, abro a vuestra escucha el segundo punto que proponía: el espacio transferencial en Freud, o el espacio de Freud. Para comenzar la indagación de este punto, repetiré en forma aforística lo que está desarrollado en “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”: “la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente”<sup>(1)</sup>. Es bien cierto que Lacan, pocos años después, en el Seminario 15, cuyo título es “El acto psicoanalítico”, afirma que este aforismo está un poco pasado de moda. Es que su recorrido lo ha llevado a colocar en primer plano al goce de la repetición, con lo cual, en una nueva vuelta de tuerca, hace emerger al concepto con una nueva connotación. Sin duda, pero en la cuestión del espacio es mejor caminar despacio, y en el aforismo citado podemos leer, por un lado, un acto; por otro, una realidad.

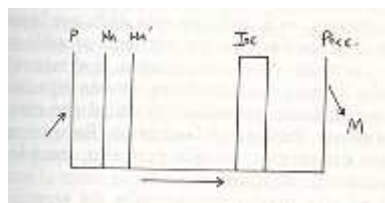
Esto, a su manera, está en Freud. En “La dinámica de la transferencia”<sup>(2)</sup> afirma textualmente: “cuando en la materia del complejo hay algo que se presta a ser transferido a la persona del médico, se establece en el acto esa transferencia”. Recordemos que Freud ha seguido al complejo patógeno por el camino de la regresión tópica hasta lo inconsciente, lugar del acto transferencial. De esta realidad psíquica, de este lugar tópico, un acto (que es un decir) une dos lugares tópicos que son parte extra partes. Con esto no hace otra cosa que seguir la línea de su propio pensamiento inaugurada en los “Estudios sobre la histeria”, donde, específicamente en “Psicoterapia de la histeria”, define la transferencia como un efecto displaciente debido a la emergencia de una representación que es transferida al médico por falsa conexión<sup>(3)</sup>. La cual, en “La interpretación de los sueños”, teoriza sobre el modelo del desplazamiento, con la cualidad de ser tanto intra como intersistémica.



Puesta en acto, entonces, de la realidad inconsciente. Y esta realidad es la del deseo sexual y su articulación significativa, por donde es abierta la escena al fantasma - castillo antiguo donde los ruidos muestran al objeto en los rodeos pulsionales.

Esta realidad psíquica es para Freud otra instancia, otro sistema, otra localidad fuera del tiempo y fuera del espacio; o como él lo afirma, otra escena distinta a la dada por el mundo de representaciones concientes. Características singulares que surgen en las paradojas del discurso freudiano obligando a la introducción de distintos movimientos: el punto de vista dinámico, el económico, el tópico. Su primera aproximación es la creación de “representaciones auxiliares” que posibiliten cierto acercamiento a su aparato psíquico. Y es así como aparecen el microscopio y el telescopio como modelos analógicos, para dibujar sus propias figuras.

En el capítulo “Psicología de los procesos oníricos”, de “La interpretación de los sueños”<sup>(4)</sup>, la representación auxiliar tiene como objetivo mostrar al aparato psíquico constituido por distintos sistemas cuya singularidad está dada por la existencia de un orden fijo de sucesión, para que la excitación pueda recorrerlo en una dirección y otra; lo que es la base de su concepto de regresión. Si ustedes miran la figura reproducida, que es la número tres, verán el esquema lineal cuyo punto de entrada es la P (percepción), y cuyo punto de salida es la M (motricidad):



En rigor, Freud habla de una orientación espacial de los sistemas; dada, como ya dije, por una sucesión. Sucesión no continua, como puede ser visto en la figura, ya que ahí lo inconsciente aparece cerrado, sin comunicación. Paradoja evidente, ya que los sistemas tienen vasos comunicantes por donde transcurre el proceso de excitación con sus modificaciones -el peaje del cual habla Freud, posibilidad del acto analítico, puesta en juego de la censura.

Ubicado el Inc. entre percepción y preconsciente, aparece en primer plano la idea de intervalo y, en segundo lugar, las dificultades con el adentro y el afuera que serán escollos difíciles en el discurso freudiano.

Estas dificultades espaciales pueden ser leídas con cierta facilidad en sus trabajos sobre metapsicología, que recordemos que quiere decir: exposición de un proceso psíquico en sus relaciones dinámicas, tópicas y económicas. En el artículo sobre “Lo inconsciente” se hace presente el problema de la doble inscripción de las huellas, o el pasaje de una huella de un sistema al otro. La forzada solución freudiana es, como afirma, una hipótesis funcional. La represión estaría dada por la contracarga del sistema preconsciente que, de esta manera, se protege de la presión inconsciente. Y decimos forzada ya que la dinámica, incluso la económica, intentan poner en movimiento espacios cerrados, que como ya dije tienen que tener algún vaso comunicante.

La dificultad estriba en que, para Freud, el inconsciente está fuera del espacio, es Otro espacio. Lo cual nos permite transformarla en una pregunta: ¿fuera de qué espacio?. La respuesta aparece como simple: fuera del espacio habitual, fuera del espacio empírico. Sin embargo, el solo hecho de enunciarlo de esta manera, ya implica una teoría del espacio. El espacio habitual, empírico, ese que estaría dado por el mundo de nuestras representaciones conscientes, es aquel que está dado por la empiria de la senso-percepción con un extremo sensible y otro motriz; es decir, un espacio imaginario.

Y Freud, al mismo tiempo que sitúa lo inconsciente fuera de este espacio sensible, imaginario, tiene necesidad de situarlo en otro espacio radicalmente distinto del anterior. En esto residen sus mayores obstáculos, ya que para ello toma los modelos espaciales de su momento.

Intentaré una mayor aprehensión del espacio freudiano haciendo una excursión sobre el espacio mismo, y recordando lo que ya dije en relación al concepto: lo real puede ser sólo indagado en lo simbólico produciendo corrimientos y transposiciones en el orden imaginario.

Regresemos un momento hasta los presocráticos -atravesando un campo hecho para las carreras, como lo indica su etimología. Allí, el oscuro río heraclitano escinde el campo del espacio entre lo lleno y lo vacío, entre el ser y el no ser. Ser del espacio lleno o espacio vacío del no ser. En Platón, el ser espacial adquiere plenitud: ser eterno, sin destrucción posible, contenedor de las cosas creadas; es en el Timeo lo que no es sino para ser llenado. Un continuo espacial sin cualidades y sin forma.

En Aristóteles aparece el “locus”. El lugar de las cosas, el lugar propio de la cosa. Las cosas, en su diferencia, rompen la idea de un continuo espacial, retomando en el entramado discursivo un conflicto de opuestos: lo discreto, lo continuo. El espacio estoico es un continuo donde los cuerpos ordenan sus posiciones.

Distintos lugares que al aprehender el campo espacial hilvanan términos que hacen al espacio astral, a los espacios ciudadanos en la dispersión de las ciudades griegas. Espacio entre columnas: “intercolumnum”; entre ceja y ceja: “intercilium”. Espacio de palabras discretas que hablan de un continuo espacial que es, a su vez, un espacio de medidas. Medición formalizada por el número sobre un continuo espacial: la línea recta.

De estos contrastes surge el número fraccional, los intervalos inconmensurables, el número real, sobre el trasfondo de las longitudes, las áreas, los volúmenes. El espacio es aprehendido en un orden matemático que es, por excelencia, un orden geométrico.

Y podemos afirmar que este orden geométrico es instalado en el registro simbólico por un nombre: Euclides. Podríamos hacer una reseña de las distintas teorías que intentan explicar su origen; sin embargo, razones de espacio lo imposibilitan. Nombremos dos posturas opuestas: Michel Serres<sup>(5)</sup>, en el seminario sobre la identidad realizado en 1977 bajo la dirección de Lévi-Strauss, coloca el origen de la ratio geométrica en la tachadura de un espacio topológico salvaje. El espacio euclídeo, al mensurar la tierra, produce la justa medida como rechazo de las morfologías salvajes dadas por lo múltiple. Aunque, en rigor, esta tesis mítica es más extensa, podemos entender el intento de diferenciar registros superpuestos. A la inversa, los autores de esa importante obra llamada “La matemática: su contenido, métodos y significados”<sup>(6)</sup>, conocidos habitualmente como “los autores rusos” (Aleksandrov, Kolmogorov y otros), sostienen el surgimiento de la geometría en las necesidades de la vida práctica, en la empiria campesina, en las urgencias materiales del trabajo que, por sucesivas abstracciones, devienen en conceptos geométricos. En este mito, está implícita la teoría de que la geometría sería un reflejo de la realidad dada por la empiria de la sensopercepción, que de abstracción en abstracción devendría sistema. Esta postura, muy extendida y que goza de adeptos sin saberlo, propone al espacio intuitivo como simétrico al espacio geométrico.

Sin embargo, como ya lo dije, en el origen un nombre, un nombre mítico: Euclides, a quien le es supuesto haber estudiado en Atenas con los platónicos y haber fundado

una Escuela de Matemáticas en Alejandría. Sus “Elementos” constituyen uno de los libros que mayor influencia han tenido en el pensamiento matemático. Su estructura lógica fundamental permaneció invariable durante casi dos milenios. En todo ese tiempo la geometría fue euclídea, y el espacio euclidiano fue enseñado incluso con las mismas letras de su autor en todas las escuelas hasta 1860, según nos informa Ian Steward<sup>(7)</sup>. Su estructura, como es de sobra conocido, está basada en definiciones axiomáticas seguidas por un sistema deductivo.

Pasamos por alto las variaciones históricas -que no afectan al sistema basal- para poder afirmar: los “Elementos” de Euclides son una estructura simbólica que determina la modalidad de percepción del poco de realidad que aparece en el fantasma como representación del espacio cotidiano. Dicho de otra forma: el espacio cotidiano, ese que llamamos empírico, ese espacio en el cual el yo se mueve como pez en el agua, es el correlato imaginario de un orden geométrico euclídeo. Sistema que ha sido extraído en lo real de la antigua ciudad de Alejandría. Lo cual no deja de tener importancia si nos percatamos de que este espacio persiste hasta 1926, momento en el cual Lobachesky puede desconstruirlo.

Este espacio euclídeo era el espacio freudiano, límite que demarca su impasse en la tópica, incluso en su topografía -tomando este último término en su acepción usual: arte de representar un terreno en un plano con sus formas, dimensiones y relieves. El inconsciente freudiano intenta “un fuera” del espacio imaginario yoico, pero desde afuera le son devueltos los fantasmas geométricos que hacen a sus escollos.

Alguien puede alegar, sin embargo, que en Freud hay elementos de geometría proyectiva; e incluso que ahí está el término proyección, en cuanto mecanismo. Objeción concedida, pero recordando al mismo tiempo que la geometría proyectiva surge del estudio de la perspectiva por Leonardo y Durero principalmente. Y que este sistema es formalizado en 1813 por Poncelet, quien no abandona el espacio euclídeo.

Y en Freud la proyección muestra su espacio presupuesto sobre un adentro y un afuera; lo que trae bastantes complicaciones cuando tiene que escribir sobre la psicosis, y en forma especial sobre Schreber.

No obstante, en la urdimbre del discurso que trenza una gramática inconsciente (condensación y desplazamiento), Freud rasga el velo fantasmático del espacio intuitivo. Como es habitual, es Freud mismo quien lo saca a luz. En Londres, poco

antes de su muerte, escribe una nota -con fecha 22 de julio de 1938- que dice textualmente:

“La espacialidad podría ser la proyección de la extensión del aparato psíquico. Ninguna otra derivación es posible. En lugar del a-priori kantiano, las condiciones de nuestro aparato psíquico. La psique es extensa, pero nada sabe de ello”<sup>(8)</sup>.

Podríamos detenernos aquí. Sin embargo, es necesario ir más allá de la fascinación poética de la cita para intentar un descentramiento posible. Una breve excursión por la “Crítica de la razón pura” permitirá ampliar el espacio. En ese texto, el “a priori” está definido como un saber independiente de la experiencia, e incluso de las impresiones de los sentidos. Kant, al continuar su desarrollo, agrega que por conocimiento a priori entiende al que es absolutamente independiente de toda experiencia, no el que es independiente de ésta o aquella experiencia. Es decir, que un saber es a priori, cuando es independiente de la experiencia en cuanto universal. Como es lógico, al a priori le opone el saber a posteriori, que es empírico y dado por los sentidos. Los criterios de verdad están dados por la universalidad y la necesidad de la representación. Y esta representación ha de ser dada por la intuición pura, no empírica. Una de esas representaciones es el tiempo y otra el espacio. “Jamás -dice- podemos representarnos la falta de espacio, aunque muy bien podemos pensar un espacio sin objetos”<sup>(9)</sup>.

Falta agregar a esta apretadísima síntesis -que cada cual puede ampliar por su cuenta- que la representación del espacio a priori tiene las siguientes características: el espacio es uno, se representa con magnitud dada infinita y es la condición subjetiva de toda sensibilidad. “El espacio no es más que la forma de todos los fenómenos de los sentidos externos”<sup>(10)</sup>. Con lo cual llega a la geometría, que es un ejemplo de la intuición a priori -y conocida, según Kant, con certeza apodíctica.

Es justamente a este punto umbilical del sistema kantiano al cual Freud opone otra extensión del aparato psíquico, extensión que está en el orden de lo no sabido, quizás de lo que no se puede saber. Ya que la imposibilidad señalada por Kant de la no representabilidad de la falta espacial, apunta a lo real.

Es que entre Kant y Freud la geometría ha dejado de ser euclídea. A partir del quinto postulado -por un punto exterior a una recta puede ser trazada una y sólo una paralela a dicha recta-, Lobachesky desarrolla la geometría que lleva su nombre. Descentramiento del espacio y de su imagen intuitiva producto de una visión

euclidiana. Lugar donde la palabra visión toma toda su fuerza, ya que las dificultades de la aprehensión a geometrías no euclídeas pasa por lo intuitivo del punto de vista de la mirada.

El descentramiento no se detiene, deja de tener sentido hablar de un espacio, ya que hay múltiples espacios lógicamente concebibles. El orden geométrico se diversifica; aparecen los espacios rimmanianos, la topología, la topología analítica, el espacio n-dimensional, el espacio de Hilber, hasta llegar al espacio-tiempo de la relatividad. Y los imaginarios de esos espacios aparecen en otros lugares; en los comics por ejemplo, donde dibujantes como un Caza, un Moebius, un Corben -para citar al azar-, desarrollan sus dibujos en otros espacios, por donde los personajes mueven sus grotescos cuerpos en distintos relatos. En el cine también, donde 2001 señala una fecha importante; y -¿por qué no?- en la televisión, donde hace pocos días vimos a los tripulantes del Columbia en un espacio sin arriba ni abajo, sin derecha ni izquierda.

“La psique es extensa, pero nada sabe de ello”, afirma el viejo Freud en la cita repetida. ¿Qué extensión es no sabida?.

Y con esa pregunta introduzco el tercer punto que hoy me interesa traer a la escucha: el espacio lacaniano, donde los términos a resaltar son extensión y saber.

El término extensión está demasiado cargado de sentido para poder proseguir su uso sin más; diremos que es una tensión preexistente, es una tensión que está más allá del principio del placer. Y es lógico que esta ex-tensión no pueda ser imaginada. Este impedimento central en la transmisión analítica obliga a Lacan a recurrir a un saber referencial. Retomemos esto desde distintos lugares: sabemos de los múltiples usos que Lacan hace de lo que fue llamado “análisis situ”. En 1966 agrega al esquema R, de “Una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, sus propiedades topológicas.

En principio, el esquema R era sólo un plano proyectivo; en la nota del 66, al transformar la superficie de lo real en una Banda de Moebius, localiza al sujeto en el corte de la banda, haciendo una caída que es la del objeto<sup>(1)</sup>.

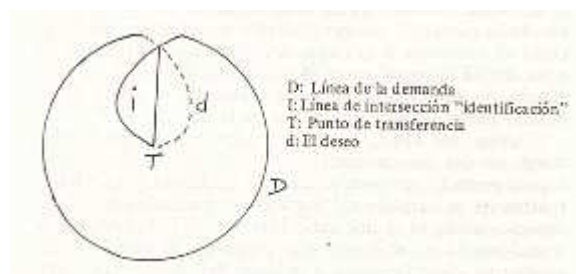
Antes, en 1964, en “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”<sup>(12)</sup>, el uso del espacio topológico permite aprehender con cierta finura lo que habitualmente es llamado el “manejo de la transferencia”. El espacio usado es el del ocho interior. Allí, el punto de la transferencia es el gozne que posibilita el pasaje de un momento identificatorio a la línea del deseo que -articulada en el fantasma- puede llegar a

producir lo que es su causa: el “objeto a”, que por eso mismo es causa de la división del sujeto.

Esto puede ser escuchado con singular claridad desde el lado del amor. Este amor en la transferencia puede llevar al analizante a tomar al analista como Otro, con quien se identifica en forma narcisista. La intervención en la transferencia debe hacer posible la transformación de la demanda en deseo. En esta situación, el analista rota del Otro a encarnar el “petit a”. Situación difícil, ya que en ese momento la división del sujeto retorna sobre el analista mostrándole su carencia. Esta dificultad en la dirección de la cura puede tener distintos efectos en el lugar del analista, uno de los cuales puede ser cierto monto de angustia.

Es en éste y otros efectos, donde la Institución ofrece el reparo de las jerarquías, al instalar un Ideal del Yo productor de una hipnosis colectiva. Queda asegurada, de esta manera, la tranquilidad sin deseo en los sillones y el cierre automático de lo inconsciente. Otra posición está dada por los analistas solitarios, que por la imposibilidad del lugar terminan siendo sus propios referentes, cerrando así su oreja.

Después de este periplo, retornemos: si el analista es colocado como Ideal del Yo en la transferencia, debe salir de esa identificación para permitir el surgimiento de lo que llamábamos la ex-tensión psíquica, esa tensión preexistente que es la extensión de la única realidad: la realidad psíquica. Circuito que será transitado innumerables veces, en el curso de un análisis, sobre ese espacio que es ahora topológico.



Esta vuelta sobre sí mismo que el discurso analítico produce, soluciona los problemas que las tópicas freudianas presentaban. Y esta solución implica que lo real insiste para mostrar que lo primordialmente reprimido -esa lalengua- sigue produciendo efectos en la misma extensión del psicoanálisis. Queda, de esta manera, abierto el inconsciente lacaniano a otros espacios -cuya multiplicidad está dada por el saber referencial y cuyas construcciones posibilitan la transmisión más allá de lo imaginario.

Por ello, el concepto de transferencia no puede ser imaginado; lo que no implica que en la transferencia lo imaginario no muestre el goce de un cuerpo -donde el yo produce una superficie extensa, un cuerpo erógeno- que sólo en el registro simbólico puede ser medido. Y es así como Lacan introduce el nudo borromeo que -siendo un espacio de nudos- posibilita un adecuado ajuste de lo real, lo simbólico y lo imaginario. Si la topología es, como vulgarmente se dice, la geometría del caucho o del chicle, para mostrar sus continuidades los tres registros producen diferencias de sentido que hacen al pasaje de la transferencia.

Al anudar cordeles de bramante, al rebuscar sus formas en el error, al trenzar los hilos para sorprender sus cualidades, Lacan hace surgir Otro espacio. Y es por el espacio de la repetición, que intentaré subrayarlo: Inhibición, síntoma y angustia; triple engarce que Freud escalona en la sucesión de su texto y que Lacan ordena en la teoría del nudo borromeo (RSI). Este espacio anudado facilita la diferencia crucial entre el síntoma y el fantasma, fundado en la escritura. El primero parece como el pellizco de lo simbólico sobre lo real, de lo que en lo real no funciona; el segundo, al quedar ubicado el (a) en el punto que determina su mutuo anudamiento, su constelación queda impresa sobre los tres registros.

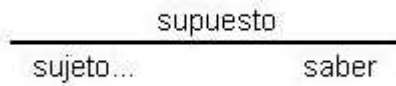
Podría seguir repitiendo, pero creo que es suficiente para señalar la atopía fundante de lo inconsciente -cuya extensión es la ex-tensión del deseo y su articulación significante. Cadena en donde el objeto hace stop a su deslizamiento. De allí, los nudos, la topología, las fórmulas,... y en la transferencia el sin saber.

Este sin saber que, oculto entre las filigranas de los textos freudianos y sacado a luz por el discurso de Lacan, facilita la introducción del SsS en la transferencia. En rigor, el espacio transferencial es sostenido desde esta nueva armazón teórica, donde el supuesto analista es colocado en el puesto, en el lugar del saber. Malos entendidos que inauguran la transferencia, ya que tanto el saber como el sujeto son supuestos a la materialidad del significante, a la lengua. Saber supuesto desde el amor, desupuesto desde el odio. Condiciones de estructura de la transferencia, ya que el Sujeto supuesto Saber es transfenoménico y es, al mismo tiempo, condición de posibilidad de la transferencia. Que el psicótico no pueda ser sujeto a la transferencia es, como mínimo, lo que a la estructura puede ser ofrecido como contraprueba.

Dificultades que abren al organon lacaniano el álgebra por el cual el saber deviene un término  $S_2$ , significante binario que produce una retroacción sobre  $S_1$ . Y de la misma



manera que no es igual el Freud de 1900 al de la segunda tópica, por ejemplo, este SsS es matematizado de distintas formas. Tomemos la que aparece en la "Proposición del 9 de octubre de 1967"<sup>(13)</sup>. Primero está escrita sobre un registro musical:



Un paso más y es formalizada en un algoritmo:

$$\begin{array}{c} S \quad \text{--->} \quad (S', S'', \dots \\ \hline S \dots (S', S'', S''', \dots S_n) \end{array}$$

En forma rápida: Según Lewis y Papadimitriou, el algoritmo es un método en el cual "se trata de procedimientos enunciados con la mayor precisión que dan un conjunto de reglas, aplicables siempre de igual forma a todos los casos concretos de un problema general"<sup>(14)</sup>. Un ejemplo de algoritmo es la resta de dos números enteros. La cualidad que resalta es la de ser mecánico o automático, por lo que aprendido, o almacenado en un computador, soluciona los problemas que se presentan. Algunos de ellos parten de un dato inicial que, en forma invariable, los parten en dos. Y este dato inicial está dado por la asociación libre del analizante que -escindido por la barra- registra arriba lo que será el emblema por el cual el saber será supuesto. Por abajo de la barra, la serie de significantes que en la transferencia posibilitan el surgimiento del saber.

Difícil y paradójica situación -la del analista- ya que el analizante nada quiere saber, y sólo supone un saber por la demanda de amor narcisista. Sin embargo, es en este camino donde lo que está debajo de la barra -el saber- puede ser articulado en el decir del analizante. En este doble registro del amor y del saber, el analista debe dirigir la cura.

Al colocar al analista en el lugar del Sujeto supuesto Saber, el analizante demanda una interpretación que será escuchada como signo de amor. La escansión sale al paso de esta dificultad posibilitando la caída de un sentido para que resurja otro. Esto implica la imposibilidad de matematizar la interpretación, que sólo será referida al deseo del analista que -al ser colocado en el lugar de la x- hace al retorno de lo real.

Las dificultades freudianas dejan paso a otro espacio; en este caso, al de los algoritmos, cuya pertinencia puede ser leída desde la clínica analítica. Es decir, la escucha introduce los espacios transferenciales que, en 1982, son lacanianos. De esta manera, y dejando el espacio abierto a la discusión, en esta Villa de Madrid, termino.

#### CITAS:

1. Lacan, J. - Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis - Ed. Barral - 1977.
  2. Freud, S. - La dinámica de la transferencia - T. II. - Ed. Biblioteca Nueva - 1968.
  3. Freud, S. - Psicoterapia de la Histeria - T. I.
  4. Freud, S. - La interpretación de los sueños – T. I.
  5. Serres, M. - Discurso y recorrido - Seminario La identidad - Ed. Petrel - 1981.
  6. Aleksandrov, A.D. - Kolmogorov, A.N. y otros - La matemática: su contenido, métodos y significado - Alianza Universidad Ediciones - 1980 - T. I.
  7. Steward, I. - Conceptos de matemática moderna - Alianza Universidad Ediciones - 1980.
  8. Freud, S. - Conclusiones, ideas, problemas - T. III.
  9. Kant, I. - Crítica de la razón pura - Ediciones Alfaguara - 1978.
  10. Ídem 9.
  11. Lacan, J. - De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis - Escritos II - Siglo XXI - 1975.
  12. Ídem 1.
  13. Lacan, J. - Proposición de 9 de octubre de 1967 - Ornicar? - Ed. Petrel.
  14. Lewis, H.R. y Papadimitriou, Ch. - La eficiencia de los algoritmos - Revista: Investigación y Ciencia.
-

**Portada de la “Revista de las Jornadas Freudianas de Madrid” de 1982, dedicadas a “La Transferencia”, en la que fue publicado este debate.**



## DISCUSIÓN SOBRE “LA TRANSFERENCIA Y SU ESTAGNACIÓN”

Viernes, 3 de Diciembre de 1982.

La sesión fue presidida por Arturo Roldán y contó con la participación de Eduardo Foulkes, Víctor Korman y Moustapha Safouan.

- **Arturo Roldán:** Tenemos un problema de tiempo. La discusión estaba planteada para las 20.15 y son las 21.15, vamos evidentemente a destiempo, pero ello es bastante habitual en este tipo de encuentros. Tenemos que intentar animar esta discusión y en ese sentido quisiera ser un ánima para poder suscitar la palabra de todos, para hacer surgir las preguntas, las cuestiones, los interrogantes, y para que, en definitiva, hagamos lo que hace el análisis en relación a la palabra. Me parece que en las exposiciones que hemos escuchado han quedado algunas cosas claras que quisiera puntuar. Desde el lado del objeto por ejemplo, ha quedado diferenciado el objeto del amor del objeto del deseo. Objeto del amor que en términos del álgebra lacaniana es la  $i$  pequeña, paréntesis, a pequeña, paréntesis, es decir:  $i(a)$ .

Y del lado del deseo el “petit a”. Creo que desde aquí se abren algunas preguntas posibles que introduzco para animar el debate. Por ejemplo, una pregunta que hace al estilo analítico y que supone también una “vuelta” a Freud: ¿cuál es la relación del amor con el concepto del Sujeto supuesto Saber?, es algo que vale la pena indagar más extensamente. A veces uno tiene la impresión de que todos los analistas volvemos siempre a Freud, de que siempre volvemos a las fuentes, a las citas de Freud, y me preguntaba porqué. De pronto pensé, me di cuenta de que tenía que ver con un simple hecho: el psicoanálisis no es una ciencia positiva, y justamente porque

no es una ciencia positiva, como las matemáticas, que puede recurrir permanentemente a su propia formalización, recurre al origen, y entonces nosotros tenemos que volver una y otra vez a Freud para recomenzar. Es decir, que en este recomienzo las preguntas se vuelven a hacer. De nuevo entonces, las preguntas que surgen son la relación del amor al Sujeto supuesto Saber, pero también la relación del odio al Sujeto supuesto Saber, odio que también está en la transferencia. Me parece que por aquí podemos empezar.

- **Eduardo Foulkes:** Yo asumiría la propuesta de Arturo Roldán solicitándole una precisión a Marga Mendelenko. En algún momento ella habló de la dominación por parte del analista de su deseo, y pensaba que para que esto no fuera una contradicción, es decir, plantear que el deseo sea dominable, habría que pensar que ese dominio posible pasa por el reconocimiento del analista de estar sujeto al deseo.

- **Marga Mendelenko:** Evidentemente, sujeto del deseo el analista no puede dejar de serlo. Va a serlo siempre. Pero para centrar esto, es decir, ¿qué quiere decir el deseo del analista?, hay que tener en cuenta por un lado que el analista cuenta con su inconsciente para trabajar, y por otra parte la posición misma de analista que debe mantener. Mantener en varias cosas. Tomemos por ejemplo el caso de Ana O., y pongamos allí a Breuer ocupando la posición de analista. ¿Qué es lo que él no pudo escuchar de Ana O., que hizo que creyera que se trataba de algo que le acontecía a Ana O. con respecto a él?. Lo mismo podría señalarse en el caso de Freud con Dora o el Hombre de los lobos. En Dora por ejemplo, Freud está allí “suponiendo” que ella tiene un problema con los hombres y que estaría bien que consiguiese uno. Esto quiere decir dos cosas: por un lado que el deseo del analista lo lleva a veces a olvidar que él ocupa el lugar del Sujeto supuesto Saber desde el inicio del tratamiento, y por otro que Freud, con su deseo de orientar a Dora hacia la heterosexualidad, impide la emergencia en ella del deseo. En el caso de Breuer, por ejemplo, eso que siente él, aterrorizado con lo que le pasa a Ana O. y que lo lleva a interrumpir el tratamiento, no se trata de él, no está él implicado, es el Otro el que está en juego, inclusive en el caso de que él mismo sienta ese deseo, por eso yo digo que la transferencia, el amor, es una ficción pero al mismo tiempo es verdadera.

- **Arturo Roldán:** Quisiera intervenir para tratar de señalar un aspecto en el que me parece que vale la pena insistir. Habría que separar el deseo “del” analista en general del deseo “de” analista. Es decir, en Breuer no hay un deseo “de” analista, hay un

deseo simplemente, y por eso rehuye la situación. Al revés, en Freud aparece un deseo “de” analista, y la única forma de conceptualizarlo es la de connotarlo con una “x”.

Porque justamente es lo que va a permitir la emergencia de lo real del deseo, y por lo tanto su indomabilidad. Este aspecto me parece central en la dirección de la cura. Insisto: hay que diferenciar claramente el deseo “del” analista del deseo “de” analista, porque si no se lo hace por ese camino se llega siempre a la noción de la contratransferencia, noción que entorpece totalmente la cura. En cambio, el deseo “de” analista se juega en la interpretación, o digamos que sólo ahí debe verse para poder precisamente hacer la dirección de la cura. El tema me parece no sólo central sino también sugestivo en el caso de que trabajemos en instituciones que no respondan a una jerarquía. Digo esto porque en las instituciones donde las jerarquías priman este tema nunca podrá ser tocado, y justamente en el conocimiento lacaniano aparece privilegiado este deseo “de” analista en relación a la dirección de la cura.

- **Oscar Gutiérrez:** Quiero expresar mi sorpresa por la puntualización que hizo Roldán sobre el odio; la relación entre el odio y el Sujeto supuesto Saber en la transferencia. No lo tomé mucho en cuenta, tal vez porque el odio suena feo y porque de alguna manera todo este trabajo tiene que ver con el amor, por lo menos con el amor a Freud. Pero sin formular una respuesta cerrada, yo pensaba si el odio hacia el analista podría pensarse entonces como aquello que le impide reconocer su deseo de confundirlo con el Sujeto supuesto Saber. Recordaba recién una cita de Freud en la que dice: “Contra las pasiones de poco valen unos sublimes discursos, la paciente solo sentirá el desaire y no dejará de vengarse”. Freud siempre hablaba de “la” paciente, lo cual no quiere decir que con “el” paciente esto no ocurra, pero él se expresaba así. ¿Por qué la venganza y qué relación guarda con el odio en el cual la pasión no puede ser desmentida?. Porque en última instancia lo que plantea el amor de transferencia sería que uno puede hablar mucho del amor, el que finalmente vendría a ser una especie de vacío.

- **Eduardo Foulkes:** Tal vez sea pertinente, en relación a lo que dice Gutiérrez, recordar que tanto el amor como el odio son experiencias que se constituyen en la relación imaginaria y, en mi opinión, ninguna de las dos introduce la falta en el objeto, todo lo contrario, tanto en el amor como en el odio lo que se ve es un intento de establecer una relación con un objeto pleno. En otras palabras, en la experiencia del odio, el objeto odiado es un objeto en el cual la falta se borra. Al odiarlo se está

expresando la intención de conocer y circunscribir lo faltante, dándole así una existencia imaginaria y, por lo tanto, la falta podrá ser colmada. Es como si el sujeto le dijera al objeto: “Te odio porque te falta algo que existe”.

- **Oscar Gutiérrez:** Lo que yo me pregunto es si en el odio se intenta sostener a ultranza la existencia de un objeto pleno y en el amor, en cambio, habría un cierto reconocimiento de la falta. Al menos, más reconocimiento que del lado del odio.

- **Eduardo Foulkes:** En mi opinión, es difícil poder hacer esa diferencia ya que, como decía, ambos sentimientos se oponen al reconocimiento de la falta y, por lo tanto, al surgimiento del deseo.

- **Sr. X:** Yo estaba pensando si una venganza habitual por parte de la paciente consiste en abandonar el análisis, precisamente cuando a esas pasiones no se les da respuesta. Por otra parte, me planteo la dificultad de dar respuesta a esas pasiones que en sí mismas resultan como ciegas.

- **Oscar Gutiérrez:** ¿Qué significa dar respuesta a una pasión?. Por otra parte, abandonar el análisis puede ser precisamente para no escuchar que no hay respuesta posible a la pasión. La pasión puede llegar a funcionar en una situación de vacío; lo único que produce es un eco. Cuando uno habla de pasión habla de algo muy absoluto.

- **Sr. X:** Bueno, pero el análisis intenta dar una respuesta que no consista en la satisfacción de la demanda, una respuesta a cómo salir de esta situación en la que aparentemente se dice: “el amor es tan loco que no se puede hacer nada”.

- **Oscar Gutiérrez:** Yo diría que la postura del analista tiene que ser una no respuesta a las demandas de la pasión y que, en última instancia, el paciente debe descubrir la imposibilidad de respuesta a la pasión.

- **Sra. X:** Yo quería preguntar si, tomando el amor de transferencia como modelo en el cual ver cómo el sujeto ama al objeto actual por amor al objeto perdido, se podría sostener desde allí una diferencia entre la transferencia y la contratransferencia.

- **Eduardo Foulkes:** Yo, por mi parte, tomaría lo que usted acaba de decir sobre el sujeto y diría que, desde ese punto de vista, transferencia y contratransferencia no se diferencian sino que se asemejan. En ambos casos, el sujeto reacciona en sus sentimientos en función de buscar en el objeto actual el objeto perdido. Pero me adhiero a la necesidad de diferenciar la noción de “contratransferencia” del deseo del

analista, ya que lo que está en juego no es ni más ni menos que el estatuto del objeto del deseo, y en la teoría de la contratransferencia no se percibe que ese objeto perdido lo es, no porque quedó en el pasado, sino porque se pierde en lo real.

- **Moustapha Safouan:** Podríamos decir algo en lo que se refiere a la cuestión de si el deseo del analista es dominable. No recuerdo bien si así lo formuló Marga Mendelenko, pero en todo caso, si se plantea el problema de una forma directa y brutal: ¿puede el analista dominar su deseo?, la respuesta es, evidentemente, no. Para que lo domine sería preciso que lo conozca con anterioridad, y nosotros estamos hablando del deseo inconsciente. Pero esa respuesta no agota el problema ya que es indudable que el analista es afectado por su analizante. Por ejemplo, puede impacientarse porque la cosa se prolonga y se alarga en el tiempo, lo que hace que en él se pueda originar el deseo de pasar a hechos concretos, o puede desear tirar al paciente por la ventana, o, por el contrario, desear mecer al paciente en sus brazos.

Hay muchas vivencias que el analista experimenta, pero justamente se supone que él está preparado para dominar esos movimientos que experimenta. Él debe dominarlos. Es lo que se llama saber “hacerse el muerto”. Es por eso, también, que se habla de la “apatía” del psicoanalista, y esto por referencia a la apatía de los estoicos.

Entonces para que el analista pueda dominar todas esas tendencias, todos esos movimientos, debe estar habitado, dominado por un deseo más fuerte que todos esos deseos, que todas esas tendencias. Pero ese deseo que le permite trabajar como analista, ¿de dónde viene?. Es algo que se debe adjudicar a los efectos del análisis didáctico, ya que suponemos que su análisis didáctico produjo en él una modificación en su libido. Una modificación libidinal tal que un mero deseo se produjo en él, y que justamente ese deseo le permite ocupar la posición de analista. Y es precisamente para saber en qué consiste ese deseo que Lacan instituye la experiencia del “pase”. No deseo explayarme sobre este capítulo, pero diría que el Sr. Roldán tenía razón cuando estimó que el problema de saber si el analista puede dominar su deseo remite directamente al problema del deseo del analista. Evidentemente en la medida en que no haya efectuado su análisis didáctico, capaz de producir esa modificación libidinal en él, su deseo va a hacer ciertamente de las suyas con él y con su analizante.

Es lo que ocurrió en el citado caso de Breuer. Debo decir que toda aquella historia de cuando Breuer interrumpe el análisis de Ana O. y parte con su mujer de viaje, durante el cual le hizo una hija, y que luego esta hija se suicidaría en Nueva York<sup>(1)</sup>, esta

historia, en su parte final, es una fábula que fue retomada tal cual por muchos historiadores y analistas, y todo esto es aclarado por Lucy Freeman en su libro “La historia de Ana O.”<sup>(2)</sup>. La hija de Breuer murió acosada como muchos correligionarios durante el nazismo. Esto tiene un interés anecdótico, pero lo que nos interesa es que Breuer, cuando Ana O. comenzó a sentirse mejor luego de pasarse nueve meses sin salir de su habitación -ahora obviamente me pregunto por qué nueve meses-, Breuer, le decía, la invitó a algo que le produciría placer a ella, y que fue el dar un paseo por el Prater, el gran parque de Viena.

Entonces, en su carruaje también llevó a su pequeña hija Berta para que los acompañase, niña que tenía por lo tanto el mismo nombre que Ana O. (Berta Pappenheim).

Recordemos que también la madre de Breuer se llamaba Berta. Es decir, que la presencia del deseo aquí era bastante..., es decir, que si el deseo era un deseo de Berta, ¿qué se puede pedir si no es precisamente otra Berta?. Pero justamente de esto derivó que al regresar, Ana O., en lugar de experimentar un placer, no sólo se deprimió, sino que por primera vez habló claramente del suicidio. Veamos porqué.

Simplemente, Breuer tenía un deseo, pero ¿qué es un deseo?. ¿Quiere decir un anhelo inútil?. Ella era una histérica y asimiló ese deseo a una demanda, o consideró ese deseo como una demanda, y entonces, por eso mismo, se encontró frente a una demanda ante la cual ella no podía responder con otra cosa que con su desesperanza.

Ello es un ejemplo de lo que podríamos designar como las jugarretas que puede originar el deseo del analista, y es por esto mismo que el análisis llamado didáctico es necesario.

#### NOTAS:

(1) Ver, por ejemplo, el relato de Ernest Jones en “Vida y obra de Sigmund Freud”.

(2) No existe versión en castellano. La versión francesa del original en inglés es de 1977, editada por PUF.



**Portada de la “Revista de las Jornadas Freudianas de Madrid” de 1982, dedicadas a “La Transferencia”, en la que fue publicado este debate.**



## DISCUSIÓN SOBRE “TOPOLOGÍA Y SUBJETIVIDAD EN LA TRANSFERENCIA”

Sábado, 4 de Diciembre de 1982.

La sesión fue presidida por Eduardo Foulkes y contó con la participación de Oscar Gutiérrez, Víctor Korman, Marga Mendelenko y Arturo Roldán.

**Eduardo Foulkes:** Vamos a proceder entonces al debate sobre estas dos exposiciones [“El espacio transferencial”, de Arturo Roldán, que se encuentra en esta misma Web, y “Las disparidades subjetivas de la transferencia en Lacan”, de Moustapha Safouan], que nos brindan tantas posibilidades de pensar. Desde mi cometido quisiera marcar los lineamientos sobre los cuales, en mi opinión, podría girar nuestra discusión.

En primer lugar, algo que concierne a lo que acaba de transmitirnos tan agudamente Safouan. Él nos ha mostrado una intención por parte de Lacan de fundar una topología basada en la falta, en el agujero del ser. Por su parte, Arturo Roldán, en su denso e interesante trabajo, ha insistido sobre el hecho de que esta topología cambia la imagen que el analista se construía, hasta antes de Lacan, sobre el espacio transferencial. Yo creo que podríamos buscar una reflexión coincidente en ambas intervenciones, si tomamos como problemática la cuestión de cómo se puede ocupar el lugar del analista, en relación a un espacio que se constituye como un agujero. Abriría el fuego con algo, le preguntaría a Arturo Roldán si podría explayarse un poco más sobre el “afuera” del espacio imaginario habitual, en relación a este espacio como agujero, que tiene que concebir el psicoanalista. Digo esto porque albergo la impresión de que en toda consideración topológica, si así puede decirse, del psicoanálisis, lo que

está en juego es la extensión del inconsciente, o sea que evidentemente este espacio imaginario hay que plantearlo como la no continencia del inconsciente en la persona. Luego, y termino, le pediría si puede hablarnos un poco más de lo real del concepto. ¿Qué ubicación tópica le da al mismo?.

Safouan, quería señalarle que al comienzo de su exposición, cuando nos decía que lo imaginario y lo real habían sido reconocidos desde siempre por el psicoanalista, sería tal vez de utilidad insistir en que ese real y ese imaginario no tenían de todos modos para ese psicoanalista el estatuto que luego alcanzan cuando Lacan introduce la dimensión del orden simbólico en relación a los otros dos, y no como un simple agregado de un orden sobre otros dos que ya existían para el analista. Me refiero a que la estructura del nudo borromeo, reordena y reorganiza lo simbólico, lo imaginario y lo real en sí mismos.

**Moustapha Safouan:** Sí, por eso digo que Lacan no ha añadido una dimensión que podría ser lo simbólico, porque incluso esta dimensión estaba implícita en el análisis. Basta con recordar, por ejemplo, la idea del padre muerto. Un padre muerto ya no es más que un significante. Por lo tanto se trataba de una dimensión reconocida incluso en el análisis, pero no estaba tematizada, en cambio sí había sido reconocida explícitamente fuera del análisis. Pienso en lingüistas como Sapir o en filósofos como Casirer, por ejemplo. Lo que constituye la aportación de Lacan no es tanto el haber añadido el orden simbólico, como el haber insistido sobre lo que yo llamaba la potencia originante de la dimensión simbólica.

**Arturo Roldán:** Las preguntas son bastante complicadas. Empezaré por lo real y el concepto. Yo diría lo siguiente: en primer lugar el concepto se ordena en la estructura; en segundo lugar, esa estructura obviamente es la estructura del significante; en tercer lugar, como es una estructura del orden significante está incluida la falta, como corresponde al concepto de estructura en Lacan, y que lo diferencia del estructuralismo al incluir la falta en la dimensión de la estructura misma. Entonces es en esa falta misma donde se encuentra lo real, y ese es el referente que el concepto toma. El problema a mi modo de ver, consiste en que a veces concebimos lo real como algo opaco, no transparente. Para decirlo con otras palabras, lo real del nudo borromeo, ¿dónde está?, ¿en el nudo borromeo o en cada uno de sus nudos?. Puesto que el nudo simbólico contornea un vacío que es lo real y el nudo de lo real contornea un vacío que también es lo real, en el nudo central podemos ubicar al “petit a”, que va a tomar justamente la connotación de los tres registros. El concepto de lo real es difícil

de transmitir porque es el más difícil de imaginar, y justamente me parecía importante lo que decía Safouan sobre el padre muerto porque recordemos que el padre muerto aparece en “Tótem y tabú” como la huella mnémica hereditaria del crimen primordial, nos dice Freud. ¿Por qué lo dice?, lo dice para introducir a través de esta metáfora algo de lo real. Finalmente, respecto a la extensión del inconsciente es obvio que no se corresponde con el cuerpo real ni con la materialidad concreta de la palabra de la persona. La materialidad concreta es patrimonio siempre de lo imaginario. El problema, que siempre cuando se tropieza con los tres registros aparece, es cómo ubicarlos en el momento de lo que se está diciendo. El problema entonces referente a la extensión, me parece que es justamente la extensión de la escritura misma, no puede ser otra cosa. Para decirlo de otra manera, la extensión del análisis es lo que del análisis puede ser escrito, y estos escritos sólo pueden serlo desde un saber referencial, no hay otra extensión. Creo que más que haber respondido abro nuevamente la discusión, porque si nos estamos refiriendo a lo real ¿cómo no plantear lo real del cuerpo?, ¿dónde está lo real del cuerpo?. Es otro problema abierto. Pero ahora me detengo aquí.

**Eduardo Foulkes:** Mientras se produce algún pedido de intervención, que todos esperamos, quisiera agregar a lo dicho por Safouan y Arturo Roldán, la utilidad para la teoría psicoanalítica, de insistir en el intento de aclarar más sólidamente la separación en torno a lo real simbolizado y lo real no simbolizado, lo simbolizable de lo real y lo no simbolizable de lo real. Cuando nos referimos a lo real en última instancia nos estamos refiriendo a aquello del objeto que no podemos incorporar en lo simbolizable. Bien, pero de todos modos existe la palabra “real”, con la cual estamos ya dando una simbolización de lo real, que permite que nos entendamos, pero justamente lo que entendemos es que nos estamos refiriendo a algo que aparece en el límite de nuestra comprensión, de nuestra aprehensión, y, para decirlo con palabras de Lacan, nos referimos a aquello que está en el límite de nuestra práctica como psicoanalistas. Pero sin embargo nuestro trabajo está centrado alrededor de este problema de lo real que se nos escapa como sujetos.

**José María Viedma:** Quisiera preguntar al Dr. Safouan algo referente a un comentario suyo del día de ayer, que se relaciona con lo hoy expuesto. Me pareció que Ud. hacía una distinción entre el análisis didáctico y el análisis no-didáctico, como una forma de controlar el deseo del analista y de reestructurar la libido o la economía libidinal del mismo. Yo quisiera saber si Ud. hace esta diferencia desde el punto de vista de la

transferencia y de la contratransferencia, y en qué consiste para Ud. esta diferencia. ¿Pasaría el análisis didáctico por una identificación con el analista?, ¿qué efecto tendría este análisis que llevaría al sujeto a ubicarse en el lugar del otro dentro del espacio analítico?

**Moustapha Safouan:** En verdad yo no he hecho una distinción entre el análisis didáctico y el análisis no-didáctico. En el fondo todo análisis es un análisis personal. Es por ello que cuando en algunas sociedades analíticas hablan del análisis didáctico como si fuera un análisis personal, antes de realizar el análisis mismo, eso no tiene ningún sentido porque todo análisis es un análisis personal al fin de cuentas. Si se quiere distinguir al no-didáctico como si fuera el terapéutico, esto también acarrearía problemas. En primer lugar el problema de saber ¿qué es una terapia?, y luego el problema de saber si aquel que viene por un análisis didáctico tiene un síntoma o no tiene un síntoma...

**Eduardo Foulkes:** Perdón, simplemente creo que en la traducción simultánea se perdió un matiz que creo que Safouan quiso expresar. Si yo entendí bien había una ironía en juego, es decir si la demanda de un análisis no terapéutico no es en sí un síntoma.

**Moustapha Safouan:** Sí, en fin quiero expresar que en las sociedades psicoanalíticas, en la selección de candidatos en sus comienzos, querían candidatos normales, eso terminó por crear un problema, que es el problema de los normópatas. O sea que la cuestión no es distinguir la terapéutica de la didáctica, sino que yo he hablado únicamente de la necesidad de un análisis didáctico para aquél que quiere ejercer el psicoanálisis<sup>(1)</sup>. Pero me gustaría decir que esta necesidad no es absoluta, y además que no está demostrada. Por otra parte estos dos sentidos en el fondo confluyen: si no está demostrada significa que no es absoluta. De hecho, hay ciertos analistas que no se han analizado antes de ejercerlo. Esto es lo que ocurrió con la mayoría de los pioneros, por ejemplo con Bernfeld. Él quería ejercer el análisis en Viena, entonces se fue a hablar con Freud y le dijo: “Yo puedo ejercer el análisis o debo primero hacer un análisis personal como opina todo el mundo en Berlín?”. Y entonces Freud, sin titubear, le dijo: “Todo eso no tiene ningún sentido, eso es lo que se dice en Berlín. Vaya Ud., empiece, ejerza, seguramente encontrará dificultades y entonces ya veremos como lo podemos sacar de ellas”.

Toda esta cuestión se concibe si pensamos que aquel que habla, es alguien que en todos los casos está marcado por la represión, lo que hace que aquel que le escucha, si es inteligente y conoce bien la noción de represión, pueda muy bien captar lo reprimido, el significante reprimido en el discurso del que habla. Al mismo tiempo no comprende bien sus propias represiones, y esto por definición.

Sin embargo la cuestión sigue planteándose en la medida en que hemos hecho del didáctico una exigencia de eso que se llama “formación”, y podemos preguntarnos a qué responde esta exigencia. ¿Es la exigencia la que crea la necesidad, o a la necesidad responde esta exigencia?. Es justamente en este sentido que yo planteé la cuestión de lo que responde a esta exigencia, es decir lo que justifica esta necesidad. Yo dije que la única justificación es conducir al analizante hasta el momento que una transformación libidinal haya tenido lugar suficientemente, como para que éste pueda asumir la posición de lo que llamamos la “apatía del psicoanalista”.

Desde luego una cosa puede darse por segura: ese camino no puede realizarse sin que aquel que devendrá analista al término del didáctico, toque durante este camino la diferencia entre demanda y deseo. Todo esto es necesario para que pueda, frente a la transferencia, tomar una posición correcta. ¿Qué significa una postura o posición correcta?. Hay un momento dado en su Seminario sobre “La transferencia”, donde Lacan para responder a esta misma pregunta, introduce la noción de la “presencia real”. Dice que frente a la transferencia la posición del analista es la de la presencia real. Se trata de una noción manifiestamente religiosa, de una referencia explícita a la doctrina católica de la eucaristía, de la hostia. Es una referencia enigmática y podemos preguntarnos por qué Lacan recurre a este estilo.

Hay que admitir que este estilo se le impone, se impone porque en el fondo aquellos a quienes se dirigía en aquel momento, su auditorio, eran unos personajes marcados por eso que nosotros llamamos represión, por censuras, inhibiciones, y todo eso se manifiesta bajo la forma de creencias, de prejuicios, en otras palabras, de una ideología. De esta forma, todo el mundo cuando se desplaza, desplaza consigo no sólo una cierta cantidad de aire sino también un bagaje ideológico. Y es por ello que para atravesar ese muro, que se puede llamar el muro del lenguaje corriente, corresponde echar mano a los recursos del “espíritu” como los chistes, por ejemplo, cuya función es atravesar ese muro precisamente.

En otras palabras, si se dice de alguien: “Éste es un ladrón”, eso es un insulto, pero si se dice por ejemplo a propósito de Napoleón primero o tercero, no recuerdo bien, luego de que confiscara los bienes de las familias de Orleáns: “Es el primer vuelo del águila”, (“le premier vôle de l'aigle”<sup>(2)</sup>), a partir de ese momento el significado del robar pasa pero sin resultar injurioso, aún cuando lo implique, implicación que por otra parte implica que aquel que dice es un “robo” (un vuelo) está implicado también en la relación de disensión que caracteriza la relación con el semejante. Esa tensión de la relación con el semejante surge entonces en el espíritu, y surge gracias al chiste que apunta a la reconciliación de la disensión si así puede decirse. Hay entonces una necesidad de recurrir al chiste o al enigma, lo que no impide que aquel que viene después, pueda por su parte desarrollar la significación del chiste, pero a partir de la posición donde él se encuentra, ello no implica ninguna intención de insulto, profanación o lo que sea. Lo que determina que ahora es posible entender lo que Lacan quería decir recurriendo a su noción de la presencia real del analista. Cristo ha dicho: “ésta es mi carne y ésta es mi sangre”, y a partir de ahí siempre han habido fieles que han comido de esa carne y bebido de esa sangre. En otros términos, nos las vemos con un deseo que se dejó construir, estructurar como demanda, y que es la demanda de ser comido, y a ese deseo respondió otro deseo que se dejó también estructurar como demanda, que es la demanda de comer.

Entonces, precisamente, lo que se designa aquí como la presencia del analista en la transferencia, como “presencia real”, o también como denomina Lacan: “Puro deseo”, quiere decir que el analista es exigido de no dejar estructurar su deseo como demanda, lo que implica recíprocamente no asimilar el deseo del Otro a su demanda. Una vez más, eso no quiere decir que no haya respuesta a aquel que le dirige a uno la palabra, ya que lo que caracteriza al objeto del deseo no es tanto el hecho de que se trate de un objeto incognoscible -Todo el mundo admite que no se sabe lo que se desea, todo el mundo admite que el objeto del deseo se oculta a nuestro conocimiento muy a menudo, y es incluso a partir de esta suposición que se produce toda reflexión ética: ¿cuál es el fin del hombre?- decía entonces que lo propio del objeto del deseo, y ese es el aporte del psicoanálisis, no es tanto el ser incognoscible como inarticulable. Es decir, el objeto del deseo no es articulable por parte de aquel mismo que formula la demanda. Aquel que formula una demanda, formula una cadena significativa a partir de un punto, del punto donde toma la palabra, que es un punto de identificación al fin de cuentas, pero que no puede formular en el momento mismo en que articula su demanda. Y es ese punto, ese deseo, lo que se significa en la demanda. Entonces, si

el deseo es inarticulable por parte de quien formula la demanda, eso no quiere decir que sea de una naturaleza tal que no pueda ser oído por quien escucha. Es por eso que se puede decir que el objeto perdido no es un objeto perdido para todos. Entonces, para volver a la cuestión del análisis didáctico y lo que lo justifica, como ya lo señalé, no en tanto que algo diferente al no-didáctico sino como aquello que responde a la exigencia institucional, es permitir al analizante, futuro analista, tener una idea justa, acertada acerca de la heterogeneidad del deseo, gracias a lo cual podrá situarse en una posición correcta frente a la transferencia.

**Marga Mendelenko:** Seré breve porque Foulkes me indica que nos hemos excedido en el tiempo. Quería preguntar algo al Dr. Safouan. En un momento de su exposición, Ud. hizo referencia al encuentro de Sócrates con Diotima, en donde ella lo enfrenta a la belleza, y, por otra parte, en otro momento Ud. habló del objeto sublime.

¿Es que podríamos hacer una diferenciación -para tocar algo que para mí es importante en el concepto de la sublimación- entre este objeto “petit a” privilegiado, tan importante de contornear, de delimitar para la historia del sujeto, y esto que podemos denominar objeto sublime?.

**Moustapha Safouan:** Lo que ocurrió en “El Banquete” es lo siguiente. Sócrates después de algunas preguntas a Agatón, le hace admitir que el amor es una falta. ¿Una falta de qué?. Sócrates dijo: “En relación con eso -el amor- yo no sé nada, y todo lo que sé lo aprendí de una mujer que se llama Diotima”. Lo que es formidable es que él no pretendió tener un saber sobre el amor. La dejó hablar y Diotima le enseñó que la meta del amor, su objetivo, es la belleza. Pero allí la temperatura del diálogo aumenta puesto que, aún cuando todo hubiese podido quedar allí, ella le dice: “Supongamos que viene alguien a preguntarnos: Aquel que ama la belleza, ¿qué quiere de ella?”. Es en parte para responder a esa pregunta, que justamente apunta a la diferencia entre el amor y lo que este amor implica de encubierto de un deseo, que Diotima desarrolla lo que se puede llamar la temática de la dialéctica ascendente. El amor es en un primer momento el amor de la bella forma, tal como puede ser el amor a un joven bello, y luego es el amor a los jóvenes en general y luego el amor de las almas, etc. Se culmina de este modo en un objeto que yo no califico en absoluto como sublime, y que Platón tampoco lo califica así, pero que tiene la particularidad de ser un objeto no especular. Y es no especular, puesto que ese “bello en sí”, a la vez fuente y fin de toda belleza mundana, es un objeto que no es accesible a la vista, a los ojos. Es una belleza que en cierta forma se sitúa fuera de este mundo.

Es en ese sentido que uno puede decir que la cuestión del deseo se encuentra relacionada con el problema del espacio, que en la reflexión antigua y hasta hace poco tiempo era el espacio correlativo al espacio Euclidiano. Pero lo importante reside en el hecho de que existe como heterogeneidad entre el sujeto que responde a la pregunta de Diotima y el objeto del amor. Lo que podemos decir es que el análisis nos enseña a no buscar ese objeto no-especular fuera del espacio, sino que nos enseña a situarlo en la estructura subjetiva como agujero o vacío central, lo que nos remite de nuevo a la necesidad de una nueva topología.

#### NOTAS:

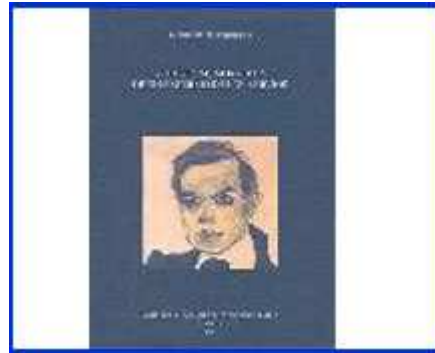
(1) En el momento de este encuentro todavía no había sido publicado en París el libro de M. Safouan: “Jacques Lacan y la cuestión de la formación de los analistas”, en el que aborda más exhaustivamente esta problemática.

(2) Juego de palabras que en francés se sostiene por la doble significación del vocablo “voler” que significa tanto robar como volar.





**Portada del libro “Sucesos memorables de un enfermo de los nervios”, de Daniel Paul Schreber, editado por la Asociación Española de Neuropsiquiatría en 2003.**



## **PSICOSIS. DIAGNÓSTICO EN EL ANÁLISIS.**

**TRANSCRIPCIÓN DE LA PONENCIA PRESENTADA EN LAS  
JORNADAS DE PSICOANÁLISIS LACANIANO  
CELEBRADAS EN BILBAO EN 1983**

Bien, lo primero que quería decir es que todo lo que voy a decir ahora, está sugerido por un trabajo de cartel realizado en Barcelona. Esto me parece que es importante. En segundo lugar, lo que se me ocurría era pensar que las palabras traicionaban, porque hoy cuando leí en el programa el título de la ponencia que tenía que decir, “El diagnóstico en el análisis”, me volvió de una forma absolutamente imperativa, y éste sería un buen modo de empezar a hablar del goce, pero bueno, quiero decir simplemente que lo que trato de hacer es esbozar algunos tropiezos, algunas dificultades, algunos callejones sin salida que en el análisis tenemos habitualmente cuando hacemos un diagnóstico, cuando creemos saber hacer un diagnóstico. Esta frase ya nos arroja una multiplicidad de aspectos que imponen obviamente lo que podemos llamar un recorte. Voy a hablar específicamente sobre la diferencia diagnóstica, si esto fuera posible, entre las neurosis y las psicosis. Surge evidentemente una primera evidencia. He de decir que es desde el análisis, y, diría, no de la psiquiatría. Esto es obvio habitualmente, y sin embargo esta obviedad la pongo en primer plano puesto que la transferencia de significantes desde la psiquiatría al psicoanálisis produce una serie de malos entendidos que creo que conviene aclarar. Quizás un ejemplo venga a cuento en esta situación. En Barcelona, por ejemplo, en el año 1978 se realizaron unas Jornadas con el título de “Psiquiatría y Psicoanálisis”. Dijo lo que pudo ser dicho en esas jornadas, y sólo hago referencia al título: “Psiquiatría y Psicoanálisis”. Todos dieron por obvio esta relación. Fue una relación dada

absolutamente por obvia. Nadie se preguntó si esta relación podría descentrarse, por ejemplo. O mejor sí, en una charla de pasillo apareció la posibilidad de decir: entre la psiquiatría y el psicoanálisis no hay relación. Claro, pero justamente cuando decimos “no hay relación” de alguna manera estamos estableciendo una relación, aunque sea negativa.

En una charla con Oscar Masotta, en ese momento se nos ocurrió, se le ocurrió, se me ocurrió, quizás, escribir psicoanálisis desigual psiquiatría, poniendo un signo cualquiera. Bien, esto era un signo cualquiera con intención simplemente de remarcar, de poner en evidencia la pertenencia a dos órdenes discursivos totalmente distintos de la psiquiatría y el psicoanálisis, insisto, para intentar dilucidar algunos malos entendidos dados por la transferencia significativa. Ahora, como es lógico, por esta distinta pertenencia no es pertinente, por ejemplo, hablar de psicosis, de alucinación, de delirio, de forma igual en la psiquiatría que en el psicoanálisis, aunque obviamente el léxico sea el mismo. Por supuesto que los ejemplos de esta transferencia de significantes en la obra freudiana son múltiples, hay una gran cantidad de ellos, de transferencias de otras disciplinas, como las disciplinas energéticas; podemos tomar uno que viene de la medicina, y lo tomo de la medicina para evitar justamente la carga de sentido que tienen algunos términos psiquiátricos. Tomemos, por ejemplo, el término “disposición”. El término “disposición”, que en la medicina actual ha quedado un poco en desuso, se utilizaba bastante a comienzos de siglo, y sin embargo cuando pasa del lenguaje médico al lenguaje analítico, o al discurso analítico, adquiere otro sentido, otro significado, tiene un enclave distinto dentro del discurso. Por ejemplo, “la disposición a la fijación libidinal”, en realidad es un tope, un borde al cual Freud arriba y que en rigor querría decir algo así como “no puedo decir más”, no puedo ir más allá y coloco el término disposición. Sería, en cierto sentido, una metáfora de lo real. Otro ejemplo, sumamente grueso, es el problema del inconsciente. Freud, como ustedes saben, no se cansó de repetir que su inconsciente no tenía nada que ver con el inconsciente que lo había precedido. Y podríamos seguir para darnos cuenta de que en las psicosis esta transferencia de términos está dificultada por el saber empírico que la psiquiatría detenta como la verdad sobre las psicosis. A lo que faltaría agregar algo importante, que a la psiquiatría a la cual estoy haciendo referencia es a la psiquiatría clínica, o mejor dicho a la psiquiatría clásica.

Quizás esto merezca un pequeño punto y aparte porque la psiquiatría en nuestros días sufre una inevitable degradación, ya que se la podría llamar más fácilmente

psicofarmacología. A medida que el progreso psicofarmacológico cobra cuerpo, el punto, el eje, el centro de la psiquiatría actual pasa a ser la psicofarmacología. Y es curioso que en el argot médico, por ejemplo, los neurolépticos sean llamados antipsicóticos o alucinólicios, es decir, algo que está contra las psicosis o que lisa una alucinación. Tienen pocas ganas, digamos, de hacer un diagnóstico.

Una situación distinta se produce cuando el diagnóstico se torna necesario para usos estadísticos, y aquí surge, por ejemplo, el problema de la multiplicidad diagnóstica que se puede ver en el catálogo de la Organización Mundial de la Salud. Ahí se multiplican los diagnósticos al infinito por la serie de los adjetivos. Es realmente un catálogo absolutamente delirante y un delirio poco sistematizado. Bueno, otro ejemplo sería lo que podemos llamar la psiquiatría progresista; la psiquiatría progresista en general, justamente porque pierde las coordenadas de la psiquiatría clásica, no progresa por ningún lado. Un ejemplo de ello puede ser un libro, bastante recientemente traducido al castellano, de un psiquiatra italiano llamado Giovanni Gervis. Este psiquiatra creo que titula su libro "Psiquiatría crítica". ¡Ah!, puede ser que no sea reciente, para mí al menos lo es, la traducción, lo he leído recientemente. Digamos que... bueno, lo titula "Manual crítico de psiquiatría". Y luego de una crítica política de la psiquiatría, termina definiendo la psicosis como un "trastorno del sí mismo", pérdida del control del sí mismo, y aquí cito textualmente, porque veo que hay gente que conoce el libro bien: "en las psicosis, el conjunto de las emociones, de los deseos, de los pensamientos ha perdido de manera más o menos marcada su cohesión, su centro, su estructura coherente"; y como es lógico define a la alucinación como "percepción sin objeto". Es decir, que lo que aparece como crítico es la crisis que enajena a la psiquiatría -ya sea organicista, psicogenetista o progresista- a lo imaginario de un yo que aparece como un centro unificador ante una realidad dada como empírica. Digamos que la vieja ideología, incluso a través de un discurso que puede ser político, la ideología en sentido de lo imaginario que termina siempre en el plano de la normativización, tiene una virtud sin embargo, que es mostrar que el diagnóstico no se debe hacer tan sólo en los casos evidentes de psicosis. Es decir, que, por ejemplo, en un psicótico que triunfa socialmente también puede hacerse el diagnóstico.

Bueno, todo lo anterior viene a cuento de ubicar a la psiquiatría en sus justos términos para evitar el temor freudiano de que el psicoanálisis sea siervo de la psiquiatría. Y aquí me arriesgo un poco, puesto que ubicarla en sus justos términos me parece que implica como mínimo ubicarla como un saber textual. Primero sería un saber

taxonómico, y en segundo lugar lo ubicaría progresando como un saber textual, es decir, como una cadena significativa, oponiendo este saber textual, como hace Lacan, a saber referencial. La psiquiatría, entonces, sí la ubico como un saber textual, queda apresada en su propia textualidad y, por lo tanto, no puede dar cuenta de la estructura, de la estructura psicótica que es el punto de partida de lo que podríamos llamar la estructura freudiana de las psicosis. De cualquier forma, el perder de vista estos diferentes registros en los que debe ser situado el decir psiquiátrico y el discurso psicoanalítico, perder este amarre a tierra, para decirlo en lenguaje schreberiano, posibilitaría acciones en el discurso posfreudiano que ya han comentado anteriormente.

Llegado a este punto, me doy cuenta de que simplemente he despejado un problema, en forma harto breve por otro lado, porque exigiría bastante más extensión, y tengo que retornar entonces a lo que planteaba al comienzo en el sentido del diagnóstico en el análisis, lugar en el cual las dificultades realmente se suman. Estas dificultades me parece que son parte de las dificultades propias de las paradojas del inconsciente, o simplemente de las dificultades de lo inconsciente. Recordemos, por ejemplo, que para Freud el inconsciente no es ni histérico, ni fóbico, ni paranoico, y estoy haciendo referencia a un artículo, "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad", creo que fechado en 1922. Esta opinión, que Freud suelta casi al pasar, me parece que es fruto de una larga escucha y que estuvo presente como una preocupación central en todo el comienzo del movimiento analítico. Bien, entonces lo que intentaría sería cambiar el énfasis del diagnóstico y tratarlo de situar en un punto de engarce discursivo que posibilite cierto camino, cierto recorrido. Y me parece que esto podría hacerlo planteando la siguiente formulación: que, en la obra de Freud, en todos los textos freudianos, está planteada una diferencia estructural entre las psicosis y las neurosis. Es un invariante, digamos, que recorre el texto de cabo a rabo, pero que está mostrado, no demostrado. Esto es un supuesto, no sería algo así como que Freud dice: "hay una diferencia de estructura entre las neurosis y las psicosis"; lo muestra, pero no lo demuestra. Dicho de otra manera, aparecería como una "x", como una incógnita que en sucesivos intentos de demostración, siempre fracasados, demarcan puntos claves del discurso analítico. Y el pilote o el pilón central sobre el cual está planteada esta diferencia de estructuras, es sobre un eje clínico, obviamente, que es el eje de la transferencia. Podemos encontrar en Freud muy distintos argumentos, incluso argumentos absolutamente contradictorios entre sí para llegar a decir siempre lo mismo. En las psicosis el tratamiento analítico no

es posible, porque el psicótico no es sujeto a la transferencia. En cambio, el neurótico es sujeto a la transferencia y, por tanto, en la neurosis se puede analizar.

Insisto, los argumentos son absolutamente múltiples y contradictorios. Por ejemplo, en el apartado VII de “Lo inconsciente” de su “Metapsicología”, creo que es ahí, aparece como la indiferencia, el psicótico no es sujeto a la transferencia porque es indiferente. En otros lados habla de que no es sugestionable y tampoco es sujeto a la transferencia. En otros lados plantea que es por su negativismo y, en fin, insisto, los argumentos son múltiples. Y por supuesto, es de sobra conocido que esto lo lleva a plantear sus propias diferencias diagnósticas. Recordemos su célebre diferenciación entre neurosis de transferencia y neurosis narcisistas. Las primeras, las neurosis de transferencia, obviamente son analizables, y las segundas no, en función del narcisismo.

Contradicciones en la obra de Freud. Contradicciones ya que, podemos decirlo como Unamuno, sólo quien se contradice, algo dice. Y las contradicciones se multiplican porque, por ejemplo, el psicótico no es sujeto a la transferencia, insiste Freud; sin embargo en el caso Schreber, Schreber enferma por una situación de desplazamiento transferencial. Recordemos que, según nos dice Freud, se produce un desplazamiento transferencial de un fantasma femenino sobre un objeto, Flechsig. Este fantasma, que hunde sus raíces en el complejo paterno, produce el desencadenamiento, por lo menos, de la segunda fase de la enfermedad schreberiana, el delirio. Y quería remarcar dos aspectos. Por un lado, que Schreber mantiene un lazo afectivo con Flechsig. Mantiene un lazo afectivo casi de ternura en algunos momentos. Y por otro lado, el carácter de objeto de Flechsig, más allá del médico Flechsig. De nuevo contradicción evidente; el sujeto o el psicótico no es sujeto a la transferencia, y la transferencia aparece como causa desencadenante. Cristóbal Haitzmann, el pintor que padece una neurosis demoníaca en el siglo XVII, puede ser otro ejemplo.

Es evidente que estas contradicciones hacen progresar el discurso freudiano y llevan, por supuesto, a la emergencia en el caso de Schreber del concepto de “narcisismo”, que se va a formalizar en 1914, en la “Introducción del narcisismo”, en relación a la escuela de Zurich, cosa bastante importante, porque justamente la escuela de Zurich está planteando siempre la escucha de los psicóticos. Y sabemos que esta fractura en el movimiento analítico es importante. Es decir, la ruptura de la escuela de Viena y la escuela de Zurich.

Freud en Schreber llega, como ya dijimos, al sentido de la elección de la neurosis, y ésta viene dada por la disposición a la fijación libidinal que toma como objeto el yo. Ahora bien, me parece que Freud, manteniendo esta invariante en todos los textos, multiplica sus propias contradicciones. Por ejemplo, en “La dinámica de la transferencia” llega a plantear una cosa sumamente curiosa. Dice que el psicótico no es sujeto a la transferencia porque solamente puede tener transferencia negativa, y le niega al psicótico la capacidad de la ambivalencia. Lo que en otros textos aparece justamente al revés, al decir que el psicótico es quien tiene la situación de ambivalencia mayor. Esto está, creo, en “La dinámica de la transferencia” con todas las letras. Es curioso, entonces, que aparentemente coloca al psicótico -o al loco, o al paranoico, pero prefiero llamarlo psicótico- como alguien que no puede tener sentimientos tiernos, tomando el momento transferencial de “La dinámica de la transferencia”. Bueno, ya sabemos, aquí una rápida aclaración, transferencia positiva y transferencia negativa, es decir, la erotización del amor y el odio. Pero lo que llamaba la atención era la negación de la ambivalencia de Freud con respecto a las psicosis. E incluso, por esta misma vía, le llega a negar cierta capacidad de amar al psicótico, lo cual es obviamente bastante contradictorio con los delirios pasionales, por ejemplo, con la erotomanía, con lo que Freud mismo plantea en sus célebres contradicciones gramaticales de punto de comienzo de todas las formaciones de los delirios paranoicos: “yo, un hombre, amo a él, un hombre”. Amo, es decir, hay un problema de amor. Y todo esto es para ir de nuevo viendo las contradicciones que se van planteando en la situación del diagnóstico, y sobre todo recuperando cierta posibilidad en las psicosis de un amor y un odio, de un “odio-enamoración”. Desde algunos costados, desde algunas lecturas, se intenta hacer diferencias en el sentido del amor. Por ejemplo, se dice que hay diferencias en el amor del psicótico y diferencias en el amor del neurótico. Uno sería más narcisista, por ejemplo, y otro sería menos narcisista. Esto es bastante obvio que no es así, puesto que justamente el amor es narcisista, o, podemos decirlo, una de las psicosis normales es el amor. Es decir, me parece que no se puede hablar en ningún momento de diferencias, por lo menos estructurales, del amor en las psicosis y en las neurosis. Otros hablan, por ejemplo, de que el psicótico es más lábil en las situaciones de amor, y es contradictorio con la fijeza de algunos delirios, incluso con la fijeza del objeto.

Bien, recapitulemos, recapitulemos un momento. Freud sostiene que hay una diferencia de estructura entre las neurosis y las psicosis. Esta diferencia está dada sobre el eje de la transferencia, insisto una vez más, posibilidad de transferencia en

las primeras e imposibilidad en las segundas. Esta invariante está argumentada de distintas maneras, y ninguno de estos argumentos resulta convincente a la hora de demostrarla. Esto posibilitó que muchos analistas posfreudianos concluyeran que el psicótico puede ser analizado.

Prosigamos una recapitulación mínima. El intento de demostrar la “x”, la incógnita, produce efectos en el discurso analítico, generando conceptos como el de narcisismo por ejemplo. Esto es importante puesto que la regresión tópica llega hasta la fijación libidinal, dada por la constitución, que en las psicosis es el narcisismo, donde el yo aparece como objeto, y específicamente como objeto sexual. Lo cual no deja de tener consecuencias, porque entonces, como decía en su momento Besso, el psicótico ama a su yo específicamente y, en segundo lugar, a su producto restitutivo, que es el delirio. Es decir, que es un problema ubicado en el objeto de amor y no en el amor. Lo cual, por supuesto, no es demasiado novedoso, y no elimina por otro lado la contradicción freudiana.

Y aquí creo que conviene aclarar un problema de traducción, puesto que López Ballesteros escribe en muchos lados “amor objetivo” o “libido objetiva”. Esta forma de traducir es del lenguaje orteguiano. Sabemos que Ortega promueve la traducción de Freud y, obviamente, pone justo en primer término el problema de la objetividad, cuando Freud ha pasado de la objetividad a la objetividad. Es decir, el problema del paso de la objetividad a la objetividad es importante puesto que Freud ahí vuelve a tropezar creando nuevas contradicciones, o para decirlo de una forma resumida y por un camino bastante trillado: las diferencias entre estas estructuras están dadas por los productos restitutivos que conforman la realidad. El fantasma en las neurosis y el delirio en las psicosis. Diferencias que son fáciles de detectar incluso en sus aspectos fenoménicos cuando, digamos, son casos extremos, pero que son muy difíciles de escuchar en situaciones precoces, al comienzo de un brote psicótico. Esta dificultad diagnóstica es extrema, sumamente difícil, y por ello las confusiones diagnósticas son, a veces, groseras y evidentes. Son muchos los comienzos de psicosis que se confunden al principio con una fobia, con una histeria,... con un cuadro neurótico. Es decir, que resulta muy complicada la diferenciación diagnóstica cuando tratamos de hacer un diagnóstico de estructuras. Es aquí donde me parece que surgen los problemas en forma aguda. Por ejemplo, en Schreber, el fantasma fundante - digámoslo así-, o el que Freud determinó como fantasma importante, un fantasma femenino, sufre una deformación que incluso podemos llamar topológica, en el sentido

de que se transforma, y aparece en su delirio, de una manera que habría que indagar realmente bien. En otras palabras, el fracaso de lo que podríamos llamar -pero muy, muy a la ligera- la función paterna o la metáfora paterna ubicada en el rango del significante, por lo menos a nivel del escrito lacaniano, produce un desanudamiento de los tres registros -es decir, de lo real, lo simbólico y lo imaginario- que va a crear las dificultades en el hecho psicótico. Insisto en que esto tiene que ver con el intento de aprehender la estructura en la dificultad diagnóstica que representa el comienzo de una psicosis, lo que constituye el punto de las mayores dificultades.

Bueno, de nuevo podemos retornar a lo que decíamos antes. El problema de la transferencia está centrado en la diferencia diagnóstica en el sentido de la transferencia, y sabemos por supuesto que el concepto de la transferencia sufre una evolución en el desarrollo del discurso analítico mismo. Es decir, no es lo mismo el concepto de transferencia en el año 1914 que el que tenemos ahora, y por supuesto que una de las grandes innovaciones es la introducción del concepto de Sujeto supuesto Saber. Podemos decir que una demanda de análisis es en cierta medida una demanda de saber sobre el síntoma. Como contrapartida, por supuesto, el analista debe saber que tanto el sujeto como el saber son supuestos, y son supuestos a lo que Freud llamaba los procesos primarios, lo que Lacan simplifica en la cadena significante. Es decir, son supuestos a la cadena metonímica, al deslizamiento metonímico del significante cuyo tope es el objeto. Pero lo importante es que, tomado el concepto de Sujeto supuesto Saber, sepamos que tanto el sujeto como el saber son supuestos.

Si seguimos el razonamiento freudiano, resulta fácil concluir que sólo en la neurosis es posible el desarrollo de la transferencia, ya que es ahí donde el Sujeto supuesto Saber produciría sus efectos. A la inversa, en la psicosis este supuesto sería un fracaso, o mejor, no habría un supuesto saber posible en el otro. Un ejemplo banal: si un paranoico, interpreta que un coche cualquiera que pasa por la calle ha sido puesto ahí por una conspiración urdida por una serie de enemigos, que habitualmente designa como "los enemigos" o como "ellos", ahí aparece un grado de certeza tal que impide cualquier saber en otro. La certeza estaría en el delirio, y al decir saber me parece que me equivoco porque en rigor es del orden del conocimiento, en el sentido del conocimiento paranoico como opuesto al saber. Es lo que Freud ha repetido en muchos lugares de su obra. Por ejemplo, cuando afirma que el psicótico exterioriza sus contenidos reprimidos sin saberlo, lo que podemos leer también en la discusión de



Schreber con Kraepelin. Pero me parece un intento importante para demarcar esta situación el que hace Lacan cuando hace aparecer el saber como significante, como  $S_2$  específicamente, y dice, en “Los cuatro conceptos”, que en la paranoia -la psicosis por excelencia, como la solía designar- entre el  $S_1$  y el  $S_2$  hay una especie de aglomerado, de no separación. Me parece que sería algo a seguir como cosa importante. El problema es que, de alguna manera, también el problema del Sujeto supuesto Saber queda atrapado en el pensamiento freudiano, ya que por lo menos en “Encore” Lacan lo plantea en relación al amor. Es decir, si se ama se supone un saber, si se odia se desupone un saber.

Bueno, entonces de nuevo estaríamos ante el problema del amor y lo que les decía antes, que no es un problema de amor, sino un problema del objeto de amor. Por ejemplo, cuando Schreber se ofrece como mujer a su dios, ¿de qué se trata?: de amor, de goce por supuesto, pero también del Dios Sujeto supuesto Saber de Schreber. Recordando, además, que el dios schreberiano no sabe sobre los hombres, que solamente se informa de los hombres a través de las almas de los muertos. Que, por ejemplo, su dios sabe lo que son los ferrocarriles en la medida en que las almas de los muertos le informan sobre la existencia de los ferrocarriles. Y todo esto teniendo presente que el Sujeto supuesto Saber en Schreber sería lo que él denomina el “orden universal”. Y que justamente por estar transpuesto, Schreber padece lo que padece, es decir, goza lo que goza.

Entonces, como se precisaría un desarrollo sumamente extenso, me limitaré a hacer algunas aclaraciones mínimas tomando como andamiaje tres textos básicamente: el texto de Freud sobre Schreber, el escrito lacaniano “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” y el texto de Miller sobre una “Adición topológica a la cuestión preliminar de las psicosis”.

Primera aclaración, en relación al problema de la forclusión apareciendo, o que aparece como mecanismo específico de las psicosis. En tanto y en cuanto lo forcluido es la metáfora paterna, produce esta forclusión un desanudamiento de los tres registros. Lo cual implica, en términos tópicos, una regresión, y en términos freudianos una regresión hacia el narcisismo, y en términos lacanianos una regresión hacia el estadio del espejo, específicamente hacia la imagen especular -lo que habitualmente se escribe como  $i(a)$ . La metáfora paterna, entonces, aparece como uno de los problemas, puesto que Lacan va a pasar del problema del singular del Nombre del Padre, como es bien sabido, al problema de los nombres del padre. Así el problema se

va complicando, puesto que tenemos por un lado el problema de la forclusión, el problema de qué es lo forcluido, el Nombre del Padre; luego el pasaje, en la obra lacaniana, a los nombres del padre; y por último el problema del objeto que me parece también sumamente importante, que va a determinar las funciones diagnósticas. En el neurótico esto aparece claramente en el “petit a” como objeto de deseo o plus de goce que introduce la escisión en el sujeto, como se ve en la fórmula del fantasma. Pero en el psicótico, en Schreber por ejemplo, Schreber mismo aparece en el lugar del (a). Es decir, que esto sólo puede entenderse a partir del problema del goce: en la medida en que dios se va alejando, que sus voces se van haciendo cada vez más lejanas, el (a) pasa al lado, al lugar mismo de Schreber. Y esta ubicación es importante porque me parece que así, por primera vez, se puede comenzar a hacer un diagnóstico “strictu sensu” en psicoanálisis: a partir del problema del objeto. Dicho de otra manera, si el sujeto barrado rombo (a), la fórmula del fantasma aparece claramente en la neurosis, al quedar el psicótico del lado del objeto, o en el objeto mismo, siendo él el objeto para su dios como en el caso de Schreber, podemos ubicar muy claramente la estructura de lo que sería la diferencia diagnóstica. Sin embargo, esto no nos disminuye los problemas, puesto que esta estructura tendría que ser escuchada en las sesiones, tendría que ser escuchada en la lengua. Es decir, que hay que ir más allá del comportamiento habitual, más allá de la semiología habitual, para encontrar el diagnóstico. Por tanto, como decía antes, no se puede hacer el diagnóstico ni siquiera sobre la base del triunfo o no triunfo social de la persona. Un caso obvio: Wilson. Freud, al final de su trabajo sobre Wilson, lo diagnostica como psicótico. Bueno, es bastante difícil, puesto que ya conocemos la historia de Wilson.

En el sentido de los dispositivos para la escucha, tanto Freud como Lacan intentan montar dispositivos que faciliten esta aprehensión estructural de los diagnósticos diferenciales. En Freud encontramos lo que llamaba “tratamientos de prueba”, que habitualmente duraban tres meses -recordemos que los tratamientos eran de cinco sesiones semanales en aquellos tiempos-, a partir de lo cual Freud decidía si ese sujeto podía ser supuesto a la transferencia o no. Y en Lacan aparece el problema de las entrevistas preliminares. Todo esto para aumentar la agudeza en la escucha, para posibilitar el pasaje a través de la fenomenología de los significantes hacia la estructura, ya que el diagnóstico no puede ser hecho desde otro lugar. Por eso, como dice cierto refrán castellano en obvia referencia a los manicomios: “ni son todos los que están, ni están todos los que son”.

**A la derecha de la imagen,  
Arturo Roldán en la foto  
publicada por la Revista “El  
Médico” a propósito de las  
Jornadas de Bilbao de 1983, en  
las que se desarrolló el debate.**



## DISCUSIÓN SOBRE “LAS PSICOSIS”

La sesión fue presidida por Joan Salinas y contó con la participación de Enrique Navarro, Jorge Besso, Arturo Roldán, Eduardo Foulkes y otros conocidos psicoanalistas que asistieron a aquellas célebres Jornadas.

- **Joan Salinas:** Bueno, abrimos un periodo de media hora de discusión tal vez, para animarla, o al menos en mi intención, conseguir algo de esto. Animarles y dejarles sentados algunos puntos. Bien, tal vez para comenzar la discusión, en vista de que no hay preguntas, yo intentaré decir algo en relación a lo que se me puede haber ocurrido en relación a las tres ponencias que acabamos de escuchar. Evidentemente no son puntos para discutir, son puntos que a mí de algún modo se me han fijado por alguna razón. Bien, yo diría respecto a la ponencia de Enrique Navarro sobre lo psicótico, y ahí remarcaría una frase suya que me ha llamado la atención, cuando él dice que el sujeto supuesto paranoico como él lo nombraba, se admite como paranoico en un diagnóstico que ha hecho “su-yo”. Ahí, en un diagnóstico que él ha hecho “suyo”, o en un diagnóstico que ha hecho “su yo”, tal vez podemos encontrar el anclaje imaginario en el cual sabemos que todo paranoico se sitúa. Sería un punto que pienso que, en razón a la paranoia, nos podría dar algo que discutir. Otro punto que él ha tocado y me parece interesante, es la cuestión de la posibilidad del tratamiento en las psicosis. Ha explicado lo que decía Freud, y algunos otros ponentes también han hecho esta referencia. No obstante Lacan insiste, específicamente, en una conocida frase suya de que el analista “no debe retroceder ante las psicosis”. Y no debe retroceder ni ante las psicosis, diría, ni ante el diagnóstico. Es decir, pienso que en la enseñanza de Lacan el diagnóstico no está ni mucho menos excluido, sino que es uno de los puntos referenciales importantes, teniendo en cuenta que el diagnóstico debe ser un

diagnóstico, como se ha dicho en la tarde de hoy, estructural, que busque las estructuras freudianas.

Jorge Besso, yo creo que acertadamente, ha planteado la cuestión de la certeza del delirante. Esa certeza que el sujeto delirante no puede eludir, en tanto en cuanto, de algún modo, él está seguro, y de otro, le crea un sinnúmero de significaciones, de significados, con la diferencia de que son significaciones cerradas en sí mismas, que remiten todas, digamos, a sí mismas, que no remiten como toda significación a otra significación. Son significaciones que no tienen más límite que el límite de su propio sujeto, aquél que cree tener esa certeza. Me ha llamado la atención el caso que ha citado de esta analizante que decía que había nacido tarde, y de algún modo lo conecto con lo que pienso que ocurre en la mayoría de los casos de psicosis, en los cuales podríamos decir que tal vez, justamente por la forclusión del Nombre del Padre y por los problemas que la metáfora paterna y su fracaso ocasionan, podemos decir que tal vez el psicótico no ha entrado en una línea de filiación. Digamos que, tal vez, no es hijo de un padre. Ese padre, en su función simbólica, no está. Si el padre, el único modo de saber algo del padre como padre simbólico, es el que en la teoría se llama “padre muerto”, esa función paterna en la psicosis es justamente la que ha fracasado. La paciente había nacido tarde, o, tal vez, de su padre no había nacido o muy poco sabía.

Finalmente, respecto a lo de Arturo Roldán, seguimos con la cuestión de las estructuras freudianas de las psicosis, y yo creo que es cierto que si cogemos el texto de Freud a la letra, encontramos buena parte de las cosas que tú has mencionado. Yo recuerdo, no obstante, que Lacan insiste sobre todo en sus primeros seminarios, cuando dice más o menos, cito de memoria, algo de este estilo, dice: “algunas personas me reprochan que lo que yo digo no está en Freud”, y Lacan dice: “es cierto, algunas cosas que yo digo realmente no están en Freud, pero creo -añade Lacan- que tengo un cierto derecho a presuponerlas como partes integrantes de la estructura freudiana, como partes necesarias en la teoría”. Es entonces, por ejemplo, cuando Lacan..., simplemente cojamos el concepto de forclusión que él elabora: lo elabora a partir de que Freud lo sitúa en algunos lugares, pero Freud no especifica en ningún momento que la forclusión -al menos no está escrito así- sea el mecanismo constitutivo de las psicosis. Es un ejemplo evidentemente, tú, después, cuando has desarrollado la segunda parte lo has aclarado bien.

Y otra cosa, respecto a la transferencia, Freud evidentemente dice lo que es también la cuestión de la transferencia en las psicosis; no obstante, a partir de Lacan yo no digo que se resuelva todo, pero sí que algunas cosas se pueden aclarar, y respecto a esa transferencia en el psicótico, tal vez un buen ejemplo que tenemos de que esa transferencia se da, es lo que en la clínica se encuentra, en ocasiones, cuando en el Sujeto supuesto Saber, que es lo que mueve la transferencia, ese Sujeto supuesto Saber se convierte para el analizante en, diríamos, un Sujeto de un Saber Absoluto que le induce a un delirio de influencia. El delirio de influencia que aparece en ocasiones en la cura, evidentemente por un fenómeno transferencial, tiene que ver con ese Sujeto supuesto Saber al cual se piensa el analizado...

- **Eduardo Foulkes:** Yo, más que dirigirme específicamente a cada uno de los ponentes o limitarme a escuchar una pregunta individualizada en cada uno de los discursos, me he quedado como con una imagen, en general, de lo que se fue diciendo de lo que hace a la relación entre la psiquiatría y el psicoanálisis. Y me parece que habría que hacer una precisión. No sé si seré capaz de formularla en toda su exactitud, pero vale la pena por lo menos dejarla planteada o esbozada; en el sentido de que creo que de lo que se ha dicho, evidentemente, se desprende que no está en discusión la necesidad para el análisis, para el psicoanalista, de contar con un diagnóstico. Parecería así que hay un punto de roce con la psiquiatría clásica, en lo que hace a la forma de constitución de ese diagnóstico. Bien, pero lo que yo quiero decir gira alrededor del hecho de que, de pronto, cuando estaba escuchando lo que aquí se decía, se me presentó la imagen de que la psiquiatría ha jugado y sigue jugando, respecto del psicoanálisis, algo así como el lugar del cero. Es decir, como aquello que es necesario dar por sabido para después poder empezar a hablar, para después poder empezar a contar. Y desde ese punto de vista, recalcar una vez más qué difícil puede ser ocupar la posición del cero y qué difícil posición es ocupar el lugar del psiquiatra. Porque si Freud, en el prefacio al libro de August Aichhorn, y después de esto, es retomado por Lacan cuando nos dice que hay tres profesiones imposibles, que son la de gobernar, la de educar y la de ser psicoanalista, yo diría que esto es así, pero no sé si la del psiquiatra no es también algo sumamente imposible, en la medida en que hay algo del tener que ignorar que es casi entrar en una especie de locura, el ser psiquiatra en el momento en que se está haciendo una especie de diagnóstico. Digo esto porque, personalmente, cuando me ha tocado vivir experiencias psiquiátricas, sobre todo en mis momentos iniciales, en los nosocomios, en el momento en que había que ejercer el diagnóstico y elegir entre una forma u otra de

delirio, uno sentía que se estaba jugando allí el destino de una persona, y claro, inmediatamente aparecía uno interpelado desde un saber y sintiéndose absolutamente disminuido como para dar cuenta, con exactitud y con total veracidad, de ese destino que allí quedaba fijado por el significante con el que se ejercía el diagnóstico. Poder hacerlo supone, entonces, tener que reprimir, tener que negar, esta difícilísima situación que deja al sujeto absolutamente entre paréntesis, y sin embargo, es algo que no ha podido ser evitado, que no ha podido ser evitado incluso por el mismo Freud. Y es algo que se viene como repitiendo, porque hay un diagnóstico sobre él que después el psicoanálisis puede venir a discutirlo, puede venir a plantear cómo ha sido formulado, y puede incluso venir a proponer una nueva forma de ejercer el diagnóstico. Acá se ha hecho referencia a la posibilidad de un diagnóstico estructural desde el psicoanálisis. Está bien, pero no se olviden ustedes que el espíritu estructuralista en el afán diagnóstico no es exclusivo del psicoanálisis. Y bien nos lo recuerda en el Seminario de “Las Psicosis” Lacan, haciendo referencia a Clérambault por ejemplo. Incluso había preocupaciones en Griesinger, en Kraepelin. Desde la epistemología, yo no sé si uno podría juzgar que no está presente allí una cierta inquietud diagnóstica. En fin, esto es todo.

- **Joan Salinas:** Agradecemos a Eduardo Foulkes su intervención. Ahora pasamos al turno siguiente.

- **Sra. X:** Quisiera preguntarte a ti, Roldán, si puedes aclararme un poquito más cómo es que el  $S_1$  y el  $S_2$  en las psicosis aparecen aglomerados y, quizás, otra tesis que propusiste acerca del “objeto a” en relación a la identificación con el psicótico, ¿no?, en este caso tomabas a Schreber.

- **Joan Salinas:** Lo que podemos hacer es contestar a todas las preguntas al final, y así ahora seguimos con el turno de preguntas.

- **Lucía D'Angelo:** Una pregunta a Jorge Besso y dos a Arturo Roldán. A Jorge Besso le quiero preguntar si él considera que Descartes era psicótico; y a Arturo Roldán, en tanto ha establecido la diferencia entre un cierto saber referido a la psiquiatría, porque primero lo mencionó como empírico, saber empírico sobre las psicosis, luego dijo que era un saber textual, y luego hablando sobre textos freudianos dijo que la diferencia estructural es mostrada por Freud pero no demostrada. En matemáticas esto equivaldría a decir que hay ahí jugado un teorema, pero un teorema necesita una demostración. Y de lo que se trata en el psicoanálisis, parece ser, a partir de Lacan, es

del matema; entonces la pregunta final es: qué diferencia hay entre el saber empírico y el saber textual, y si el saber de Freud era textual.

- **Carmen Gallano:** Anda flotando en el ambiente el debate psiquiatría-psicoanálisis. Por un lado Arturo Roldán dice una serie de cosas críticas respecto a la psiquiatría para distinguirla del discurso analítico. Por otro lado parece que se plantea el llegar al psicoanálisis a través de la psiquiatría. Yo lo que haría es al revés, de abogado del diablo. Yo creo que el psicoanálisis tiene que hacer un elogio de la psiquiatría, aunque pueda parecer paradójico el decir una cosa así. Un elogio de la psiquiatría precisamente distinguiéndola de la psicoterapia. Precisamente el elogio de la psiquiatría contra la psicoterapia.

Y creo que aquí también flotaba la confusión psiquiatría-psicoterapia, tal como aparecía el debate desde el fondo.

Y digo elogio de la psiquiatría porque ya estamos planteándonos el problema diagnóstico psicoanalítico de las psicosis, distinción entre neurosis y psicosis de Jorge Besso; o distinción entre neurosis y psicosis planteado por Arturo Roldán desde el ángulo de ¿es el psicótico analizable?, y cómo situar ahí el problema de la transferencia.

Entonces, elogio a la psiquiatría porque al fin y al cabo es la semiología clásica, tanto francesa como alemana, la que ha permitido hacer una tipología de los síntomas. Tipología de los síntomas de la que han partido todos los psicoanalistas, y que en esa tipología sintomática, quizás el psicoanálisis el paso que tiene que dar es el de la articulación de esos síntomas con respecto a la estructura. Y eso me parece que está presente en la obra de Freud. Por otro lado, la psiquiatría actual ya no está en eso, en la semiología, y ahí es donde no estoy de acuerdo con Arturo Roldán cuando habla de una degradación de la psiquiatría. Yo diría que es todo lo contrario, una precisión de lo que es la psiquiatría. Porque precisamente la neurobiología, la ciencia, es la que permite desmarcar la psiquiatría de la psicoterapia.

En este sentido, si hay una nueva clínica psiquiátrica es una clínica que tiene que ver con los avances del discurso de la ciencia y las posibilidades de la ciencia respecto a una terapia de lo psíquico. En este aspecto, creo que la degradación de la psiquiatría no es tal, y que quizás es hoy más que nunca cuando se pueden situar la diversidad de los discursos y el lugar del discurso analítico. Porque la psiquiatría actual, por un lado se precisa en un discurso científico, y al mismo tiempo también se puede definir

como cuáles son los recursos de la psiquiatría, que son los recursos como discurso del amo. Y discurso del amo al que, al fin y al cabo, recurren los psicoanalistas cuando la cura fracasa. Entonces, casi me parece más importante que el psicoanalista sepa a qué amo se refiere en cada momento cuando trata con psicóticos, más que ignorar esta cuestión, y de qué distintos amos dispone ahora la psiquiatría actual, las transformaciones en las terapias.

Entonces, la indicación que daría respecto a este problema, es que disponemos de la articulación de Lacan de los cuatro discursos, que nos permite avanzar en la ética particular que preside el encuentro entre un psicoanalista y un psicótico. Por otro lado, respecto a la tipología psiquiátrica de los síntomas, creo que si sale es porque está la inquietud sobre los problemas del diagnóstico. ¿Para qué es importante el diagnóstico en el psicoanálisis respecto a la psicosis?. Ahí, Arturo Roldán, me refiero todavía a tu intervención, decías que en la obra de Freud la cuestión del diagnóstico es enganchada con la cuestión de la transferencia. Sí, pero creo que no tanto para la cuestión diagnóstica de distinción psicosis-neurosis, porque en Freud está por un lado el reconocimiento de los síntomas y el intento de buscar qué tipo de represión particular es la que formaliza y explica los síntomas psicóticos. Entonces, a partir del concepto de represión y de la búsqueda de lo que no encuentra, que es el concepto de forclusión del Nombre del Padre, precisamente ahí está el punto clave donde él trata - por eso insiste invariablemente como tú señalabas- la distinción de neurosis y psicosis. El problema de la transferencia, creo que me parece más importante plantearlo no como lo que basa un diagnóstico neurosis-psicosis, sino cómo la estructura de la transferencia tiene efectos reveladores de la estructura psicótica; en ese sentido, sería como el elemento soporte del dispositivo analítico, el elemento que puede permitir así, en este “après coup”, decantar cuándo hay una dificultad, precisamente porque el psicoanálisis tiene que conformarse a veces con esa tipología de los síntomas y es tan difícil hacer un diagnóstico de estructura simplemente con una fenomenología, porque además no es pertinente, y entonces la transferencia puede venir ahí como elemento desvelador, sin que por eso tenga que decirse que no hay transferencia en la psicosis.

No sé, te quiero preguntar si esa es tu conclusión. Me pareció entender que tu conclusión es que no hay transferencia en las psicosis, es decir, que la transferencia se da en las neurosis, a ver si he entendido bien, y que no hay transferencia en las psicosis, lo que permitiría una distinción diagnóstica. Sin embargo, yo diría que se da



transferencia, tal y como la define Lacan, como puesta en acto de la realidad del inconsciente, en los dos casos; y psicosis como efecto de la transferencia, cuando la estructura no está revelada antes. Quería que me hicieras esta distinción.

Y quería hacer una pregunta a Jorge Besso respecto a su ejemplo clínico, cuando habla de la paciente que afirma “yo nací tarde”: plantea eso como un axioma de la paciente, diciendo que organiza, además, toda la novela familiar. Yo le preguntaría cuáles son los elementos a partir de los que propone un diagnóstico de psicosis.

- **Jorge Besso:** No propongo un diagnóstico.

- **Carmen Gallano:** O bien que me dijera por qué propone este ejemplo clínico con el axioma de esa paciente, que definiría ahí como un fantasma, y qué le parece que se puede afirmar respecto a la estructura a partir de su ejemplo; es decir, cómo lo articula respecto a la distinción que intenta hacer entre neurosis y psicosis; sobre todo, me ha parecido no entender bien la comparación que hacía entre este ejemplo clínico y el caso de la paciente de Tausk que cita Freud en “Lo inconsciente”, en 1915, precisamente para hablar de lo que es el lenguaje de órgano en la esquizofrenia. Entonces, cómo compara la frase de la paciente de Tausk, “los ojos están torcidos”, y el axioma “yo nací tarde” de su paciente.

- **Joan Salinas:** Seguimos con el turno de preguntas.

- **Sr. X:** En un artículo de Serge André que se llama “La transferencia”, en su apartado de transferencia de resistencia, habla de cómo en la resistencia el sujeto desligado del significante -la pregunta es para Arturo Roldán- queda inscrito en lo real en la posición de “petit a”. Entonces yo quisiera preguntarte, dada la analogía que hay en las psicosis, que quedan también en la posición de “petit a”, si no sería la psicosis una forma suprema de resistencia, como casi la estructura de la normalidad.

- **Sr. X:** Se ha establecido la pregunta de: ¿no se trata en psiquiatría y en psicoanálisis de sujetos distintos?, pareciendo que en psiquiatría se trata de un sujeto social y en psicoanálisis de un sujeto al inconsciente; así se ha hablado de comienzo de la psicosis, pero... ¿qué pasa con la neurosis?, ¿no comienza?.

- **Sr. X:** En primer lugar una información a mi intervención anterior, que yo tengo que decir que he leído a Giovanni Fehim hace años, así como a Santa Teresa y a San Agustín, y no soy el único, así como Lacan leyó a los de la IPA, y por esto sumamente gracias a Lacan. En segundo lugar, una pregunta a la demanda formulada por Salinas

que es la siguiente: ¿y por qué no hablar aquí de lo que al parecer se excluye, esto es, de lo que hace un ruido ensordecedor en las primeras Jornadas de Psicoanálisis sobre las Psicosis auspiciadas por la Biblioteca de Estudios Freudianos de Bilbao?.

- **Joan Salinas:** Perdón, no he entendido la pregunta. ¿La puede repetir?.

- **Sr. X:** Eso no es una pregunta de psicoanalista. Eso no se puede decir.

- **Joan Salinas:** Bien, alguien más, por favor.

- **Sr. X:** Bien, soy... [inaudible] ...de la Escuela de Psicoanálisis. He estado escuchando citar muy a menudo la palabra estructura. Me gustaría que alguien desarrollara un poco este concepto porque en cierto modo me parece que también podría leerse en Lacan que estructura nada más hay una, que sería cómo se anudan los tres círculos del nudo borromeo. Allí había un lugar claro, precisamente el del síntoma, en tanto tiene que ver con ese anudamiento. Pregunto yo: ¿cómo articular la noción de estructura con la noción de discurso, por ejemplo, y cómo eso tiene que ver con el diagnóstico?.

- **Joan Salinas:** Sí, diga a quién dirige la pregunta, por favor.

- **Sr. X:** A quienes utilizaban la palabra estructura, que me parece que han sido todos. Bueno, tú de pasada y específicamente Arturo Roldán. Una cosa más, bueno, me gustaría introducir el tema en el debate, no sólo el del diagnóstico sino el de la suspensión del diagnóstico, porque me parece que es algo que tiene que ver bastante con la posición ética del psicoanalista en relación al diagnóstico, porque me parecía que era un tema que no había estado reflejado: la suspensión del diagnóstico.

- **Joan Salinas:** ¿Alguien más?. Bien, pasamos entonces, si no hay más preguntas, al turno de respuestas.

- **Arturo Roldán:** Bueno, yo creo que voy a estar un poco agobiado. Creo que más que preguntas son una multiplicidad de cuestiones que abren justamente a lo que estamos debatiendo. Intentaré aclarar si es posible algunas.  $S_1$ - $S_2$  por ejemplo, que preguntaban por ahí. En rigor es bastante difícil, tomaba esto como señalamiento hecho de pasada en “Los cuatro conceptos”, donde Lacan plantearía esta indiferenciación que justamente marcaría la estructura, y vuelvo a este término; entonces, podríamos comenzar por decir que la estructura es el discurso en un sentido, recordando justamente que esa estructura es una estructura fallida, es una estructura con fallas, es decir, a diferencia de la estructura de los estructuralistas, es

una estructura donde está incluida la falla, cosa bastante importante. En este sentido, respondiendo a otra pregunta, podemos decir que la psicosis es la estructura. Me da la impresión de que podemos afirmarlo de esta manera, y que justamente la falla de la estructura sería la neurosis.

Por otro lado, y esto me resulta bastante más difícil, está la ubicación de Schreber, por ejemplo, en cuanto objeto. Lo que intentaba formular ahí era que el ocupar esta plaza implica una estructura distinta, y justamente a partir de esta estructura distinta posibilitar una diferencia, y decía “*stricto sensu*” dentro del análisis. “*Stricto sensu*” dentro del análisis precisamente para oponerlo al problema de la psiquiatría. Mi intervención con respecto a la psiquiatría no es desvalorizar el conocimiento psiquiátrico, sino justamente tomarlo. Lacan lo recoge en montones de lados, pero como recoge una serie de saberes textuales de otras disciplinas, tanto psiquiátricas como filosóficas, en su momento; recordemos todos sus escritos en “La transferencia” sobre Platón, Sócrates y demás. Es decir, no digo que en la psiquiatría no se pueda hacer un diagnóstico, digo simplemente que hay que buscar un diagnóstico en el análisis teniendo como una referencia más todo lo que justamente el saber taxonómico de la psiquiatría aporta al análisis. Es decir, hay, me parece, como puntos de pasaje en este sentido en la obra de Freud. Puntos de pasaje que habría que buscar. Por ejemplo el punto de pasaje de la objetividad médica a la objetividad psicoanalítica. Insisto, sí, claro, en un elogio de la locura en la medida en que justamente se pudo hacer una clasificación, y aquí apunto también a otro problema que son las dificultades de las identificaciones imaginarias del psiquiatra con el psicótico que se ven en la psiquiatría clásica, pero esto se ve en el análisis de nuestros días. Schieller, por ejemplo, habla permanentemente del temor al contagio, prácticamente -¿no es así?, cito de memoria obviamente-, del temor al contagio ante el análisis de los psicóticos: casi se llega a trabajar como los radiólogos, con una coraza de plomo. Están las identificaciones imaginarias que el analista puede hacer con -justamente- la estructura del psicótico. Pero si justamente la psiquiatría se ubica en el discurso del amo, cómo lograr ese cuarto de vuelta para pasarlo al discurso del análisis.

Bueno, creo que más o menos intentaba responder, groseramente, a todas las preguntas, porque es una discusión que estamos haciendo. Yo concluyo, o pienso, que no hay transferencia en las psicosis, éste es otro problema que me parece que estaba planteado. Mi impresión es que si tomamos la definición, incluso la definición que citó Carmen de “Los cuatro conceptos”, es bastante dificultoso plantearse que

exista una transferencia en las psicosis. Puede haber el costado del amor, puede haber el costado del odio, pero es más difícil ubicar el problema del Sujeto supuesto Saber, por lo menos a mí me resulta bastante difícil encontrar dónde ubicarlo, ¿no?. Si realmente se puede llegar a ubicar perfectamente esta situación, porque, recordando más, por supuesto el concepto de Sujeto supuesto Saber es transfenoménico, no es descriptivo.

¿Qué más?. Bueno, creo que en líneas generales intento nuevamente marcar algunos caminos. Y el problema en psiquiatría y en psicoanálisis tiene que ver, justamente, no con la desvalorización de la psiquiatría, sino con el traspaso de los significantes y el de la igualdad de léxicos. Es ahí donde me parece que está la situación. Bueno, por el momento lo dejaría aquí para volver después sobre la discusión. Hay tiempo, me parece, para profundizarla.

- **Jorge Besso:** Bien, son dos preguntas. En cuanto a Descartes, que de alguna manera parece que se me pide que aclare un diagnóstico, en el sentido en que una pregunta generalmente supone una hipótesis. La hipótesis de esa pregunta sería, más o menos, la posibilidad de que yo pensara que Descartes era psicótico. En principio, no. Quiero decir que la pregunta, sin duda, también se debe referir al “cogito” cartesiano que, en todo caso, me parece más referido a la certidumbre que a una certeza en el sentido que yo trataba de plantear. Pero, por otra parte, en Descartes éste es un punto de partida a partir del cual Descartes, como se sabe, funda el sujeto de la ciencia moderna; funda la ciencia moderna misma. Yo en algún momento traté de hacer una mínima referencia a la palabra “certeza”, como un modo de tratar de explicar, por donde yo la planteaba, la situaba en mi trabajo, decía, como algo que, en definitiva, podía excluir una explicación, no necesitar una explicación. Es sabido todas las explicaciones que ha dado Descartes de su “yo pienso”. Por lo demás, si Descartes funda, podríamos decir, la ciencia moderna, de lo que se trata con el psicoanálisis es del sujeto que dentro del campo de la ciencia queda excluido como campo de conocimiento. Para esto está el psicoanálisis.

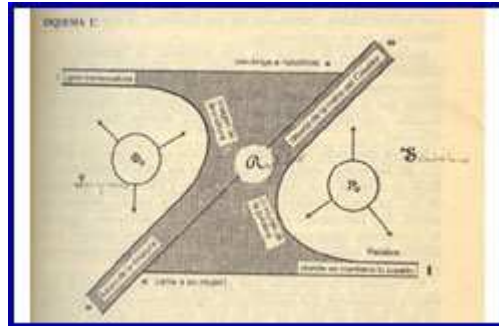
En cuanto a la pregunta sobre el ejemplo clínico, bien, tal vez no haya sido yo todo lo claro que hubiera querido, pero mi intención no..., el ejemplo de “nacida tarde”, digamos, no lo puse yo como ejemplo de psicosis.

Justamente intentaba comparar estas dos frases, digamos, la frase “nacida tarde” con el pequeño parlamento de la paciente de Tausk, y... bien, en el ejemplo mío, digamos,

justamente la idea era que ahí no parecía exactamente una certeza, en el sentido de que no parecía un sujeto sujeto a una certeza que la atravesara. Yo lo planteaba como un axioma, efectivamente, en relación al fantasma, y como algo que organizaba, como un punto que organizaba la novela familiar; y planteaba también, o intentaba plantear, cómo, en alguna medida, la certeza en todo caso aparecería aquí también como un reclamo, en el sentido de que cada posibilidad de pasaje a un acto, reclamaría algo del orden de una certeza que, no lograda, le impedía pasar al acto. Entonces, trataba de situarla precisamente en los términos de la neurosis. El otro ejemplo, bueno, es obvio, Freud lo coloca como el mecanismo de la esquizofrenia en el lenguaje, donde ahí sí se vería, claramente, como algo que exclusivamente habla al sujeto. No sé si queda aclarado.

---

**El Esquema I propuesto por Lacan en su escrito “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”.**



## DEPRESIONES

**Caso presentado en el Seminario del Campo Freudiano de Madrid  
el 22 de Abril de 1990**

### PRESENTACIÓN DEL CASO.

El seminario de Clínica Psicoanalítica del Campo Freudiano en Madrid tiene como uno de sus objetivos tratar de interrogar al psicoanálisis a partir de los casos clínicos a través de los cuales los analistas transmiten su práctica. Desde esta perspectiva el caso que hoy voy a presentar formula múltiples interrogantes hacia la clínica analítica, muchos de los cuales quedarán para el trabajo de todos los participantes en el debate que seguirá a esta presentación.

Se trata de una mujer de treinta y cinco años, que me consulta hace más o menos un año, y que tiene un largo historial psiquiátrico. El fracaso de estos tratamientos y el consejo de una amiga la llevan a mi consulta, en donde para ella queda clara la separación entre psiquiatría, es decir psicofármacos, y el psicoanálisis, lugar para hablar de sus problemas. En la primera entrevista dice que consulta por dos situaciones distintas a las que llama su “neurosis” y sus “depresiones”. Quisiera resaltar que estas dos palabras son de la paciente y marcan dos malestares que ella diferencia con claridad.

Este saber de la paciente me sirve para ordenar esta presentación en dos vectores diferentes: por un lado lo que ella llama su “neurosis”, que marca un continuo en su vida, y por otro lo que ella llama sus “depresiones”, que son discontinuidades en su historia.

## LA “NEUROSIS”, LA CONTINUIDAD.

Primero, entonces, la neurosis. Según la paciente ésta se manifiesta desde muy pequeña, pero coloca como posible fecha de su comienzo los ocho o nueve años, cuando recuerda que sus llegadas tarde al colegio están determinadas por un ritual consistente en ordenar con extrema pulcritud la posición de sus zapatos. Éstos tienen que quedar a la noche simétricamente colocados, aunque nunca alcanzan la perfección requerida, y así le consumen varias horas de trabajo. A la mañana, la operación se invierte y la exigencia de simetría se traslada a los cordones, los cuales reciben también, por tanto, una larga atención.

Esta entrada en la neurosis vía los zapatos se amplía con el correr del tiempo a sus utensilios escolares y a su pupitre que, siempre impecable, recibe el elogio de sus maestros, hasta que éstos perciben que ese exceso de pulcritud le impide el trabajo escolar por el largo tiempo que invierte en esa tarea.

Este orden se va extendiendo a todo su entorno cotidiano, donde los rituales clásicos de una neurosis obsesiva toman una forma definitiva que persiste hasta la actualidad: tiene que comprobar repetidamente que los grifos están cerrados, enciende y apaga las luces en forma reiterada para comprobar que no quedan encendidas, su aseo corporal es minucioso, con largas estancias en la sala de baño. Todos estos rituales incomodan y perturban su vida en la familia, teniendo en cuenta que se incrementan con el tiempo.

También en esa época comienza otra modalidad que denomina: “una forma rara de comerse el coco”. Tiene que tener siempre presente “en su cabeza” todos los regalos que le hicieron por su cumpleaños y por Reyes, en una serie que se agranda año tras año. El olvido de alguno la sume en un estado que ella misma califica como de inquietud intensa, y que sólo cesa cuando lo olvidado retorna a su memoria; para ello, a veces recurre a su familia, que en general trata de quitar importancia a tales cosas con gran indignación de la paciente.

Atrapada en esos pensamientos obsesivos, el mundo de los objetos deviene incómodo, y nunca sabe qué hacer con ellos. Por supuesto que el día de su cumpleaños y el día de Reyes adquieren para ella la connotación de siniestros, y la familia, ya advertida de esta situación, intenta regalar algo que no sea una sorpresa, ya que ésta la inquieta hasta grados extremos porque no sabe qué hacer con ello. Esta situación no carece de interés ya que puede verse cómo la familia contribuye a la

estabilización al avisar con bastante tiempo previo sobre los regalos para evitar una irrupción que toma, cuando se produce, las características de una catástrofe.

En su habitación el orden de los objetos, siempre simétricos, no puede ser modificado; y la incorporación de cualquier otro nuevo la sume en largas vacilaciones, cuando no en explosiones de ira. Un recuerdo posterior puede servir de ejemplo: estando en la playa con un grupo de amigos, uno de ellos le regala una pámela; como no sabe qué hacer con ese objeto, se sume en un estado de perplejidad y de odio que sólo se calman cuando, al cabo de unas horas, la pámela es devuelta a quien la regaló.

En la actualidad, esta especie de “cosificación de los objetos” la lleva a vivir en una casa casi desprovista de ellos, y a los que admite a su alrededor los controla en su posición con sumo cuidado cada vez que sale de su casa, ampliando de esta manera los rituales con los que ha aprendido a convivir acortando su tiempo. Si antes, cada vez que salía, comprobaba si la llave del gas estaba cerrada aproximadamente diez veces, con un ritual del ritual que consiste en no comprobar manualmente sino por medio de la vista la posición de la llave, su tiempo de inspección manual ha quedado reducido a tres. Un solo ejemplo, entre múltiples, con los que insiste en que el tiempo del ritual se acorta por la mirada.

Pero los objetos no la abandonan fácilmente. Hace ya unos años se produjo un incendio en su lugar de trabajo, y ella, que había salido a tomar un café, vio cómo era desalojado todo el edificio y las precauciones que los bomberos tomaban para entrar. Entonces, recuerda de pronto que allí han quedado sus libros de estudio, intenta entrar para rescatarlos, tratan de impedirle pero consigue colarse por un portal secundario, llega hasta el lugar de sus objetos y vuelve a salir con síntomas graves de asfixia: “no pude evitarlo, una extraña fuerza se apodera de mí en esos momentos”. Esta extrañeza con relación a los objetos está muy acentuada en sus dichos: “a veces me parece que las cosas tienen vida propia”, “las cosas me agobian con su presencia, ya que se apoderan de mí”, etc.

Estos rituales de simetría y acomodo persisten en la actualidad y alcanzan a su trabajo como funcionaria administrativa en un organismo estatal, provocándole así una sobrecarga, ya que “todo lo que para los demás es simple, como dar un papel y firmar un recibo, a mí me cuesta mucho más, porque esa comprobación debo hacerla una innumerable cantidad de veces”.



Estas situaciones la han llevado a estados de agotamiento y a bajas laborales prolongadas, sobre todo cuando tiene que trabajar de cara al público, a quien intenta solucionar su demanda minuciosamente, consumiendo un tiempo considerable. Reconoce que esto siempre fue así, desde pequeña estaba muy pendiente de los demás, su obsesión por las necesidades del otro es muy intensa y le producen estados de agotamiento. Esta intensa preocupación por los demás estaba incluida en su memoria de la serie de regalos, pero también era sumamente atenta con las distintas fechas familiares, y esta atención se extremaba hasta llegar a molestar a los demás con supuestas necesidades que ella les quería solucionar. En la actualidad, el simple hecho de quedar a tomar café con una amiga o compañeros de trabajo, la sume en un estado de inquietud que se agrava cuando tiene encuentros seguidos. Pero esto no termina en las personas, y a veces adquiere un ritmo frenético para realizar tareas que ella no sabe muy bien por qué no puede dejar de realizar; cosas simples como una compra que podría postergar, se le aparecen como un mandato inevitable. Esto ha determinado una situación particular en la cura que luego desarrollaré, pero es importante resaltar que estas tareas auto impuestas aunque no en forma voluntaria, la llevan a un ritmo frenético, sobre todo cuando son sucesivas. Este estado “frenético”, el significante que es de ella, no deja de tener resonancias en su uso médico-histórico, y la conduce a un estado de agotamiento que lo mismo se alterna con días enteros de sueño, sobre todo los fines de semana, que los pasa acostada y durmiendo.

Normalmente sale de ellos a la noche, que es aprovechada para bajar a los bares de su zona e iniciar rondas con amigos.

Puede leerse en esas tareas auto impuestas una absoluta sumisión a la demanda del Otro. Sin embargo, lo imperativo absoluto de esta demanda plantea el interrogante sobre el estatuto del Otro en este caso. Y es justamente sobre esto que su vida en la actualidad se desliza, ya que para evitar caer bajo ese imperativo hace una vida solitaria con movimientos rápidos y nocturnos a tomar café por los bares de su zona, donde es conocida por su vitalidad y buen humor. “De esta manera, afirma, evito sentirme responsable de nadie, ya que si voy con algunos amigos al cine, por ejemplo, tengo la responsabilidad de haber elegido que la película sea buena, que guste a todos, aunque en realidad no la haya elegido yo”. Otro ejemplo: cuando sale con alguien, si el autobús se demora, ella padece por la espera del otro.

Dentro de esta situación, que he llamado sometimiento a la demanda del Otro, se inscribe otro malestar que la atormentó en el pasado y que en la actualidad no ha desaparecido del todo. Desde pequeña tiene dificultades en la alimentación, o come mucho o no come nada, y cuando come mucho necesita vomitar. Este síntoma tuvo su época de esplendor alrededor de los dieciséis años, cuando sufrió un episodio bulímico que describe de la siguiente manera: tenía una necesidad imperiosa de comer, sobre todo cosas dulces, y para ello salía a la tarde de su casa y comenzaba un largo ritual por las pastelerías de su ciudad natal, por donde iba comiendo todo lo que le entraba, pasando de una a otra, hasta que al final vomitaba todo lo comido; el recorrido, siempre fijo por las distintas pastelerías, lo explica por la vergüenza que le daba la posibilidad de encontrarse con conocidos. Llegó a aumentar muchos kilos, aunque nunca precisó la cifra con exactitud, y estos episodios alternaban con días enteros sin comer. En la actualidad, aunque no con la fijeza de entonces, le suele pasar algo muy similar hasta llegar al vómito.

Algunos datos biográficos permiten puntuar en el continuo de lo que ella ha llamado su “neurosis” y que es su verdadera biografía: tercera hija de cuatro, sus hermanos mayores son una mujer y un varón; el más pequeño, que nace cuando ella tiene cinco años, es también un varón.

La versión que va desarrollando de su padre muestra a éste como de origen humilde, alguien que ha sacado su familia adelante a fuerza de empeño, exageradamente preocupado por el futuro de sus hijos, cuyo ideal era el ascenso social vía los estudios superiores, de sólidas convicciones morales que trasmite con firmeza a su familia. Muere cuando la paciente tiene veintitrés años y ya estaba viviendo en Madrid; algunas veces vuelve sobre esta muerte afirmando que, pese al tiempo transcurrido, no la tiene superada.

La madre aparece más desdibujada en las entrevistas, y sólo algunas preguntas directas permiten una mínima dilucidación. Su adjetivo es “tranquila”: “mi madre, por sobre todo, es tranquila”, afirmó en reiteradas ocasiones. Muy religiosa, y devota practicante, tiene una serie de ceremonias sobre distintos santos que le llevan algún tiempo antes de acostarse, ceremonias que tienen que ver con los muertos de la familia. Absolutamente dependiente de su propia madre, es decir de la abuela materna de la paciente, esta dependencia se ha intensificado desde que es viuda, pero siempre fue así.

Cuando sus padres se casaron se fueron a vivir con sus abuelos maternos, por lo cual su padre siempre fue “un poco extranjero en su propia casa”; si él hubiera querido a la llegada del trabajo poner los pies sobre la mesa, esto no se lo hubiera permitido su madre debido al respeto que imponía la abuela: una mujer de carácter muy fuerte incluso en la actualidad, a pesar de tener más de noventa años.

De este eje, lo que ella denominó su neurosis, emergen algunas cuestiones: ¿cuál es el estatuto clínico de lo que denominé “cosificación de los objetos”?, ¿algo ya dicho, el estatuto del Otro en lo imperativo de la demanda?, ¿a qué estructura clínica responden esos fenómenos que la paciente describe como “comerse el coco”?

### **LAS “DEPRESIONES”, LO DISCONTINUO.**

Los episodios a los cuales la paciente llama “depresiones” aparecen como interrupciones en el continuo de lo que ha llamado su “neurosis”, y al principio de las entrevistas eran relatados como tales. Es justamente el último que tuvo lo que la trae a mi consulta. Un año antes, la invadió un profundo sentimiento de tristeza con llanto continuo que se agravó con el paso del tiempo, deseos muy intensos de matarse, y una gran necesidad de estar todo el día en la cama. Los familiares la ingresaron porque en un episodio anterior realizó un intento de suicidio con pastillas que le produjo un coma por el que estuvo varios días en terapia intensiva.

La paciente tiene una teoría para explicar este episodio: refiere que había tenido una sobrecarga de trabajo, sobre todo porque para terminar sus estudios acudía a una academia. Esta última actividad es la que logra sostener más tiempo, ya que no quería dejar de asistir a la misma aunque no podía dejar de llorar. Es ingresada y, luego de una estancia de dos meses, regresa a su pueblo natal donde pasa aproximadamente diez meses; después vuelve a Madrid para retomar su trabajo y es entonces cuando las dificultades para enfrentarse con éste se hacen demanda para la consulta.

El relato anterior es del último episodio sufrido por la paciente y el primero que aparece en el relato de las entrevistas; sin embargo, luego de un tiempo de trabajo, puede establecerse una serie cronológica que, bajo este significante de “depresiones”, engloba otros fenómenos.

Primer episodio, que denominaré maníaco: Aproximadamente a los 14 años y poco después de su menarquía, la paciente decide abandonar los estudios y comenzar a trabajar en una boutique. Esto produce una gran conmoción familiar. El padre intenta que cambie de opinión, promete pagarle el sueldo si continúa sus estudios e incluso la

amenaza con distintos castigos que en el relato no son precisados. Algunos meses después de esta ruptura, la intensificación de sus síntomas obsesivos ya relatados obligan a una consulta con el catedrático de psiquiatría de su ciudad, el cual la medica. A los pocos días de la consulta la inquietud crece y se apodera de ella una necesidad imperiosa de caminar. Según la paciente camina durante veinte días seguidos sin poder parar; un breve sueño nocturno, que más que sueño es un estado de “aletargamiento”, rompe por dos o tres horas la caminata incesante que se realiza por toda su ciudad y sus alrededores. Sus familiares la acompañan pero sin poder sostener su ritmo. Consultas realizadas en aquel entonces dan la teoría del desencadenamiento como un efecto psicofarmacológico, ya que distintos cambios en la medicación, según la paciente, van calmándola lentamente. “No podía parar, no podía detenerme ni en la cama”, afirma en alguna de las entrevistas. Hasta donde pude enterarme, no tenía la fuga de ideas típica de la manía.

Segundo episodio, que llamaré melancólico: A los veinte años pide su traslado a Madrid, ya que había sacado las oposiciones de funcionaria. Se instala en esta ciudad y, a los veintidós años, comienza a experimentar una gran tristeza. Al principio este estado de ánimo se lo explica por la nostalgia de su ciudad natal, de modo que realiza numerosos viajes, pero la tristeza persiste y se intensifica, casi no sale de la cama, comienza a llorar de forma imparable día y noche. Este episodio, al igual que el anterior, coincide con una sobrecarga de trabajo y un primer intento de reanudar los estudios.

Medicada desde su primer episodio, tiene una gran cantidad de pastillas a su disposición que ingiere una noche con el propósito manifiesto de quitarse la vida, ya que ésta se le hacía insoportable, todo había perdido su sentido habitual, se encontraba intensamente abatida y con la sensación de no valer para nada, de ser una inútil, de ser una carga para su familia. Esto último hace referencia a su hermano mayor, que también vive en Madrid y que la acompañaba en ese momento. Como ya fue dicho, la ingresan en coma en terapia intensiva y, luego, en una clínica psiquiátrica. Al recuperarse, vuelve a su ciudad natal donde está aproximadamente un año.

Tercer episodio (maníaco): Aproximadamente a los veintiséis años, sufre un “desengaño amoroso” y comienza a sentir la misma inquietud del primer episodio; casi de inmediato se instala una deambulación más o menos enloquecida, pero, advertida por su primer episodio, llama a su hermano y le pide que la acompañe a su ciudad.

Durante el viaje en tren no podía dejar de caminar, una y otra vez recorría los distintos vagones de manera imparable. Un viaje de más de ocho horas que se hace interminable, continuando sus caminatas al llegar a su ciudad durante cinco o seis días para irse apaciguando lentamente; de ese episodio queda una frase que retorna: “no podía parar, no podía detenerme... ni en la cama”.

El cuarto episodio es el que fue descrito en primer lugar. De estos cuatro episodios quisiera resaltar la oposición entre “no poder parar... ni en la cama” y “estar todo el tiempo en la cama”. Esta oposición, que me parece central y que no quisiera que pasara desapercibida, implica al cuerpo. Indudablemente surge la pregunta: ¿de qué cuerpo se trata?. Es también de resaltar que esta implicación del cuerpo se establece girando alrededor del significante “cama”, cuyas múltiples significaciones son obvias.

Cuando en las entrevistas comenzó a emerger lo relacionado con el tercer episodio, se abrió otra vía con relación a su sexualidad, y así se reacomodaron las teorías que la paciente tenía sobre su causa.

Su condición de amor es “geriátrica”, para decirlo con sus palabras, esto es, que le gustan los hombres mayores con aspecto débil y enfermizo a quienes ella pueda cuidar, lo cual ella misma relaciona con que necesita un “amor de padre”, con toda la ambigüedad que esta frase implica. Esto le permite relacionar que en todas sus crisis existió un enamoramiento, exceptuando la primera. Es decir, que la relación al Otro vía el amor desataba los episodios descritos, entre otras cosas porque se ponía en juego su sexualidad. Ha permitido la penetración pocas veces y su goce es masturbatorio. Esto la lleva a la conclusión de que no es una mujer como las otras, que ella nunca ha tenido el deseo de casarse, ni el deseo de tener un hijo, afirmando que seguramente la diferencia está determinada por su neurosis, que le ocupa toda su vida.

De esta manera, encontramos en el inicio de las crisis que llamé melancólicas un enamoramiento y un intento de responder al Ideal paterno, todo lo cual la conduce a una sobrecarga de trabajo, ya que suma a sus labores habituales un intenso ritmo de estudios; pero no es la sobrecarga de trabajo lo que condiciona su crisis, es la puesta en marcha del Ideal lo que produce esos efectos. En este sentido, convendría preguntarse por el estatuto de ese Ideal.

En la tercera crisis (maníaca) encontramos entonces al comienzo un enamoramiento.

Queda por resolver el desencadenamiento de su primera crisis. Ésta comienza con una ruptura familiar, pero fundamentalmente con el encuentro con el “catedrático de

psiquiatría” que, funcionando como “Un-padre”, abre el comienzo de la crisis. En aquella consulta el psiquiatra intenta que ella “vuelva a la buena senda”, le da consejos para que abandone el trabajo y vuelva a los estudios, le señala con aire paternal los peligros de trabajar en una boutique, finalmente la medica.

Realizar esta construcción es tomar partido por un diagnóstico: el de psicosis, y al mismo tiempo abrir la discusión sobre la clínica psicoanalítica de las psicosis desde las preguntas que el caso plantea. No se trata de fetichizar el diagnóstico, sino de ubicar con precisión la estructura para una adecuada posición del analista en la dirección de la cura.

### **EN LA CURA.**

El principal obstáculo en la cura está determinado por lo que llamé el sometimiento a la demanda del Otro, ya que cualquier intervención, gesto, o incluso movimiento en el sillón la inquieta extremadamente, quedando expectante de mi posible demanda. Esta situación en la transferencia anula de entrada cualquier intervención interpretativa, porque rápidamente sería colocada en el rango de lo imperativo. En cierto sentido, acepté que ella conformara su dispositivo, acepté el número de entrevistas semanales y bastante elasticidad en los horarios; la atendía cuando ella podía llegar, que muchas veces no coincidía ni con el horario, ni con el día previsto.

Después de este tiempo de entrevistas la paciente asegura sentirse mejor, mucho menos agobiada por lo que llama su “neurosis”. Ha podido retomar su trabajo de funcionaria, aunque con mucha inquietud, sobre todo por la lentitud de su trabajo, y, en cierta medida, se ha convertido en una cuidadosa detectora de los errores de su oficina.

En el transcurso de las entrevistas, se produce un nuevo enamoramiento por un encuentro casual con un hombre importante de su ciudad que entra en la serie de lo que llama “enamoramientos geriátricos”. Es de resaltar que este encuentro amoroso no produce la crisis habitual, por lo que puede pensarse en cierta estabilización dada por la transferencia, y esta estabilización bien puede ser producto de haberse producido cierto ordenamiento de su historia. Al principio de las entrevistas, la serie que desarrolla bajo su significante “depresiones” tenía una marcada confusión; en el progreso que ella iba realizando, casi sin mi intervención, encuentro una respuesta para entender su mejoría sintomática, lo cual implica que existe trabajo analítico.

## CUESTIONES.

La primera cuestión que surge es la del diagnóstico. Como ya señalé mi diagnóstico es de psicosis, pero éste no surgió al principio de la cura, porque debo decir que una buena parte de las entrevistas fueron realizadas bajo el diagnóstico de neurosis obsesiva.

Con ciertas dificultades pude entender que la lógica de lo que ella llamaba su “neurosis” no correspondía a la lógica obsesiva; que ciertos rasgos que en la fenomenología del relato aparecían como en exceso sobre lo obsesivo, eran los puntos clave de una lógica psicótica. Lógica que obedecía a un  $S_1$  petrificado que no hace cadena y que impide su movimiento por su falta de intervalo. Esto, desde el punto de vista fenomenológico, puede escucharse como una modalidad de estabilización espontánea de la psicosis, al modo de una neurosis obsesiva. Dentro de esto puede ubicarse la respuesta que desde el Otro de la familia se hacía en torno a los regalos, una adecuación a la falta de sorpresa, es decir la intolerancia al enigma del Otro.

Ahora puedo sostener que lo que ella llama su “neurosis” es en rigor una suplencia, un intento de construir un sistema simbólico, cuyas fallas desencadenan la serie “depresiones”. Esto implica situar adecuadamente lo que llamé el “sometimiento a la demanda del Otro”. Desde esta perspectiva, puede inscribirse este fenómeno como la sujeción casi automática a un imperativo de otro real, lo cual implica que este automatismo no es del orden de la demanda. Y siguiendo esta misma lógica, debemos ubicar al ideal más allá de lo simbólico, cuya guía bien podría ser el Esquema I de “De una cuestión preliminar”.

Otra cuestión hace a la oposición, cuya importancia ya subrayé, de “no poder parar ni en la cama”. Estos episodios surgen cuando el encuentro con el Otro se realiza vía el amor; esto conlleva el fallo de la suplencia que ha permitido una estabilización espontánea de la psicosis, y se produce en lo que llamé sus crisis maníacas una pura y ciega obediencia a un  $S_1$  que va en lugar del Otro, lo que induce a todo el automatismo corporal descrito como “no poder parar ni en la cama”. La inversa, “todo el tiempo en la cama”, se inscribe como una pura caída del cuerpo como (a) (plus de goce). Dos modalidades diferenciales del goce Otro. Seguir esta línea permite pensar que lo simbólico del cuerpo desaparece como cuerpo en lo real. Un significante en lo real. Otra modalidad de oposición, “no parar de comer”, “no comer nada”, es del mismo registro, pero situando lo oral en una relación imperativa, cuya conexión con el

intento de suicidio por ingesta de pastillas marca su punto extremo. Queda otra cuestión, lo que puedo llamar el pasaje al acto del incendio: allí sus “libros de estudios” quedan resignificados desde varias líneas, el ideal paterno de que estudie, la consulta con el “catedrático de psiquiatría” por las implicancias del significante “catedrático”; sin embargo, esto no explica su sujeción a este objeto que en lugar de significante no puede ser ubicado como menos uno. Queda la cuestión del estatuto de este pasaje al acto.

Una última cuestión: ¿qué psicosis?. Como ya señalé, sus episodios que denominé maníacos, no son clásicos, faltaría la fuga de ideas. Sin embargo el desencadenamiento en forma maníaca podría leerse como el punto extremo de una culpa psicótica. Tampoco los episodios melancólicos tienen una estructura clásica, faltarían los auto reproches. Todas estas cuestiones quedan abiertas al debate.

---



**Portada de la Revista del  
Instituto del Campo Freudiano  
en España “Cuadernos de  
Psicoanálisis” nº 9, en la que  
se publicó este artículo en  
febrero de 1995.**



## PSICOSOMÁTICA

### I.

Al comienzo un  $S_1$ , un significante amo, traído a la luz de lo simbólico por un médico alemán, Heinroth, en 1818, a la sazón profesor de psiquiatría en Leipzig. Al parecer la introducción del significante “psicosomático” estuvo en relación al insomnio, y a Heinroth se le atribuye la siguiente cita: “Normalmente, las causas del insomnio son psíquicas y somáticas, pero cada fase vital por sí misma puede ser el motivo único”. Discutiendo con Heinroth, Jacobi pronuncia su contrapartida al introducir el término “somatopsíquico”, que indica la dirección contraria en relación a la etiología.

Los datos anteriores han sido tomados del libro “El enfermo psicosomático y el médico práctico” de Luban-Plozza<sup>(1)</sup>, quien a su vez remite a E. G. Margetts<sup>(2)</sup>. El escrito de Heinroth es difícil de encontrar.

La deriva de este  $S_1$ , de este significante “psicosomático” va determinada desde su origen por su significación obvia: la etiología de una enfermedad, de una lesión orgánica es de orden psíquico, psicogenética; en donde etiología es sinónimo de causa.

Esta deriva está constituida por lo que cada autor entienda por “psíquico”, y esta significación es colocada en el rango de la etiología, de la causa. Esto hace posible que sobre este significante converjan criterios absolutamente dispares que van desde el estrés al inconsciente. De otra manera: al ser “psico” un significante vacío, cada cual puede ocuparlo con una significación que determina el origen, la etiología, la causa de una enfermedad somática. Más allá de esquemas más o menos complicados, lo que establece la dirección es una relación causa-efecto lineal y simple, al modelo de las enfermedades infecciosas.

Lo anterior no es sin consecuencias; colocada una significación en el rango de la causa, ésta determina una terapéutica, y específicamente siguiendo el modelo de la medicina, una técnica terapéutica. Entendiendo por técnica la posibilidad de una aplicación que pueda repetirse en todos los casos a igualdad de causa.

## II.

G. Groddeck coloca en el lugar de lo “psico”, es decir, en el lugar de la pretendida causa, al “Ello”, abriendo paso a distintas concepciones analíticas sobre lo psicossomático.

El punto de partida de Franz Alexander<sup>(3)</sup> es la separación del síntoma de conversión histérico, y las respuestas vegetativas a los estímulos psicológicos. El primero sería un intento de aliviar simbólicamente una tensión emocional, mientras que lo segundo no es una expresión sustitutiva de la emoción, sino su concomitante fisiológico. El punto de reunión de los dos tipos de síntomas está determinado por su presunta etiología psicógena.

Este esquema está basado en una degradación del concepto de inconsciente freudiano reducido a un puro imaginario fisiológico, y con una reducción de la pulsión a nivel de lo emocional, para lo cual se sirve de las ideas de Cannon.

Desde esta degradación del psicoanálisis, que queda colocado en el registro de la causa, abre a una etiología imaginaria -las emociones- de las que pasan a llamarse enfermedades psicossomáticas. Es así como de forma analógica, y en base a constelaciones emocionales, afirma que el asma bronquial tiene por causa la inhibición del impulso a gritar. O la hipertensión esencial tiene por etiología la inhibición de impulsos hostiles, o las enfermedades de la piel son atribuidas a tendencias sadomasoquistas y exhibicionistas. Es de hacer notar que esta explosión imaginaria de la causa produce gran cantidad de investigaciones y solidifica, en algunos medios médicos, departamentos cuya especificidad es el tratamiento de los “enfermos psicossomáticos”.

Ángel Garma<sup>(4)</sup> desplaza las constelaciones emocionales de Alexander, y coloca en ese lugar a la personalidad. En el caso del asma bronquial pone como causa, como etiología de ésta, una personalidad que en su psiquismo tendría una dependencia extrema ante la madre. Basta este ejemplo para deducir que en su teorización ha dejado de lado el complejo de castración, y como consecuencia de esto la primacía fálica freudiana queda reducida a nada. Progreso en lo imaginario que lo lleva a

intentar construir un para todo; es decir, para todo asmático la causa es una personalidad dependiente de la madre. Es de resaltar que desde este núcleo inicial, y pasando por la angustia llega a una madre frustradora que es equiparada al aire, una nueva ecuación: madre-aire,... y así de seguir. Este deslizamiento imaginario va construyendo la base de la medicina psicosomática que determina una técnica terapéutica: el intento de modificar la personalidad enferma utilizando la transferencia para inyectar, por la vía de la interpretación, un saber imaginario.

Más complicado pero no menos imaginario es el sistema de Pierre Marti<sup>(5)</sup>, quien coloca en el lugar de la causa desorganizaciones y regresiones sobre el trasfondo de un aparato mental con diferentes estructuras defensivas, siempre listas para resguardar equilibrios homeostáticos, con lo cual forcluye al sujeto. A pesar de afirmar que la medicina psicosomática no es una especialidad médica, formula criterios de formación para aquellas personas encargadas de cuidar a estos pacientes, con lo cual se especifica la enfermedad psicosomática en un “para todo ‘enfermo psicosomático’ tal causa”, cuyas implicaciones en la dirección de la cura no pueden pasar desapercibidas, como puede leerse en la crítica que Vera Gorali<sup>(6)</sup> realiza de este autor.

Las consecuencias de esta postura no son banales, como puede leerse en el libro de Luban-Plozza<sup>(7)</sup> editado por Roche. En el lugar de la causa coloca un eclecticismo que confluye en la siguiente afirmación: “Se empezó a reconocer que las enfermedades se encuentran sustentadas por múltiples factores etiológicos. Surgió de aquí un especial interés por la función que podían tener a este respecto los factores psicológicos y socioculturales”<sup>(8)</sup>. A partir de esta afirmación los factores psicológicos se hacen sinónimos de factores afectivos. Es decir, que tanto para las emociones como para los afectos, habría una cantidad energética en demasía que escaparía al control de los centros superiores de integración, sin tomar en cuenta que el complejo de castración es el pivote que marca la sexualidad de manera estructural.

Es bien cierto que este autor toma partido por escuchar al paciente, pero al mismo tiempo introduce una serie de normas para las entrevistas, basadas en sus criterios socioculturales; reintroduce el “para todo”, máxime si se tiene en cuenta que incluye dentro de las enfermedades psicosomáticas a un amplio abanico que va desde las “depresiones”, a las llamadas “neurosis de órgano”. De esta manera intenta construir el perfil de un médico psicosomatista al que dedica el último capítulo de su libro: un

estudio psicofarmacológico. La deriva del  $S_1$  “psicosomático” va labrando su propio curso sobre el discurso amo.

### III.

El punto de partida de J. Lacan es la puesta en cuestión de las tesis de Alexander en relación a los factores etiológicos de la hipertensión arterial<sup>(9)</sup>. Descentra la relación etiológica: tipo de personalidad -determinada por el conflicto dependencia pasiva e impulsos agresivos compensatorios- enfermedad hipertensiva, y coloca lo agresivo como un rasgo común en diferentes personalidades. Por otro lado, recuerda en ese trabajo que la agresión es correlativa a la identificación narcisística. Este rasgo queda, entonces, inscripto en la alienación fundante del yo.

Sin duda la ruptura que quiebra la deriva de la enfermedad psicosomática es la puntualización realizada por Lacan sobre la falsa opción psicogénesis-organogénesis. Es posible encontrar lo anterior en “Acerca de la causalidad psíquica”, pero basta la referencia del Seminario 3<sup>(10)</sup>: discutiendo la comprensión jasperiana afirma que esta noción se identifica con la psicogénesis, en tanto y en cuanto, determina la relación con el objeto psiquiátrico. Es decir, que la psicogénesis es imaginaria, a lo que agrega que a fuerza de olvidarse de lo simbólico se vuelven a restaurar mitos como los de la unidad de la personalidad, o de la síntesis del yo, o el mito de las funciones superiores e inferiores, mitos que han acompañado a la deriva del  $S_1$ . Lacan es taxativo: “el gran secreto del psicoanálisis es que no hay psicogénesis”.

La ruptura de la significación de causalidad del  $S_1$  “psicosomático”, va acompañada de un nuevo descentramiento. En el Seminario 2<sup>(11)</sup> discute las coordenadas de la relación de objeto y coloca a los “trastornos psicosomáticos” a nivel de lo real.

En relación al primer problema, afirma que la “relación de objeto” es un comodín que permite eludir diversas cuestiones, y sitúa una primera relación narcisista del yo con el otro para que sea posible la objetivización. De esta manera diferencia entre un narcisismo implicado en la neurosis, y el narcisismo implicado en el trastorno psicosomático que tiene relación con el autoerotismo, noción a la que califica de casi impenetrable.

En relación al segundo problema, quitado el peso de la “relación de objeto”, afirma que la verdadera relación del trastorno psicosomático es con lo real, definiendo a este registro por carecer de fisuras. Un paso más, debido a una intervención de Valabrega, y el fenómeno psicosomático queda situado en la juntura de lo imaginario y de lo real.

De esta manera podemos resituar las coordenadas de este doble descentramiento: el trastorno psicossomático es transestructural, y al mismo tiempo queda emparentado con el fenómeno psicótico por estar situado a nivel de lo real. Es decir, que separa con precisión el síntoma neurótico en su dimensión analítica, del fenómeno psicossomático.

Seminario 3<sup>(12)</sup>. En la discusión con Ida Macalpine sitúa al fenómeno psicossomático (ya no es trastorno, sino fenómeno) como un síntoma sin historia, sin dialéctica, sin intermediario simbólico, y en correspondencia con los síntomas hipocondríacos de Schreber, síntomas calificados por Lacan de psicóticos.

Seminario 11<sup>(13)</sup>. Los fenómenos psicossomáticos entran en serie con la psicosis y la debilidad mental, serie tributaria de un  $S_1$  holofraseado cuyo diferencial está determinado por el lugar que ocupa el sujeto. Lo que llama la atención es la forma en que la serie es introducida: la experiencia pavloviana, que está definida como un corte significativo -dado por el deseo del experimentador- en la organización de la necesidad.

Es posible aclarar, en parte, lo anterior, si recurrimos a otro pasaje de “Los cuatro conceptos”<sup>(14)</sup>, donde Lacan toma el problema del fenómeno psicossomático en el momento que teoriza la afánisis del sujeto determinada por la “Vorstellungsrepräsentanz”. Allí puede leerse: “que el fenómeno psicossomático es concebible en la medida en que la inducción significativa a nivel del sujeto ocurrió de una manera que no pone en juego la afánisis del sujeto”, y más abajo agrega: “que sólo en la medida en que una necesidad llegue a estar involucrada en la función del deseo, podrá concebirse lo psicossomático como algo distinto a la monserga que consiste en decir que todo lo que sucede en lo somático tiene una réplica psíquica”. Y a continuación de esta cita vuelve sobre los reflejos condicionados, con lo cual introduce a la necesidad como posible de ser descompletada por el significativo introducido por el Otro, lo cual viene a recalcar en el número cuya función está determinada por la frecuencia de la señal (10 silbatos por minuto, por ejemplo).

Resumiendo: el fenómeno psicossomático es diferente del síntoma, y es necesario buscar su incidencia en la juntura de lo imaginario y lo real. El fenómeno psicossomático es inducido por el significativo sin afánisis del sujeto, es decir, aparece el  $S_1$  holofraseado; y por último, algo enigmático: que una necesidad involucrada en el deseo determina el fenómeno psicossomático, lo cual abre a la dimensión del cuerpo en

su estatuto de imaginario, pero también al cuerpo como Otro -simbólico- y también al cuerpo como real (¿la persistencia de la necesidad?) en su dimensión de organismo.

Aproximadamente dos años después, en su conferencia sobre “Psicoanálisis y medicina”<sup>(15)</sup>, Lacan propone cambiar la designación de psicósomático por “epistemósomático”, con lo cual descentra totalmente el  $S_1$  del comienzo. Es bien cierto que esta última designación no ha prosperado, pero no es menos cierto que lo interesante de esta propuesta lacaniana se inserta en el campo de lo que la medicina científico-técnica forcluye: el cuerpo en su dimensión de goce, lo que es paradójico con otras formulaciones de Lacan sobre el cuerpo, como aquella que lo señala como un desierto de goce. Paradojas que quedan abiertas a la investigación.

En otra conferencia, la de Ginebra<sup>(16)</sup>, sobre el síntoma, Lacan, en respuesta a preguntas del público, introduce varios elementos para entender mejor la característica del fenómeno psicósomático. En primer lugar lo coloca en el orden de lo escrito, y específicamente en lo escrito para no ser leído, es decir que excluye cualquier llamada al Otro<sup>(17)</sup>.

En segundo lugar, caracteriza al fenómeno psicósomático de enigmático; es decir, como un escrito enigmático, y siguiendo la secuencia del diálogo designa al escrito como lo que los místicos llaman la firma de la cosa. Es decir, no la cosa muerta por el significante, sino la signatura, lo cual puede ser unido a lo afirmado en el Seminario 11 sobre la necesidad involucrada en el deseo. De otra manera: la persistencia de la cosa firmada, bien puede ser lo mismo que la necesidad no desnaturalizada por el desfiladero significativo de la demanda en su diferencia con el deseo. También aquí aparece la dimensión de no llamado al Otro, o de cortocircuito del Otro del lenguaje que reenviaría a la ubicación del fenómeno epistemósomático a la juntura de lo imaginario y lo real.

En tercer lugar, retoma en el diálogo la palabra jeroglífico introducida por una pregunta, que más adelante caracteriza como una configuración del rasgo, y específicamente del rasgo unario alrededor del cual, Lacan lo aclara, gira toda la cuestión de lo escrito; un paso más y leemos que es el cuerpo en el significante el que hace rasgo. Es decir, que el fenómeno epistemósomático está marcado por la particular configuración del  $S_1$ , a la manera de un jeroglífico. Bien puede ser que esto remita al  $S_1$  holofraseado y a su particularidad en el fenómeno psicósomático.

En cuarto lugar, y en forma de pregunta, introduce el problema del goce: ¿cuál es la suerte de goce que se encuentra en el enfermo psicossomático?; y evocando la fijación freudiana afirma: “es porque el cuerpo se deja llevar a escribir algo del orden del número”. Lo menos que se puede deducir de esta cita, es que la escritura del número no introduce una pérdida a la manera del significante, siempre y cuando tomemos al número como pura frecuencia, como una señal, a la que -Lacan lo señala- no se le puede dar el estatuto de un significante. Esto puede ser corroborado por el uso de lo “congelado” como modo de fijación, lo que invita a leer el fenómeno epistemosomático en el orden de la inercia y no en el registro de la repetición, lo cual daría un tipo particular de goce.

En quinto lugar, una indicación precisa para la dirección de la cura: es por la revelación del goce específico que el psicoanálisis puede producir algún efecto, revelación que permitiría encontrar un sentido a aquello de lo que se trata. Es indudable que este sentido no puede ser dado por una interpretación, y que sólo el desarrollo de la cura y sus articulaciones harán posible este encuentro. Pero, y esto no carece de importancia, es posible suponer -ya que la conferencia fue en Ginebra en octubre de 1975- que al sentido al que se refiere Lacan es al sin sentido de la cadena significante.

De acuerdo a lo anterior, ¿sería posible esa operación?; o de otra manera, ¿sería posible sustituir la escritura del número por la marca del significante?. Una respuesta es segura: no es posible una respuesta generalizada, y sólo en el uno por uno iremos delimitando el campo a investigar. Ya que si la enfermedad psicossomática no existe, el “fenómeno epistemosomático” no puede ser precisado en el “a priori” de una cura, y sólo en el “a posteriori” podrá delimitarse su construcción. Pero para ello es necesario romper con la idea de una causalidad imaginaria implicada en el significante “psicossomático”.

#### CITAS:

1. B. Luban-Plozza y W. Pöldinger, “El enfermo psicossomático y el médico práctico”. Editado por Productos Roche.
2. Margetts, E. G., “The Early History of de Word 'Psychosomatic'”. *Cañad. Med. Ass. J.* 13, 402 (1950).
3. F. Alexander, H. Ross y otros, “Psiquiatría dinámica”. Ed. Paidós (1979).

4. Garma, A., "El psicoanálisis - Teoría, Clínica y Técnica". Ed. Paidós (1971).
  5. Marty, P., "La Psychosomatique de l'adulte". Presses Universitaires de France (1990).
  6. Gorali, V., "Psicoanálisis: una nueva organización del campo conceptual", en "Estudios de Psicosomática", Vol. 1. Compilación de Vera Gorali. Ed. Atuel-Cap (1993).
  7. Ídem 1.
  8. Ídem 1.
  9. Lacan, J., Levy, R. y H. Danon: "Consideraciones psicomaticas sobre la hipertensión arterial", "Estudios de Psicosomática", Vol 1. Compilación de Vera Gorali. Ed. Atuel-Cap (1993).
  10. Lacan, J., "Seminario 3". Ed. Paidós.
  11. Lacan, J., "Seminario 2". Ed. Paidós.
  12. Ídem 9.
  13. Lacan, J., "Seminario 11". Ed. Paidós.
  14. Ídem 13.
  15. Lacan, J., "Psicoanálisis y medicina", en "Intervenciones y textos". Ed. Manantial.
  16. Lacan, J., "Conferencia en Ginebra sobre el síntoma", en "Intervenciones y textos 2". Ed. Manantial.
  17. Miller, J-A., "Algunas reflexiones sobre el fenómeno psicomatico", en "Matemas II". Ed. Manantial.
-



Portada del primer número  
de la Revista Tyché, donde  
se publicó este artículo en  
mayo de 1982.



## ¿SUPERVISIÓN O CONTROL? PUNTUACIÓN DE UN ACTO ANALÍTICO.

Si el título de un trabajo puede ser ubicado como una función anagramática, el encabezamiento de éste permite su comienzo a partir de dos puntos.

El primero coloca a la supervisión, control o análisis de control en el registro de un acto analítico. El segundo muestra su ubicación dentro de la formación de analistas.

Estas aparentes simplezas están de distintas maneras en la llamada literatura psicoanalítica y su obviedad hace obstáculo para una indagación más detenida. El simple hecho de que el nombre de dicho acto sea todavía problemático abre a lo paradójico de su estatuto dentro de lo que son las formaciones del inconsciente.

Supervisar: ejercer la vigilancia o inspección de una cosa, donde un pequeño matiz la lleva hacia sobreexaminar. Se trataría de inspeccionar o vigilar virtudes y defectos del curso de un tratamiento psicoanalítico. Aquí, sin forzar demasiado el sentido, aparecería la búsqueda del error que un diligente inspector “indagaría” en la línea de montaje. Desplazamientos que permiten la abertura hacia acepciones visuales, incluyendo una supervisión que llegaría hasta la krytonita, como lo comentan los autores de la ponencia 3 de las Jornadas realizadas por la entonces llamada Escuela Freudiana de Buenos Aires en 1976.<sup>(1)</sup>

Control: palabra que llega al castellano desde el francés dando la significación de: comprobación, inspección, observación, vigilancia. Alguien tiene a su cargo el control de entradas y salidas de las mercancías de un almacén. Hay controles electrónicos y una sola empresa puede controlar la producción de un fármaco. Es decir que control incluye la limitación de la libertad o espontaneidad de un movimiento. El que se descontrola puede pasar por loco, y puede el gobierno controlar los movimientos de

opinión. Frases que llevan a palabras: dirigir, dominar, intervenir, regular. La dirección que el nombre indica es el alejamiento del campo del psicoanálisis lo que permite una inversión: si los términos hablan, habla un síntoma de lo que no puede transmitirse en donde existe un privilegio de la jerarquía sobre los grados, donde lo privilegiado es la transmisión de un modelo técnico que cierra la doctrina freudiana.

Un tercer término o nombre parece despejar la cuestión: análisis de control (o del control). El agregado no quita peso al control que al redefinir al análisis lo hace bascular en la misma línea de montaje.

Sin duda, la polémica que se esboza puede ser tildada de antigua, si no fuera por el peso mismo de la tradición que transmitida en nombres impone su poder mágico, su control sobre actos formativos -allí donde la tradición de la A.P.I. no ha sido traicionada. Repetición obstinada que rellena en ideología la apertura de la falta, acumulación de mecanismos fantasmáticos que hacen a la presuposición de un saber: conraidentificación proyectiva, contratransferencia, anulación mágica, actuación del rol.

En esta línea queda situado el libro de Grimberg titulado “La supervisión psicoanalítica”, camino de palabras que sostienen lo imaginario de una institución.

En otro polo puede situarse cierta modalidad de lectura que sólo se basa en una petición de principios, dando resultados oscuros y no permitiendo el despliegue necesario que facilite una vuelta a Freud desde Lacan. Eso lleva a retomar el problema de la contratransferencia con la seguridad de que esta noción retorna en el quehacer analítico desde muy distintas perspectivas.

Otro texto servirá como caso: Ramón Bassols Pares, Pere Folch Mateu y Víctor Hernández Espinosa recomiendan a los alumnos del Departamento de Psicología Fisiológica, Asignatura “Técnicas de Psicoterapia”, el libro de J. Sandler, Ch. Dare y A. Holder titulado “El paciente y el análisis”. Allí los autores ingleses se ocupan de lo que llaman los conceptos psicoanalíticos básicos, pretendiendo un enfoque científico “que disipe algo de la mística que rodea al psicoanálisis”<sup>(2)</sup>, el método que intentan es definir con mayor claridad los conceptos para su aplicación clínica.

El capítulo VI se encarga de la contratransferencia y resulta grata su lectura, ya que está aclarado con precisión lo que esta noción debe a Freud y lo que debe a autores posfreudianos:

“Podemos ver que el concepto de contratransferencia ha sido extendido con el transcurso de los años hasta incluir diferentes significados, con la disminución inevitable de la precisión con que fue usado originalmente. Al presente puede discernirse el uso de los siguientes elementos y significados:

1. Las resistencias en el análisis debido a la activación de sus conflictos internos. Éstos perturban su comprensión y la conducción del análisis al producir ‘puntos ciegos’ (Freud, 1910, 1912).
2. La ‘transferencia’ del analista hacia el paciente. Aquí el paciente llega a ser el sustituto presente de una figura importante de la infancia del analista (por ejemplo A. Reich, 1951, 1960).
3. El trastorno de comunicación entre analista y paciente debido a ansiedades del analista en la relación paciente-terapeuta (Cohen, 1952).
4. Las características de la personalidad del analista reflejadas en su trabajo y que pueden o no llevar a dificultades en la terapia (por ejemplo M. y A. Balint, 1939). La totalidad de las actitudes inconscientes del analista hacia sus paciente (entre otros Balint, 1949; Kemper, 1966).
5. Las limitaciones específicas del psicoanalista puestas en evidencia por ‘ciertos pacientes’ y la reacción del analista hacia la transferencia del paciente (Gitelson, 1952).
6. La respuesta emocional ‘normal’ o ‘apropiada’ del analista hacia su paciente. Ésta puede ser una herramienta terapéutica importante (Heimann, 1950, 1960; Little, 1951) y una base para empatía y comprensión (Heimann, 1950, 1960; Money Kyrle, 1956).”

Puede leerse en la cita una nostalgia por una significación unívoca que sería el rasgo de cientificidad, nostalgia de que el significante no sea un signo. Por otro lado un deslizamiento gradual del señalamiento de una dificultad en la cura (del lado del analista) a su uso en cuanto herramienta terapéutica, lo cual presupone cierto vínculo con lo que se llama el psicoanálisis activo.

Sería interesante hacer un análisis detallado de la teoría sobre la transferencia que está detrás de cada apartado, pero no escapa a los autores citados que el “concepto” de contratransferencia no puede ser diferenciado de lo que se escucha en la transferencia y por ello se ven necesitados de precisar la cuestión: “De aquí se desprendería que el punto de vista más útil sobre la contratransferencia sería el

considerarla como la respuesta emocional específica que surge en el análisis debido a cualidades específicas del paciente"<sup>(3)</sup>. Nueva inversión, el "escotoma" del analista queda transformado en una respuesta emocional ante cualidades específicas del paciente.

La resistencia yoica, sus bolsas imaginarias hacen resistencia en la teoría diluyendo una práctica que ensordece la oreja. Emoción, afectos, respuestas. El analista sentimental, con sensibilidad. Una frase marcó toda una época de las supervisiones en la Argentina: "yo siento que...".

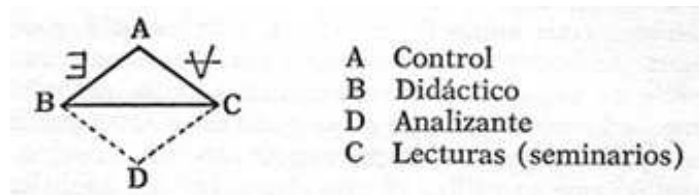
En el apartado uno del texto citado aparece un artículo de Freud, que es el mismo que citan Laplanche y Pontalis para significar el término: "El porvenir de la terapia psicoanalítica", conferencia pronunciada por el creador del psicoanálisis en el Congreso Psicoanalítico Privado de Nuremberg en 1910. Allí se habla de transferencia recíproca, lo que desplaza la dirección para ubicarse en lo insoportable del saber inconsciente que pone en marcha, alimenta, la demanda de saber en el Otro. Lo cual permite la emergencia del Sujeto supuesto Saber, que de paso elimina la concepción de la transferencia como una proyección afectiva o como la repetición de un cliché infantil -metáfora freudiana- que en su repetición banaliza al psicoanálisis.

Interminables obstáculos de la transmisión, donde la difusión del concepto lacaniano de S.s.S. tropieza con cierta superficialidad cuyo síntoma es el uso y abuso que de él se hace. Dicho de otra manera: suponerle un sujeto al saber rompe el criterio de eficacia terapéutica que presupone el goce de un conocimiento, trampa narcisista por donde el controlador, supervisor, o analista de control, restaña la vacilación esencial de una escucha que aparece en forma de demanda, ¿qué hacer con lo escuchado?.

No puede ser de otra manera, y vale la pena recordar que en "El chiste y su relación con lo inconsciente" está escrito: el levantamiento de la represión (en su psicogénesis) es sólo pasajera y tiende a transformar un displacer en placer. La alusión a un tercero permite la diferencia con lo cómico. La seriedad de algunas supervisiones sostiene a un yo ideal haciendo de la sugestión un soporte terapéutico, lo que facilita la formación de una masa artificial. Como contrapartida puede escribirse: el control es sólo un chiste, se abre la dimensión del deseo.

En "Una neurosis demoníaca en el siglo XVII", Freud afirma que "Los demonios son los malos deseos reprimidos", apuesta necesaria para que el deseo en su hacer metonímico restablezca lo imposible que posibilite la formulación de un interrogante.

Interrogación del deseo cerrado en la formación tradicional por el trípode: análisis didáctico, control o supervisión, seminarios (clases y lecturas). Lacan incorpora un cuarto término (el analizante) que permite la transformación del triángulo en rombo.



Esta permutación habla de un sujeto de cuatro términos, lo que excluye cualquier llamado (al) analista, para mostrar en su ser sólo la apariencia. Lo que no deja de ser relevante ya que de esta manera el juego queda abierto al deseo y a su transmisión como negativo de la comunicación. Los jeroglíficos egipcios han transmitido algo de su historia, las inscripciones funerarias y votivas de los etruscos han transmitido significantes que hacen al misterio de la “lalengua”. En esa la “lalengua”, en esos procesos primarios algo no cesa de no descifrarse y ese algo, esos ruidos, esas interferencias son puntos de engarce para que el deseo trence sus efectos.

Lo anterior abre al control o supervisión en la dimensión significativa que hace resguardo de falta preservando, de esta manera, la causa de palabra que se perfila sobre el fondo de la transferencia. No es la transmisión de una teoría (allí están los seminarios), ni es un análisis. La paradoja hace que en sus diferencias y similitudes quede abierto un campo específico que es necesario descifrar en el deseo del Otro.

Retorna la afirmación del comienzo: el control, supervisión o análisis del control es un acto analítico. Y ahora puede agregarse que su territorio está marcado por un límite, límite no preciso y que deja una zona de nadie, donde la superposición aparece como inevitable. Limita con el análisis, por un lado; por otro con la transmisión de la teoría o doctrina: esta doble diferencia hace a su particularidad, a su parcela. Lo que es confirmado por una lectura de los trabajos incluidos en las “Actas de la Escuela Freudiana de París”<sup>(4)</sup> sobre el tema: están escritos con los mismos términos que hacen al tratamiento psicoanalítico. Tratamiento del significante que lleva a una pregunta sin respuesta: ¿cómo evitar la interferencia entre el análisis y el análisis de control?. Intentos de borrar la interferencia que en la lectura de los textos reaparece.

La interferencia en física es un cruce de ondas que puede anularse o sumarse. ¿Qué impide la suma?. Bien puede ser la vieja problemática del amor, en este caso del amor de transferencia. Disyunción entre el analista que analiza a otro analista y el analista

que supervisa o controla a otro analista. Es en la imagen especular que anula el vértice de un triángulo donde debe comenzar la pregunta. La interferencia que anula la posibilidad de la cura, interferencia que a manera de ondas que se suceden con la cadencia significativa es imposible de evitar. De otra manera: la interferencia es lo imposible que puede hacerse suma en el juego del deseo (del Otro). Otra posibilidad es que el poder de la transferencia sea utilizado en los oropeles narcisistas: ¿acaso no se utiliza el posesivo en el habla coloquial analítica, “mi analizante, mi controlado”?

El límite del término o de los términos: supervisión, control, o análisis de control es imposible de fijar puesto que hace a diferencias y similitudes. Queda diferenciado del análisis por no ser estrictamente una situación de asociación libre (aquí habría que hacer la discusión de lo libre de la asociación), o de otra manera, es la asociación: la del analizante. Efecto de lo anterior es una rotación de lugar (el deseo rota); el analista pasa a supervisado o controlado desplazándose hacia otro despacho que no lo acoge en el diván.

La transferencia es la condición necesaria, pero no suficiente, que posibilita la transmisión doctrinaria. Escrita Sujeto supuesto Saber marca lo transfenoménico que articula un sujeto de cuatro términos produciendo efectos en el análisis, en el análisis de control y en los seminarios. Efectos que trenzan obstáculos y facilitaciones que hacen, incluso, a su liquidación. Con lo que el camino abre hacia el fin del análisis y el pase.

La transferencia en la lectura, clases o seminarios produce efectos que van de la fascinación y mimetización a desviaciones en la aprehensión de conceptos que pueden suturar la vacilación de la escucha confundiendo conocimiento con transmisión.

Para continuar es necesario dejar de lado aquellas situaciones que distorsionan el acto mismo de la supervisión o control en razón de estructuras institucionales: ya sea en los Institutos Oficiales de Psicoanálisis, en donde la obligatoriedad del mismo dada por una escalada jerárquica lo lleva en el mejor de los casos a una banalización; o fuera de ellas, pero reproduciendo su modelo, búsqueda de “prestigio profesional”, mejoría de una posición con respecto a la derivación.

Constituye el acto psicoanalítico de supervisión, control o análisis de control una vacilación en la escucha que pone en juego al ser de analista. Búsqueda, demanda de un saber sobre el análisis, sobre la interpretación a la cual se ha autorizado o, en

forma más simple, búsqueda de un saber sobre el quehacer psicoanalítico: que de su posición en el sillón debe hacerse oreja. Vacilación de un lugar que hace obstáculo al deseo del Otro. Lo temido, en la dirección de la fobia, es el saber sobre el deseo del analista. Algo que habla en su escucha lo relanza en la búsqueda de un sostén para su autorizarse, lo que a veces conlleva en términos latos: a una búsqueda de reconocimiento como analista en otro analista, y ahí la seducción recíproca puede hacer estragos en los enredos del amor.

¿Cómo debo traer el material?, ¿qué debo contar?, ¿qué hacer con el vacío de la palabra?, ¿cómo escuchar?, preguntas que se repiten con insistencia en el eterno interrogante de la necesidad de un control, como si se dijese de un controlador aéreo - y ya es sabido los efectos que una huelga de éstos tiene sobre los aeropuertos. Se reclama que el deseo atravesando la transferencia recíproca no produzca un descontrol, un no saber a dónde se va, una petición sobre la dirección de la cura. Temor a perderse en los laberintos del significante, como si el lugar del analista no fuese justamente ese: perderse, borrarse.

Lo anterior aparece con todas las letras en un artículo de Alain Didier Weil, de las "Actas" citadas<sup>(5)</sup>, titulado "Del control y del autorizarse". Es la presentación de un fragmento de análisis y más concretamente de un sueño, inscripto en una modalidad transferencial cuya fórmula es: "¿qué es lo que me prueba a mí que Usted, mi analista, no es un impostor?". Relatado el sueño y alguna de sus consecuencias el autor afirma: "Por mi parte, debo decir que sólo entendí verdaderamente el significante controlador en el mismo instante en que yo hablaba de este sueño al controlador, a quien hacía varios años que hablaba de este caso. Ustedes presienten ahí la dimensión de la transferencia y yo oigo, ahí, la transferencia del analista"... "Pero ¿qué es lo que resulta traumático en esa mirada para Jean Claude?. De hecho, no tanto que el controlador supiese que Jean Claude no había comprado el billete, que Jean Claude mintiese. Porque si en el sueño hubiese dicho a Jean Claude sé que mientes, me imagino que Jean Claude hubiese negado o reconocido la verdad, pero habría hablado. No hubiese perdido la palabra. Dicho de otra manera, pienso que la situación que crea el controlador, por el hecho que no dice qué sabe, es una situación en la cual Jean Claude no ve tanto un sujeto que sabe sino más bien algo que puede llamarse un Sujeto supuesto Saber y que en ello reside el efecto traumático".

En la cita puede leerse cómo la vacilación queda transformada en certidumbre por intermedio de un verbo: "sólo entendí verdaderamente el significante...". Certidumbre

por el entendimiento (por lo menos ésta es la palabra que utilizan los traductores al castellano), verbo que en español puede deslizarse hacia comprensiones intelectuales. Su etimología habla en esta dirección (“intendere”), tender hacia algo particularmente con la mente, comprender, percatarse. Lo cual abre un nuevo interrogante puesto que la certidumbre significativa se hace sobre un inefable, sobre un indecible.

El interrogante queda desplegado en otro texto, esta vez de M. Safouan, incluido en las mismas Actas<sup>(6)</sup>. Allí una interpretación en la transferencia es descentrada por una intervención del analista control; quien hace observar que en el despacho no están sólo dos personajes, ya que el controlador se incluye abriendo al tres. “Fue a partir de ese momento que comencé a penetrar la estructura del objeto libidinal en cuanto reflejo”. El verbo en este caso hace a penetrar, pasar una cosa desde el exterior al interior de un recinto, penetrar en sentido de una frase enigmática. Ir más allá de la apariencia para reencontrarla.

Otro fragmento del mismo texto prosigue el interrogante, una situación de angustia llevada al análisis del control: “Entonces en mi perplejidad ¿qué podía hacer?. Evidentemente se lo comuniqué a Lacan, porque el control estaba allí para algo. Entonces Lacan me dijo que en efecto, la angustia, en ese ejemplo, estaba en relación con el deseo del Otro en cuanto sabido y no en cuanto no sabido. Y creo que fue a partir de ese momento que comencé personalmente a penetrar seriamente en la estructura del deseo y en las aporías de sus relaciones con lo articulado y lo inarticulable”<sup>(7)</sup>. La repetición del verbo habla de las dificultades lógicas del interrogante que hace a las antinomias de lo inconsciente y a las paradojas de su transmisión. La cita continúa: “Eso gracias a un material -ya que es así como se dice- cuyas implicaciones transferenciales eran enormes, porque se trataba evidentemente de un material que sabía cómo tocarme en algo esencial, digamos en un límite más allá del cual el silencio del ser analista o del ser a secas ya no es admisible”.

Doble reciprocidad -ahí donde ello es imposible-, transferencia recíproca entre analista y analizante, transferencia recíproca entre controlado y controlador. Tres cuerpos en cuatro discursos hacen la posibilidad de que el deseo sea relanzado en la escucha de lo que no se articula, imposible que retorna anudado en la transferencia.

Vacilación en el analista que, causa de deseo del analizante, quiere una respuesta plena de sentido, lo que introduce el deseo del controlador que debe permitir el lugar



de la pequeña (a) -causa de palabra del analista en control- que haga el juego a la circulación significativa. Lo que en el análisis no fue analizado, aquellos puntos ciegos, escotomas, de los cuales hablaba Freud, son en un análisis del control lo que hace diferencia entre la ideología de la neurosis y la doctrina psicoanalítica.

En 1919 la revista húngara “Gyógyászat” de Budapest publica un artículo de Freud titulado “¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la Universidad?”<sup>(8)</sup>. El original alemán nunca fue encontrado, pero puede leerse en su traducción: “1) Es indudable que la incorporación del psicoanálisis a la enseñanza universitaria significaría una satisfacción moral para todo psicoanalista, pero no es menos evidente que éste puede, por su parte, prescindir de la Universidad sin menoscabo alguno para su formación. En efecto, la orientación teórica que le es imprescindible la obtiene mediante el estudio de la bibliografía respectiva y, más concretamente, en las sesiones científicas de las asociaciones psicoanalíticas, así como por el contacto personal con los miembros más antiguos y experimentados de las mismas. En cuanto a su experiencia práctica, aparte de adquirirla a través de su propio análisis, podrá lograrla mediante tratamientos efectuados bajo control y la guía de los psicoanalistas más reconocidos”.

La cita anterior parecería contradecir lo que fue escrito anteriormente ya que el verbo guiar puede abrir a la psicopedagogía, a la enseñanza académica. Basta desplazar el acento para que algo pueda ser leído; las huellas guían, el canal guía el agua hacia el molino. Cauces, huellas, mojones desdibujados en la serranía que un baqueano sabe aprehender donde han sido borradas, donde han estado. Se desprende una cierta idea de maestría que puede ser confirmada en una lectura de “Las reuniones de los miércoles - Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena”<sup>(9)</sup>, testimonio original de las sesiones científicas de psicoanálisis.

Crónica donde está presente la palabra en sus idas y vueltas, controversias, consejos, malos entendidos en el arduo trabajo que impone a cada cual ser hablados por el inconsciente. Progresos en un tejido de equívocos, de nudos significantes que son síntomas y que hacen al goce de los procesos primarios. Maestría difícil que haciendo resguardo de falta posibilita que, en Lacan, S ocupe el lugar del Otro, rotando  $S_2$  hacia el lugar de la verdad.

Lacan afirma en “Función y campo de la palabra”: “El único objeto que está al alcance del analista, es la relación imaginaria que le liga al sujeto en cuanto yo, y, a falta de poder eliminarlo, puede utilizarlo para regular el caudal de sus orejas...”<sup>(10)</sup>. Vacilación

del yo, tropiezo, caída. Búsqueda de anclajes, de “amarres a tierra”, que permitan la ubicación de lo oído.

Regulador de caudal que en su inversión da la forma de una nasa, por lo que el yo es esclavo de la resistencia a la escucha significativa. Situación que queda consolidada en la Institución bajo la mirada omnipresente de las jerarquías. En la otra banda, la vacilación, el tropiezo del yo, planteando su eclipse da en la angustia señal de lo real de un cuerpo. Al no poder perderse en el cuerpo institucional presentifica una mirada, ante la cual Nataniel se arroja al vacío dando fin al cuento de Hoffmann.

Lo anterior hace metáfora de una cierta legalidad por donde el análisis de control puede quedar preso en la respuesta a una demanda social: responsabilidad; como suele hablarse de responsabilidad civil, de ser responsable por la suerte de alguien, de responsabilidad médica. En esta demanda el fantasma que asusta, el espantapájaros es la posibilidad del suicidio.

Es en estos vericuetos por donde aparece la pregunta por el ¿qué hacer?, lo que marca un desfallecimiento del deseo, por donde el ser queda perpetuado en la posición de un ser deseable para Otro. Candidez de alma que nada quiere saber sobre los demonios, esos “malos” deseos reprimidos, obturación de la nasa por un presunto saber que antecede a su apertura.

Lo singular de un texto vale por su intuición: “Es (el paciente), a consecuencia de sus síntomas, el demandante y el testigo de cargo; simultáneamente es él quien disimula y embrolla furiosamente los hechos. En alguna parte, en lo más profundo de sí mismo sabe lo que ha ocurrido y, no obstante, no lo sabe; lo que dice de las causalidades no es la causa; lo que sabe no quiere saberlo, y lo que no sabe, lo sabe, sin embargo, de algún modo”<sup>(11)</sup>. Lo cual impone una nueva inversión ya que en el análisis “lalengua” hace resistencia a  $S_2$ , condición de estructura de  $S$ . Desde esta perspectiva puede leerse: “que el controlado desempeña allí el papel de filtro, o incluso de refractor del discurso del sujeto, y que así se presenta ya hecha al controlador una estereografía que destaca ya los tres o cuatro registros en que puede leerse la partitura constituida por ese discurso”<sup>(12)</sup>.

Intento de preservar el malestar ya que la institución provee los parámetros por donde el aburrimiento suele hacer síntoma que dificulta lo flotante de la atención. Imposibilidad de traspaso, de transferencia significativa del análisis al análisis de

control. Evitación, esquite que hace estatua de analista en las gratificaciones sustitutivas de lo reprimido.

En el artículo citado de Safouan reaparece el tema de la angustia con una indicación precisa; el analista de control afirma que la angustia de la paciente “estaba en relación con el deseo del Otro en cuanto sabido y no en cuanto no sabido”<sup>(13)</sup>. Lo familiar retorna en lo siniestro dando la angustia como señal del deseo del Otro; algo extraño que ha sido ya visto deviene familiar.

Angustia que el yo emite como señal al sujeto desde su superficie; y en el caso específico del análisis de control, es la señal de la falta de reconocimiento como objeto y el cuestionamiento radical que el analizante hace de su analista. Lo cual puede ser escrito de otra manera: el analista caído del registro del reconocimiento en cuanto objeto, sólo tiene la posibilidad de la pérdida, del perderse -en un tiempo anterior al del sujeto.

Dimensión temporal que hace a la angustia en el interrogatorio repetido sobre la raíz de su deseo, como causa de deseo, como (a).

Es en la reduplicación del amor de transferencia donde -la clave del deseo del Otro-manifiesta, en su articulación, el juego circular del discurso que dicho por el analizante es repetido por el análisis ante otro analista.

Y no es por casualidad que en este punteo la angustia encuentre su lugar, ya que está presente en la literatura psicoanalítica sobre análisis de control. Distintos textos suscitan su encuentro planeando un interrogante cuyo extremo estaría dado por colocarla como motor de la “experiencia”.

Situación engañosa que muestra en su rebote una labilidad de estructura en el lugar de S.s.S., donde el cuerpo soporte gira 180° pidiendo una palabra que nombre un sentido. Cuerpo que a veces soporta cierta extrañeza como viene a mostrarlo una anécdota común entre analistas: de vuelta de vacaciones me sentía extraño sentado en el sillón y con ese señor que desde el diván hablaba.

Es este camino el que hace encuentro con el Seminario 10, “La Angustia”, de Lacan. El 21 de Noviembre de 1962, lo explicita en el contexto de su enseñanza:

“Fíjense ustedes en las consecuencias, por así decirlo, de esta base tan inestable.

Si no fuera por esto, una enseñanza analítica, este mismo Seminario, podría concebirse como la prolongación de lo que ocurre por ejemplo en un control, donde lo que se aportaría sería aquello que ustedes saben, y yo intervendría tan solo para aportar algo análogo a la interpretación, o sea, aquella adición mediante la cual surge algo que da sentido a lo que creen ustedes saber y hace surgir en un relámpago lo que es posible captar más allá de los límites del saber.”<sup>(14)</sup>

Relámpago, casi revelación donde lo inefable hace a un verbo “entender”, “penetrar”, significante articulado en un recambio metafórico desplazamiento de lo inconsciente que hace a un “no se sabía”, o para tomarlo en su radicalidad, donde “no puede saber”. Imposibilidad de un saber que diferenciado de la mística lleva al matema para la transmisión de ese no dicho.

Es común escuchar de boca de analistas que ciertas dificultades con un analizante desaparecen como por arte de magia en el momento en que son dichas en un análisis de control. La magia despista el paso de oyente a hablante por donde el deseo puede articularse en torno a un fantasma que hace a la transferencia del analista con el analizante. El dicho permite la salida del embarazo que suspendido en un no dicho atraganta una palabra por donde el silencio es resistencia a la interpretación.

Lo anterior sitúa al análisis de control en la vertiente de la formación, como fue escrito al comienzo. Vertiente que pasa en algunas instituciones por la obligatoriedad por donde se cierra la indagación de las formaciones del inconsciente.

La discusión de este punto se inicia temprano dentro del movimiento psicoanalítico. Desde que se inician las “Reuniones científicas” de la “Sociedad Psicológica de los Miércoles”, en la casa del profesor Freud el 3 de octubre de 1906, la participación de cada uno de los miembros era obligatoria. La modalidad que se había adoptado era la de colocar el nombre de los que estaban presentes en la reunión en una urna, luego por sorteo se extraía cada papel y así se establecía el orden por el cual cada uno debía hacer “uso de la palabra”.

Federn explicita, tiempo después, que la obligatoriedad tenía por finalidad evitar que “unos pocos monopolizaran la reunión” y como “autodisciplina”. Sin embargo no alcanzó los efectos deseados ya que muchos miembros “preferían abandonar la reunión prematuramente para no tener que participar en las discusiones”. A propuesta de Adler, el 5 de noviembre de 1908 se transforma la obligación en una participación voluntaria.<sup>(15)</sup>

Marchas y contramarchas que hoy pueden develarse por lo que tienen de movimiento: la puesta en juego del deseo, que en esos momentos originarios del psicoanálisis -y cualquiera fuera el destino individual de los que allí participaban-, se muestra en ese poner el cuerpo en la palabra y que todavía asombra por su riqueza en cuestiones centrales que el desarrollo posterior ha velado.

Velamiento que está dado, entre otras razones, por la obligatoriedad que deforma el análisis de control al situarlo en el marco de una legalidad institucional que constriñe al deseo en la transmisión de una técnica.

De otra forma: La obligatoriedad del análisis de control en las Instituciones Oficiales deforma dicho acto analítico -más allá de la buena voluntad de sus actores-, debido a razones intrínsecas a su estructura.

La “selección, guía y control” de los candidatos -como puede leerse en el Informe del Secretario, Doctor Francis McLaughlin, a la reunión administrativa, julio de 1979<sup>(16)</sup>- ubica al controlador en el lugar del ideal, o para mayor precisión: el (a) coincide con el ideal, haciendo de la doctrina un rito. No es casual que en el informe citado se afirme “que el psicoanálisis se encuentra en un estado razonablemente saludable” (...) “La Asociación Psicoanalítica Internacional ha seguido creciendo en forma saludable”<sup>(17)</sup>. Quizás este ideal de buena salud oculte un malestar que Freud nombró en la cultura.

Dicha situación que hace a una estructura institucional (y no sólo la de la Internacional) perpetúa la deuda imaginaria que la circulación de dinero en el análisis de control no logra desarticular, ya que queda presa de la misma concatenación significativa. Bien puede ser que esto lleve a una situación de transferencias cruzadas, presididas por el amor y el odio, dando una marcada obediencia o una solapada rebeldía que imposibiliten el fin del análisis, haciendo del psicoanálisis letra muerta.

Más allá de los límites del saber, un “no saber a qué atenerse” que en una elipsis mostraría el reverso de la posición de un Ortega y Gasset sobre el tema. Un “no saber a qué atenerse”, ya que la heteronomía radical de dos sistemas (Inconsciente ≠ Preconsciente-Consciente) hace a un sujeto no sapiente, a un “él no se sabía” que permite la instauración del discurso analítico. Destitución de un presunto saber que trastocado hace nuevo sentido, indagación de lo real en la falta de correlato entre analista en control y analista supervisor.

## CITAS:

1. Ponencia 3, "La supervisión", Cuadernos Sigmund Freud 5/6, Buenos Aires, 1978.
  2. Dossier de "Conceptos clínicos", Universitat de Barcelona, Facultat de Filosofia i Ciències de l'Educació, Departamento de Psicología Fisiológica. Assignatura: Tècniques de psicoteràpia. Professors: Ramón Bassols Pares, Pere Folch Mateu, Víctor Hernández Espinosa. Copia del libro "El paciente y el analista", Sandler J., Dare Ch., Holder A.
  3. Ídem 2.
  4. "Actas de la Escuela Freudiana de París", Ediciones Pretel, Barcelona, 1980.
  5. Ídem 4.
  6. Ídem 4.
  7. Ídem 4.
  8. Freud, Sigmund: "Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad" (1919), Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1968, tomo III.
  9. "Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena", Ediciones Nueva Visión, tomos I y II, Buenos Aires, 1980.
  10. Lacan, Jacques: "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", en Escritos I, Siglo XXI editores, México, 1971.
  11. Zweig, Stefan: "La curación por el espíritu", Colección Austral, Buenos Aires, Ed. Espasa-Calpe, Argentina, 1954.
  12. Ídem 10.
  13. Ídem 4.
  14. Lacan, Jacques: "Seminario 10: La angustia". Ed. Paidós.
  15. Ídem 9.
  16. Informe de actividades importantes dentro de la Asociación (1977-79). Ficha de la Escuela de Psicoanálisis. Biblioteca Freudiana de Barcelona.
  17. Ídem 16.
-

**Portada de la Revista  
“Cuadernos de  
Psicoanálisis” nº 12, en la  
que se publicó este artículo  
en Febrero de 1996.**



## **SOBRE EL “MÁS ALLÁ...”**

En esta última clase toca desarrollar un tema complicado: goce y fantasma. Tomaré en primer lugar el término goce, alrededor del cual ya hemos dado algunas vueltas a lo largo del curso; hoy intentaré cercarlo por otros caminos.

### **I.**

El goce es un concepto lacaniano que abarca una amplitud importante, es así como hablamos de goce fálico, de goce del Otro, goce del síntoma, etc. Dificultad de no fácil resolución, por lo cual hay varios caminos para cercar su uso. Una vía posible es recordar el debate de anoche en la Sección Clínica de Madrid sobre “Toxicomanía”. En las distintas participaciones se podía oír fácilmente la fijeza del objeto tóxico, fijeza que llevó a uno de los asistentes a compararlo con el fetiche. No voy a sostener que esta analogía sea verdadera, pero el solo hecho de que sea posible marca lo que quería resaltar, la fijeza de la adicción, su carácter compulsivo, rasgo por lo demás obvio. Es justamente esta fijeza del adicto a su droga, lo que nos da un ejemplo paradigmático del objeto de goce psicoanalítico.

Pero es además cierto que la sustancia droga produce un goce que se localiza en el cuerpo, goce opaco, sin palabras, que se desliza entre el malestar y el placer, entre el dolor y la calma, goce cambiante que horada lo biológico con alteraciones metabólicas.

De un lado encontramos, entonces, la fijación a un objeto, de otro el cuerpo, elementos primordiales para cercar al goce en su verdadero estatuto. Pero además el adicto nos introduce en los meandros de la repetición, de la compulsión de repetición, que en el caso específico de quien consume heroína inyectable, deja una marca en la

piel. Marca que identifica al sujeto como objeto de goce, identificación que como sabemos es aprovechada por la policía al descubrirle los brazos.

El debate de anoche nos enseña, entonces, que la toxicomanía se inscribe en la dimensión del goce, dimensión que puede ser dicha -en una primera tentativa de cercarlo y en forma simple- como que el goce es el placer en el displacer, el placer en el malestar, y es por esto que Lacan pone en el Seminario 17 como ejemplo a las cosquillas, esa sensación que se experimenta en el cuerpo cuando es ligeramente tocado por otra persona, y que consiste en una cierta conmoción desagradable que provoca risa, según la definición del diccionario.

Es a partir de esta primera aproximación al goce como podemos dar algunas otras vueltas para su cercamiento. Tomemos, por ejemplo, la fidelidad que el alcohólico tiene con la botella, lo que ya fue resaltado por Freud, fidelidad extrema que está más allá del amor, puesto que el adicto busca la repetición de un goce inútil que no sirve para nada, o mejor aún sirve solamente para gozar. Inutilidad del goce señalada por Lacan en la primera lección del Seminario 20, “Aun”, en donde el goce es considerado como una instancia negativa, bien diferenciado del amor. Este seminario, que es el segundo tratado sobre el goce, marca un codo en la conceptualización sobre este tema al introducir el goce del significante. El goce de la lengua cuyas consecuencias repercuten en la dirección de la cura.

Pero la vuelta anterior nos llevó muy lejos en la enseñanza de Lacan; retrocedamos hasta el Seminario 7, “La ética del psicoanálisis”, que puede ser leído como el primer tratado sistemático sobre el goce. Allí el goce aparece considerado del lado del mal, del desear el mal al prójimo. Y esta vertiente maléfica del goce está en relación a la pulsión y su satisfacción, y por la lógica freudiana la represión de la satisfacción pulsional aumenta el poder imperativo de la voz superyóica, que a su vez induce a la compulsión de repetición, sembrando en un círculo vicioso el malestar en la cultura.

Este círculo vicioso se cierra con la culpa, como viene a mostrarlo el caso de algunos adictos, cuya culpa, es decir, la necesidad inconsciente de castigo, induce a una repetición de la adicción que aproxima a la muerte por su padecer. Es que -y aquí sería conveniente releer el apartado VII de “El malestar en la cultura”- el superyó queda conectado con la pulsión de muerte, lo que induce un tinte masoquista, palabra usada en este momento en su acepción freudiana.



Toda aproximación al goce será siempre inconclusa puesto que estructuralmente escapa al significante, motivo por el cual escapa a una fijeza de su valoración. Sin embargo, otra vuelta más se impone alrededor de las estructuras clínicas.

En las neurosis y en la perversión hablamos de goce fálico, es decir un goce ordenado por la castración. De otra manera: el campo del goce es regulado, es temperado por el significante fálico, regulación que falta en la psicosis. En esta última estructura clínica la falta del significante fálico ( $\phi_0$ ) produce una invasión de goce del Otro absoluto, que en algunas paranoias lleva el nombre del perseguidor pudiendo encarnarse en cualquiera con el riesgo de un pasaje al acto. Estos datos clínicos pueden ser útiles en el momento de valorar una toxicomanía, ya que si bien este fenómeno es transclínico, adquiere en cada estructura un valor diferencial. Es bastante conocido el hecho de que al comienzo de una cura de desintoxicación se puede producir un desencadenamiento psicótico, o que la adicción puede funcionar como suplencia en una psicosis estabilizándola momentáneamente.

Podríamos dar muchas vueltas más, pero la clase de hoy tiene un texto a comentar, el “Más allá del principio del placer”, que es el principio del goce en su dimensión freudiana. Abandono las vueltas y entro en el comentario del texto.

## II.

La introducción en el “Más allá” de la pulsión de muerte recoge toda una tradición de pensamiento que se remonta a algo tan alejado como la conocida dicotomía del Yin y el Yang; sin embargo -este concepto freudiano de pulsión de muerte- produce una ruptura puesto que no conserva la lógica binaria, sino que introduce un más allá del significante.

Como contrapartida podríamos citar a Quevedo: “Todo vive sujeto a la fragilidad y al accidente, todo caduca, todo enferma, todo muere, hasta la ley que nos conserva”. Esta cita, que habla en definitiva de la futilidad de las vanidades humanas, está más próxima al pensamiento freudiano, puesto que en el “Más allá” se trata de capturar esa ley que siempre escapa de un retorno a lo inanimado, y escapa en Freud al usar su propia noción de pulsión mezclada con el instinto.

Me parece que se impone, para aproximarnos a la pulsión de muerte -primer nombre del goce en Freud-, realizar una lectura rigurosa de “Más allá del principio del placer”, lectura que puede ser comandada desde el Seminario 2, y específicamente desde la parte separada por J.-A. Miller bajo ese título freudiano.

No es necesario repetir que “Más allá del principio del placer” se divide en siete apartados, y en cada uno de ellos Freud realiza un recorrido que podríamos caracterizar como el de una lógica circular, donde al mismo tiempo que resuelve algunos problemas, va dejando cabos sueltos que son anudados en el apartado siguiente, nudos nada consistentes que dejan a su vez otros lazos sueltos, que no se terminan de anudar en el último apartado, y cuyos flecos se prolongan en dos textos, “Psicología de las masas” y “El malestar en la cultura”, textos cuyo anudamiento realiza una operación de interrogación sobre el goce y que, por esto mismo, pueden ser leídos como una unidad.

Esta modalidad de lectura, este seguir paso a paso un texto freudiano, tiene la ventaja de mostrarnos los avances y los retrocesos de la experiencia freudiana en la búsqueda de una conceptualización de algo, de ese más allá que, con un grado de certeza que impresiona, fue escuchado en su práctica clínica, conceptualización que se escapa una y otra vez, pero cuyo recorrido va dejando la solidez de una teoría.

### III.

Comienzo por el principio. Primer apartado. Lo que allí nos dice Freud es que, hasta ese momento de su obra, toda su teoría sobre el aparato psíquico está basada en el principio del placer, pero que ahora se ha dado cuenta de algo importante, de que hay algo más, y que quiere escribir sobre ello.

Este más allá tiene en su redacción una simpleza engañadora, puesto que conmueve todo lo edificado hasta ese momento, a tal punto, que esta conmoción del armazón freudiano no fue asimilada por los analistas de aquella generación. Y la simpleza gramatical, que nosotros podemos simplificar más, afirma: que el principio del placer no es el todo, que el dominio del principio del placer tiene su límite, y que ese límite está dado por fuerzas, o por estados determinados que se oponen al principio del placer, y que descompletan el todo.

Descompletud del “todo es principio del placer” que está argumentada en algo obvio, pero que por ser tan obvio no había sido percibido hasta ese momento. Freud afirma lo obvio de esta manera: que si las fuerzas antagonistas del principio del placer no existieran, todos los procesos psíquicos tendrían que ir acompañados de placer, lo cual es contradicho por toda la experiencia humana.

Para intentar construir un esquema teórico que dé cuenta de esta descompletud que complica, intenta ceñirla por medio de un estudio metapsicológico, es decir una

sumatoria de los puntos de vista tópico, dinámico y económico, reutilizando su vieja idea de una energía; idea que Lacan en el Seminario 2 reubicará históricamente para mostrarnos que esta noción, que aparece ante nosotros casi como natural, en realidad ha sido fruto de un largo proceso de simbolización y se corresponde con la aparición en el mundo de la máquina. Pero no seguiré por este camino que nos reenvía hacia la energía utilizada en una usina hidroeléctrica y que introduce la medida, medición de la energía que la despoja de su pretendida naturalidad.

Es a punto de partida de esta energía medible, y siguiendo a Fechner, que Freud nos entrega su definición del principio del placer: Es la tendencia del aparato anímico que lleva a conservar el nivel energético lo más bajo posible, lo más bajo posible sin llegar a cero, porque cero sería sinónimo de muerte. Este por “arriba del cero”, está dicho por Freud con la introducción del “principio de constancia” que limita al principio del placer en su tendencia a la descarga, ya que el principio del placer es correlativo a la descarga de tensión que es en definitiva el motor último para eliminar el displacer.

Es a partir de esta construcción que Freud se interroga, en este primer apartado, sobre las fuerzas que se oponen al principio del placer y que transforman a éste en un no todo. Nombra a tres fuerzas de oposición, dos de las cuales serán tratadas en este apartado, dejando a la tercera, que en rigor vendría a ser la verdadera fuerza de oposición, para tratarla en los apartados siguientes.

La primera tendencia o fuerza que nombra, y que es colocada en el rango de la normalidad, rango que viene a denotar en Freud lo que entra en sus construcciones habituales, es el principio de realidad. A este principio le adjudica una sede precisa: el yo. En este lugar yoico, y por intermedio de las pulsiones de autoconservación, el principio del placer es sustituido por el principio de realidad.

Esta sustitución yoica del principio del placer por el principio de realidad muestra que la relación entre ambos no es simplemente una relación de oposición, lectura habitual, sino que el principio de realidad es en rigor la continuidad del principio del placer; o de otra manera, el principio de realidad retarda, aplaza la satisfacción del principio del placer. A punto tal, Freud lo dice, que si el principio del placer se alía a la pulsión puede derrotar al principio de realidad dañando al organismo entero.

No es posible seguir los múltiples desarrollos lacanianos sobre estos principios, pero quiero resaltar la conclusión a la que arriba en el Seminario “Aun”, puesto que nos abre al tema de esta clase, “goce y fantasma”. En este seminario afirma por un lado

que el fantasma es el soporte de lo que en la teoría freudiana se llama principio de realidad, y por otro afirma que el principio del placer es la coalescencia del (a) con el significante de la falta en el Otro. De esta manera puede leerse que el (a), ya sea en el tapón del fantasma, o como relleno de la falta, es el nexo entre el principio del placer y el principio de realidad que se contraponen en la dimensión del sujeto. Lectura interesante para reubicar el objeto droga, que al colocarse como (a), o en el lugar del (a), sostiene la realidad fantasmática y al mismo tiempo opera como placer, que es una defensa frente a la castración. A lo que hay que agregar el primer esbozo de la repetición del fantasma, repetición que queda fuera del tiempo (ver la discusión de los conceptos kantianos del tiempo y el espacio que Freud esboza en este artículo). Goce del fantasma que modulará la transferencia determinando mucho de sus movimientos imaginarios. Es lo que Freud más adelante llama “neurosis de transferencia”.

La segunda fuerza que Freud nombra, y que también coloca en el rango de lo normal, es “la tendencia al displacer que surge de los conflictos y disociaciones que tienen lugar en el aparato psíquico mientras el yo verifica su evolución hasta organizaciones de superior complejidad”. El yo aparece como una unidad imaginaria evolutiva que cuando es amenazada en su integridad por una moción pulsional reprime a ésta. El retorno de lo reprimido como satisfacción sustitutiva -que es potencialmente placentera- es sentido por el yo como displacer. La conclusión de Freud es terminante: todo malestar neurótico es de este orden, lo que tendría que ser placentero aparece como displacer. Como puede escucharse, el placer en lo displaciente nos acerca, nos aproxima a la categoría de goce articulada por Lacan, uno de cuyos pilares es este “Más allá”.

Sin embargo, Freud nos dice al final del apartado I que estas dos fuerzas investigadas están del lado de lo normal, y que hay que dar una vuelta más para llegar a conocer el componente verdadero de las fuerzas que se oponen al principio del placer.

#### **IV.**

De esta manera llegamos al apartado II, y quizás el más conocido. Y en este apartado, sin estar preparados para ello, Freud nos habla de la neurosis traumática, que queda ligada a un susto, es decir a la sorpresa producida por un trauma real, y a la repetición onírica de este trauma. Esta repetición es explicada por Freud con dos argumentos: el primero dice que el trauma ha afectado la función habitual del sueño, es decir la realización de deseos. El segundo se refiere a lo que Freud llama “la misteriosa

tendencia masoquista del yo”. Y esta afirmación queda, podríamos decir, en puntos suspensivos, puesto que a renglón seguido comienza a hablar de los juegos infantiles.

El ya famoso juego de la aparición y desaparición del carrete, acompañado del primer binomio fonético, es de sobra conocido por el uso realizado por Lacan para la construcción de su teoría sobre el significante. Pero detengámonos un instante en la argumentación freudiana. La primera interpretación que hace del juego es la siguiente: “El juego se halla en conexión con la más importante función cultural en el niño, esto es, con la renuncia a la satisfacción pulsional al permitir sin resistencia alguna la marcha de la madre”; para preguntarse a continuación: ¿cómo puede ser posible que exista placer en la repetición de una situación penosa?. Este argumento será ampliamente desarrollado en “El malestar en la cultura”.

La respuesta a esta pregunta, que es al mismo tiempo el argumento que explicaría el juego, habla del pasaje de una posición pasiva a una activa, pasaje que llama “impulso de dominio”.

Sea como sea, nos viene a decir Freud, la razón última por la cual su nieto repite un suceso desagradable es que en dicha repetición, que en la “insistencia repetitiva” para decirlo con la traducción de Lacan, existe un placer de otro orden pero más directo. El problema es que este modo de resolución de la cuestión deja las cosas en un “status quo” anterior, ya que placer por placer se está bajo el dominio del principio del placer. Con este cierre termina el apartado II, dejando para el III investigar el verdadero más allá, que deberían ser tendencias más primitivas e independientes del principio del placer. Pero este apartado II deja una vía abierta, ya que lo que habitualmente se lee como una misma serie, el juego del “fort-da” y el sueño repetido de la neurosis traumática, son aperturas a distintas repeticiones. La primera hace a la repetición de la cadena significativa, lo que Lacan llama la insistencia repetitiva en el Seminario 2, es decir, una insistencia de la cadena significativa. La segunda, que puede ser ubicada como la compulsión de repetición del Seminario 11, es la repetición de una posición de goce silenciosa provocada por el fantasma, correlato del trauma. La toxicomanía se inscribe en esta segunda serie, puesto que el toxicómano produce un cortocircuito significativo. Esto último explica en rigor que el apartado III es, al mismo tiempo que una investigación clínica, la justificación de por qué se hace necesaria a la teoría psicoanalítica la introducción de esa tendencia más primitiva que el principio del placer. Y lo hace recurriendo a la neurosis de transferencia y a la repetición en el destino humano.

En estas dos modalidades clínicas encuentra su justificación para colocar en el orden de lo eficiente a la “Wiederholungszwang”, la obsesión o compulsión de repetición. Una vez que ha justificado su necesidad en la teoría, abre la pregunta sobre qué es esta compulsión de repetición y cuáles son sus relaciones con el principio del placer, es decir, con un “principio de homeostasis”, como lo designa Lacan en el Seminario 2.

Y para nuestra sorpresa, cuando todo hace suponer que el apartado IV comenzaría por dar respuestas a estas cuestiones, nos encontramos con un detallado estudio sobre la conciencia que nos reenvía hacia “La interpretación de los sueños”, donde la conciencia es determinada como un sistema de paso, sin inscripción de huellas mnémicas, que viene a concluir sobre un: “el problema de la conciencia es tan complicado que mejor lo dejo para otro”; y nosotros sabemos que esto es resuelto por Lacan, en el Seminario 2, con la figura del lago solitario.

Sin embargo, puede entenderse esta introducción del apartado IV por la conciencia, al seguir leyendo el texto y darnos cuenta de que lo que está tratando Freud es de ubicarnos que hay procesos que por su “quantum” de energía rompen la homeostasis del aparato. Esa ruptura, cuya explicación metapsicológica es fruto de un enorme esfuerzo, esa ruptura puede ser por causas externas o internas.

De otra manera: más allá de las dificultades freudianas para la ubicación de la conciencia en el aparato psíquico, se puede notar la función que el tema de la conciencia cumple en este apartado, y esa función es la de servir de barrera protectora frente a los estímulos externos o internos.

En el apartado IV el desarrollo recae sobre los estímulos exteriores, que cuando invaden el aparato psíquico más allá de un cierto nivel producen un desarreglo en dicho aparato. Como se puede escuchar, el aparato psíquico freudiano está trenzado sobre un modelo homeostático cuyo desarreglo está determinado por un aumento de la energía, dado por las excitaciones, aumento de energía que implica que ésta no puede ser ligada.

De esta manera reaparece en este apartado una diferencia entre energías, la energía ligada y la energía libre. Este paso freudiano del apartado IV es de suma importancia, ya que escapa a la lógica circular y nos entrega una clave del más allá del principio del placer. Si el monto de energía puede ser ligado se mantiene la homeostasis; si la energía supera la capacidad de ligazón del aparato, éste se bloquea y produce sensaciones de displacer.

A su vez, el mecanismo por el cual el aparato liga la energía libre no está claramente precisado, pero se pueden entrever dos vías. La primera es la ligazón a huellas mnémicas, es decir significantes. La segunda sería ligada por el propio funcionamiento del principio del placer.

El fracaso de estas dos ligaduras explica las pesadillas repetidas de las neurosis traumáticas que no están al servicio de la función onírica, definida por Freud como la realización alucinatoria de deseos constituida bajo el dominio del principio del placer. Lo que en el segundo apartado caía bajo el dominio del principio del placer, en este cuarto apartado nos muestra su más allá.

Este más allá, esta excepción de la satisfacción de deseos en el sueño, está determinada por una labor previa al principio del placer, y esta labor está dada por la compulsión de repetición, que intenta ligar la energía libre por medio de la reproducción de la angustia.

Esta introducción de la angustia es la salida freudiana, pero esta salida complica el desarrollo; sólo señalaré que la angustia como señal del peligro prepara el aparato psíquico con contracargas que disminuyen el efecto susto, el efecto sorpresa del trauma.

Sea como fuere, los sueños traumáticos y los juegos infantiles nos muestran, en este apartado, que hay un más allá del principio del placer, más primitivo e independiente de éste. Este más allá tiene como sustrato la energía no ligada, lo cual abre a las resonancias del goce en su estatuto de más allá del significante.

## V.

Es sobre esta plataforma que Freud abre el apartado V, que va a tratar de ese más allá, de esa sobrecarga pero de estímulos procedentes del interior, del interior del cuerpo. Por eso este apartado podría titularse, tomando una frase del Seminario 11: “la verdadera transgresión al principio del placer es la pulsión”. Es verdaderamente apasionante leer la valentía con la que Freud introduce en este apartado V una nueva concepción de las pulsiones que producirá un cambio total en su teoría, y este cambio sólo está basado en un dato clínico: la repetición en la transferencia.

Este dato clínico, que está escrito después de una nueva descripción del inconsciente como energía libre en el proceso primario -y que Lacan matematizará con el Otro-, y del sistema preconscious como energía ligada en el proceso secundario, este dato

clínico que está explicado por la compulsión de repetición, a la que Freud le adscribe un carácter demoníaco, va seguido en el texto de una pregunta que es el punto umbilical del artículo: “¿de qué modo se halla en conexión lo pulsional con la compulsión a la repetición?”. Y a esta pregunta fundamental la contesta tajantemente, sin que nada nos haya preparado para ella, con una redefinición del concepto de pulsión: “La pulsión sería, pues, una tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior, que lo inanimado tuvo que abandonar bajo el influjo de fuerzas exteriores, perturbadoras, una especie de elasticidad orgánica, o si se quiere la manifestación de la inercia en la vida orgánica”.

A partir de esta definición nos encontramos, por un lado, con la introducción del cuerpo y sus orificios pulsionales como bordes ubicables más allá del principio del placer, es decir como lugares donde el goce es posible, pero también con cierta confusión freudiana en donde aparecen mezcladas la tendencia a la repetición y otra tendencia que sería a la restitución.

A partir de aquí Freud se sumerge en una argumentación biológica, que le da un aire denso y extraño al apartado, para justificar que la meta de toda la vida es la muerte, es decir una prolongación de la vida en su curso hacia la muerte. De esta concepción se derivan las pulsiones de conservación, que constituirían la lucha contra el permanente retorno a lo inanimado.

En resumen, y en toda esta argumentación biológica, Freud nos dice que la presencia del sexo en lo viviente está ligada a la muerte, para decirlo en términos del Seminario 11.

Ahora bien, en el transcurso de esa discusión biológica, las piezas se desencajan, y las piezas que se desencajan son la teoría de las pulsiones como las ha construido hasta ese momento, es decir las pulsiones del yo, de autoconservación por un lado, y las sexuales por otro.

La introducción de un nuevo dualismo pulsional, que redefine sus concepciones anteriores sobre las pulsiones, será el objetivo del apartado VI.

Pero antes de avanzar sobre el apartado VI conviene retomar la última parte del V, donde afirma algo que ya señalé de pasada, y esta afirmación es categórica: la pulsión reprimida, nos dice Freud, no cesa nunca de aspirar a su total satisfacción, que consistiría en la repetición de un satisfactorio suceso primario. Aquí el argumento es del orden de la repetición, repetición de un suceso sexual que, a causa del sistema



homeostático, entra en juego bajo la forma de una pulsión parcial. Pulsión parcial con respecto a la finalidad biológica de la reproducción y, al mismo tiempo, el empuje a la satisfacción que nunca cesa en la pulsión, marcan la imposibilidad de asimilar la pulsión a lo biológico, ya que lo biológico siempre tiene un ritmo.

El apartado VI está dedicado a la rectificación de la teoría pulsional, aunque esta rectificación está precedida por una discusión sobre la muerte en un intento por definir su instante y su esencia en términos biológicos. Por otro lado, retoma una antigua discusión con Jung, lo que le permite confirmar su dualismo pulsional, pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Para lo cual reexamina sus diferentes teorías pulsionales, examen que resume en una llamada a pie de página de este apartado.

Revisada su teoría pulsional y establecido el dualismo pulsión de vida, Eros, y pulsión de muerte, Tánatos, se dedica con esta herramienta a explorar otras polarizaciones que puedan subsumirse en aquéllas.

En primer lugar, la del amor y la del odio, y en segundo lugar, el par antitético sadismo-masochismo. Marca el origen del sadismo en la pulsión de muerte, que posteriormente entra al servicio de la función sexual. En cuanto al masochismo, después de una corta discusión, le adscribe un estatuto primario. Lo cual le lleva a romper el par y tener que considerarlos, el sadismo y el masochismo, tendencias independientes, todo lo cual será desarrollado en “El problema económico del masochismo”. Aquí conviene recordar el comienzo de esta charla, cuando a ¿qué es el goce? di la respuesta: “placer en el displacer”. Una conclusión se impone, la pulsión de muerte freudiana es el primer nombre del goce. Pero este primer nombre, en rigor y para nuestra sorpresa, sirve al principio del placer, como viene a decirlo el último apartado, el VII.

Allí podemos leer: la pulsión tiene como carácter general el querer reconstituir un estado anterior, primer movimiento; este carácter se comunica a cada una de las pulsiones parciales, segundo movimiento. Y tercer movimiento: esto que escapa al principio del placer, no se opone a él.

Ahí se detiene este “Más allá”, a falta -nos dice Freud- de una mayor investigación de las relaciones entre la compulsión de repetición y el principio del placer.